

Juan Antonio Massone

Mientras Tanto

Ediciones aire libre

2022

Dedicatoria

Presencias y vacíos nos forman y desasosiegan. Cada uno de ustedes pertenece a las primeras.

Alejandra Acuña, Roberto Sanhueza y Cecilia del Campo, Ariel Fernández (Q.E.P.D.), Ricardo García, Carlos René Ibacache (Q.E.P.D.), Edmundo Moure, Roberto Onell, Alfredo Pérez-Alencart, Pamela Pinto, Luis Vera y Paula Fuentes, Sonia Yáñez.

Afecto y gratitud perdurables.

Índice general

I. Cartografía de los sentidos

Aquellas casas que somos
Nuestra lengua común
Puertas
El volantín: recado para el cielo
Rincones
Patio
Balcón
Plaza
Ventana
Nubes
Relámpagos
La piedra
Color otoñal
Imágenes de Chile
Adivina, buen adivinador
Gol, gol de Chile

II. Conductas escogidas

Una vida de compromiso
Como si oyéramos llover
Palabra de hombre
Dieta al día
Cómo a nuestro parecer
Dislates escogidos
Conductas dispares
Y consiento en mi vivir
Para tener en cuenta
Es que no lo siento
Convergencias de lo diverso
Cambalache
Mea culpa
Mírame a los ojos
Humor de blanco
Poses del habla
Desgraciadamente es así
Deleites de la ironía

III. Inquebrantables presencias

Primera en la vida
Casablanca sin ocaso
De la niñez y otras imaginaciones
Entonces llegaron las palabras
En mi primer colegio
Guías de otros tiempos
Cuando fuera un muerto

Los años sesenta
En cierta calle...
Despertar en la palabra
Archivo de papel
De la memoria literaria
Adiós al P. Osvaldo Walker, O.S.A.
Nuestros muertos
Aunque esta vida murió
Una presencia generosa
Fechas inolvidables
Gracias a José conocí a Rosalía
Centenario de Roque Esteban Scarpa
Desde esta orilla
Recuerdo de Maximino Fernández Fraile
La incesante confirmación
Mario Baeza Gajardo
Medio siglo después
Eugenio García Díaz se ausenta
Recordando a Lafourcade
El sonriente don Héctor
Objetos anacrónicos
Adiós, Benito

IV. Al trasluz de algunas obras

Dante y sus viajes
Así fue la vida, César Vallejo
Albert Camus (1913-1960)
Atentado celeste de Vicente Huidobro
El mar no tiene dioses
Centenario de Eduardo Anguila
El último ramal
La pena se llamó Juan Rulfo
Teresa de Jesús: quinientos años después
Sonrisas de lo serio
Marco Martos o el oído de los tiempos
Pensando en América
Acerca de Juan Ramón Jiménez
A propósito de Hamlet
Parra más allá de la risa
Octavio Paz o la palabra despierta
Vislumbres de poesía italiana
Un niño cumple cien años
Macondo: esplendores del fracaso
Rubén Darío cien años después

V. Baraja ciudadana

Otros tiempos
Más sensatez

Demoliciones
Líneas torcidas para lo derecho
Celebraciones al por mayor
Ayúdeme usted, compadre
Cultivo de lo feo
Se le pega el disco
Chile a pesar de todo
Carta a los convencionales
Reprobables ingenios
¿Son culpables los monumentos?
Un poco de buen humor
Vea, escuche y compruebe
Vísperas y decisiones
¿Y la racionalidad?

VI. A veces me pregunto

¿Cuáles son sus nombres?
¿Sabiduría o Necedad?
Navidad: ¿despertar o codicia?
¿De qué nos nutrimos?
¿Dónde el tiempo?
¿Razón o Fe?
¿Existen los árboles en usted?
¿Qué me dice?
¿Dónde están?
¿Cuándo un texto es verdadero?
¿Qué significa ser maduro?
¿Soy tan diferente?
¿Cuál es el corazón que no llora?
¿Quiere ser hipermoderno?
¿Qué hace la nostalgia?
Preguntas a la conciencia
¿Juicio o Prejuicio?
Inacabables

I.- Ante nuestros ojos

Aquellas casas que somos

Una casa bien puede representar el centro del mundo. En ella transcurre y crece una porción de nosotros que, de cierta forma, siempre queda inalcanzable o intocada, porque es el sueño que nos acoge cada noche.

Las horas de vigilia se extienden desde un despertar; cuando comprobamos nuestra continuación en este mundo, muy pronto se nos dispensan momentos de trabajos y de aficiones en los que estampamos algunos íntimos rastros y señales. La casa es el lugar para vivir y recordar, tanto como para cobijarnos del ríspido mundo, pues entonces la sencillez del hábito restituye en cada uno ese acuerdo silente de replicar nuestro nombre entre las cosas que, acaso, quedan siempre dispuestas y atentas a despertar preferencias.

En alguna casa hubimos de explayar nuestros primeros días. Sus ámbitos fueron el inicial territorio que nos supo palpitantes. Suspiramos y lloramos muchas veces, sin saber por qué; pero nos sentimos impregnados de sus colores, de sus enseres, de cuanto sucediera entre los familiares más próximos. Por eso, la casa reviste la condición de ser guardiana y sostén de la memoria.

Una escala empinada fue el puente de la primera casa entre el albergue que deparaba y la inquietante y bulliciosa calle que la afligía; un patio grande, el escenario de la siguiente—donde vivo en la actualidad—, conocedora de mis primeros atisbos de lo que existe debajo de la tierra o en el aire viajero entre árboles y plantas. En ese sitio de pálpitos y figuraciones, miré el cielo y comprobé que los árboles eran un compendio de evoluciones y de esperanzas renovadas. El patio ha sido lirio, limón, naranja, ciruela, níspero. Sobre todo, uva de la buena, con sabor de cepa encariñada y contenta de cosecha generosa. Tampoco ha faltado la presencia inquieta y juguetona de un buen perro. Son tantos los ladridos, hasta ahora, que me han regalado compañía y, también, no queridos adioses.

Hora de cumpleaños y momentos de familia. Tampoco faltan los amargos episodios. La casa sabe conservar aquellos otros instantes cuando, sin que alguno lo sospechara, se emitían palabras con entero corazón y uno confiaba en que el cumplimiento de las buenas intenciones fuera ratificado no más allá del próximo amanecer.

La casa es el lugar desde donde nos vamos lejos, incluso queriendo, a veces, apartarnos de su cercanía habitual, doméstica, azorante. Pero, en el fondo, aquélla es piel que nos ciñe con un alfabeto de voces, tan crecidas como la nuestra, y, no menos inolvidable, como un saludo que nos recibiera y restañara de tercas y desasosiegos.

En algunos momentos de pensamiento atribulado, la casa es una reserva de almohada, de rincón, de presencias sin más tiempo que el nombre de las penas y el gesto inmarchitable de significación palpitante de alivio. Sí; la casa, en cuyo reino uno sabe que dispone de un sitio en esta tierra, porque es el lugar donde sabe reunirse tanta memoria del olvido.

Nuestra lengua común

En el presente, todo ayer parece sospechoso de adulteración histórica y tenido como afrenta por muchos habitantes de nuestro país. Más allá del maltrecho devenir social, si algo nos une—a pesar de los litigios multiplicadores de pesadumbre—es la lengua castellana con la cual podemos decir de nuestras desavenencias, incluso.

Que la hablen cerca de seiscientos millones en el mundo parece un dato al pasar. No lo es. Una larga trayectoria secular—más de un milenio ostenta el primer escrito en lengua romance—confirma el vigor comunicativo del idioma nuestro y la capacidad de adaptación de que goza en el tiempo actual.

Hoy es la segunda lengua más desarrollada en occidente y cuenta entre las cinco con mayor número de hablantes en el mundo, sin olvidar que es materia de estudio desde perspectivas variopintas: gramática, lingüística, filología, literatura, economía, tecnolingüística, entre varias otras disciplinas. ¡Lindo detalle!

Más que importante es tener presente que el alcance de una lengua—el número de sus hablantes y el desarrollo interno de la misma—multiplica las posibilidades comunicativas.

Una lengua es una tradición viva; siempre heredera no menos que creadora. El vocablo antiguo que la nutre conoce de antecedentes (etimología); el nuevo, muestra capacidad de apertura según lo requieran las circunstancias.

Pero la lengua no es meramente una colección de vocablos. Corresponde ésta a una forma de estructurar el mensaje. He ahí el motivo de que necesite respetar un régimen interno de concordancia—género y número--; conjugue los verbos en acuerdo de las personas gramaticales; forme nuevas voces a partir de prefijos latinos y griegos, especialmente; o las acoja en préstamo (tecnología) o con carácter definitivo de otras lenguas que también la enriquecen (Topónimos, flora, fauna, alimentos, objetos).

Rasgar vestiduras con relación a la preeminencia que ostenta una lengua en vistas de extensos e intrincados procesos es desconocer la historia de los pueblos. Una lengua vive y, sobrevive, en relación directa con la consciencia unitiva de sus hablantes. Polonia, por ejemplo, dejó de ser un país durante más de un siglo, pero quienes hablaban ese idioma en dicho interregno lo conservaron por encima de las prohibiciones y adversidades. Algo semejante sucedió al griego moderno bajo la opresión otomana.

A su turno, el “runasimi”—quechua (lengua de la gente)—fue impuesto en calidad de oficial en todos los territorios del Tahuantinsuyo (Señorío inca), tal como hiciera con el latín el Imperio romano.

El castellano es lengua de unidad hispanoamericana. Los chilenos de diferentes etnias la compartimos cada día. Reconocerla como base convivencial es honesto, necesario y sensato. Nada se opone al conocimiento de otras lenguas, también.

“La Prensa”, Región del Maule, 17-II-2022.

Puertas

Existe en cada puerta una dualidad que la torna atractiva. Franquea el paso hacia un dentro necesario de ser alcanzado; o bien, veda y detiene ese mismo paso en el exterior de un ámbito. Las puertas son límites custodios. Nadie niega el sentimiento originado en la clausura nacida de sus desplantes: la curiosidad se envalentona o, cuando menos, la imaginación echa a correr, seducida de ensueño, porque alguien habita, de una manera tan previsible como insólita, en ese más allá de la puerta que parece imposible a nuestra inquietud.

“En cierta calle, hay cierta firme puerta/ con su timbre y su número preciso/ y un sabor a perdido paraíso/ que en los atardeceres no está abierta/ a mi paso”, escribió Borges.

Cualquier puerta incita a oficiar un ritual de paso. Tal vez si las que mejor conservan su prestancia, son aquellas subyugadas por el tiempo que ha impreso su pátina de vejez sobre la resquebrajada madera con barniz descolorido.

¿Qué ecos dejaron las voces?, ¿cuáles enseñanzas de presencias diluidas, cuando el pretérito se sentía poderosamente confirmado y nada aparentaba contradecir el brío de su ímpetu?

Aquella casa de adobes hospeda los lamentos del largo uso y de la vetustez; apenas si recuerda su ufanía amparadora de lo íntimo y el rostro que se opuso al entremetimiento de la calle. No le aventaja esa otra, de madera noble y cuidado diseño, igualmente alcanzada por los dardos de la fatiga del tiempo.

Al otro lado de una puerta que se cierra, continúa viviendo un mundo que no nos pertenece, donde se fragua un quehacer que decidirá la hechura del porvenir. El plan o el acuerdo concebido a puertas cerradas son eventualidades que nos dejan en antesala, como suspendidos de todo protagonismo, expectantes y ansiosos.

La puerta es, también, apertura con algo de transparencia y donación de mundo privado. A veces, se atreve a confiar intimidades y a prometer reparaciones, así ella comunique con la patria, el hogar o el sagrado templo, donde el alma puede desnudar la necesidad de ser sin más requisitos que la confianza, el amor y la ofrenda.

Necesaria, urgente, mágica y habitual en su servicio, una puerta sabe ablandar severos muros o fantasear, redonda, en un cuento de maravillas. El poeta que fuera Manuel Francisco Mesa Seco (1925-1991) pudo celebrarla con gratitud cuando se le reveló la tierra y el cielo patrios en clave de comprensiones. Donadora de tiempo perdurable en la exacta altura de lo que guarda el pecho y sostiene el pensamiento, escribió: *“Eres tú lo buscado en mi apetencia, / puerta secreta que se abrió en mi muro, / la forma abierta donde conjeturo/ que el tiempo se hace eterno en inocencia”*.

“La Prensa”, Región del Maule, 23-I-2014.

El volantín: recado para el cielo

Algo existe en cada persona que reconoce en sí un impulso ilimitado. Anhelo amical para con el aire. Pesan la fuerza de gravedad, el cuerpo, los afanes cotidianos. De ninguno florece alegría, porque las realidades cercan, aprietan, sofocan. Si fuéramos únicamente tierra apisonada de costumbres, no sabría clamar la voz con que se experimenta un alma en sus noches abisales o cuando la invitan alboradas.

La imaginación concreta hallazgos y los despliega como alas para dirigirse más allá. Cuando concibe la dicha posible, lo hace empujándose por encima de obstáculos o dispuesta a conquistarla en un nuevo presente, más dócil en otro tiempo y en otro espacio. ¡Cómo no querer volar, Ícaro! ¿De qué modo conformarse a la tierra, Alsino?

Asiste el ingenio. El ser humano pretende elevarse con gracia. Un poco de juego aligera la gravedad que pesa sobre la atención. Nadie desmentiría el hecho palmario de pertenecer, con pareja autenticidad, al suelo y al cielo. Atisbar el movimiento de los astros e interpretar constelaciones ha sido y será un afán sin término. Necesitamos saber de otros mensajes.

Enviar recados al cielo es una de las maneras preferidas cuando acucia el ansia de volar. Desde antiguo, el volantín cumple el buen oficio de elevación y deleite al surcar el aire y soberanear, con vaivén cromático, el espacio que dilata la mirada. Virgilio alternaba la maestría épica con su afición volantinera. Vencidos los vientos contrarios, el volantín acepta alejarse hasta alcanzar una especie de serenidad, como si se pusiera en pie sobre el timón de su cola.

“Yo creía poseer infinitos corazones. Y, cuando encumbraba un volantín, pensaba, seriamente, que uno de mis corazones salía de paseo por el cielo”, escribió Andrés Sabella.

Sí; algo hay en la mota que viaja por la estancia, o en el vilano alzado por el viento; algo llevan de mensaje secreto o responden con misiva animadora. El desplazamiento aéreo no es un paso, ni muchos, sino un deslizar la liviandad del cuerpo grácil y, quizás, de prestar labor de heraldo al carácter suspirante del alma, que envía señales al cielo primaveral, y desea recibirlas, también, de aquella lejanía capaz de revelaciones impensadas.

“La Prensa”, Región del Maule, 18-IX-2013.

Rincones

Parecen tímidos y expertos en disimulo; no alzan la voz, porque desean el tranquilo retiro. Los rincones practican un ascetismo en la inadvertencia en que se les tiene. Se acostumbran a observar, sin apenas ser vistos. Nada parece alterarlos, así estén dentro de la casa o en el patio. Difícilmente podrían concebirse como escenario predilecto de moradores o de visitantes. Los rincones se agazapan y guardan para sí los ecos de las puertas cerradas con estrépito o el disimulo ante miradas indiscretas en que se empuñan las ventanas.

Son preferidos de los niños cuando juegan a esconderse, o en el caso de los enamorados que desean, a toda costa, desaparecer de las observaciones controladoras que invaden su urgente cuanto ardorosa intimidad. Entonces, los rincones blasonan importancia.

Sitio preferido de arácnidos, la oscuridad parece constituir un ámbito propicio donde albergar a los habitantes indeseados. Quizás los rincones sean guaridas de fantasmas.

Los rincones desatan ocurrencias lo suficientemente alocadas para ofrecer dudas del propio equilibrio ante los demás. Amigos y adversarios invisibles se descuelgan de los ángulos sombreados que forman las esquinas vueltas sobre sí. Acrecientan conjeturas, urgidos azoros y hasta claves confidentes que buscan salvaguardar indiscreciones propias o ajenas.

Es necesario mantener vigilancia sobre esos territorios de pacífica apariencia. Convertirse en centinela de lo que nunca envejece en los rincones, es aconsejable. No sea cosa que las paredes dejen salir humos invisibles y esparzan olores de encierro o de timidez que esconden las manos al día, porque algo fluye de ellos, como de retratos fugitivos que persiguen con sus miradas.

Como no sea el creciente ocaso para aumentar la noche; sin voz, sin luz y sin otros colores que los habidos en la retaguardia de la atención y de las preferencias, los rincones aceptan ser reservorio de contenidos murmullos, con la única decisión de continuar expectantes y humildes desde su intraducible silencio.

“La Prensa”, Región del Maule, 28-XI-2013.

Patio

He ahí un territorio con algo de paraíso y de seres mágicos. Respecto del mundo dispensa un sitio familiar de inmunidad. Tierra y plantas convierten el espacio en comarca dispuesta a revelar la existencia de la diminuta fauna, representada por los insectos o por alguna mariposa primaveral, que deja coloreado el aire, en su vuelo.

“*Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla*”, confidenció Antonio Machado (1875-1939), autor de *Campos de Castilla*.

Espacio de ensueños y escenario de aventuras cuando los ojos aprehenden lo existente, mucho más engrandecido en las primeras inmensidades; después, los años lo reducen

a dimensiones algo desencantadas o nostálgicas que contradicen aquellas impresiones de las que mejor sabe el recuerdo.

Allí está el niño, ese curioso asombrado, tendido en el suelo, sin ocuparse de atildamientos ni de higiénicos cuidados. De espaldas, le parece que sus ojos hacen girar el cielo y las nubes de paso; con el torso a ras de tierra, cuando quiere hurgar en los secretos de las raíces y de las casi invisibles cavernas, refugios de arácnidos y de lombrices.

Pero el habitante más querido de ese mundo es la mascota; con ella se entabla una comunicación que los demás apenas si entienden, porque han olvidado el niño que fueron. Mientras se vive aquella época fundacional de la existencia, acceder al patio es contar con una compañía dispuesta al juego, que el rabo inquieto de un perro, la lentitud silente de una tortuga o la manifestación de algún ejemplar de otra familia animal, entrega con renovado entusiasmo.

Sinopsis de la patria, el patio es un personaje con habla variable, según acuda la luz o la sombra se adelante. Sin codicia de calle ni expansiva actitud comunal, el patio termina por aceptar las posibilidades que deparen sus dueños. Puede vestir jardines y árboles, como también acumular, en algunos de sus rincones, muebles desvencijados y cajas inservibles.

El patio retiene mucho de las voces que lo cruzan en la diversión infantil, como si fuera el mejor escenario donde ensaya el futuro; la infancia puede expresarse a sus anchas en esa superficie de querencias. Es posible concebirlo en calidad de primera geografía sentimental, pero de un territorio de cobijo de los que muy pocos pueden disponer en el presente.

Se lo ha querido reemplazar con el parque o la plaza; pero sin menospreciar tal esfuerzo ni esa buena intención compensatoria, es innegable que uno y otra carecen de privacidad. El patio es hechura de los sentidos, donde el rincón acuerda un pacto con un retazo de cielo y con el secreto temblor de pertenecer a un sitio concebido invulnerable. Siempre hay algo que decirle y alguna confidencia que recibir de él.

A veces, el tiempo exime al patio de los muchos desgastes con que se muestra la vida. Son tantas las estaciones y los años que han dejado frutos y amables sombras en ése; innumerables las voces de sucesivos presentes que rondan en sus términos; en fin, es mucha el agua que ha sabido desprender de la tierra ese aroma mojado—petricor-- que la memoria conserva.

“La Prensa”, Región del Maule, 9-I-2014.

Ese saliente en altura tiene algo de proskenio y de ámbito privilegiado, como si perteneciera a un castillo. El balcón es un modo de estar en la calle, en vuelo detenido, con el resguardo de que se llega hasta él a través de alguna puerta de la casa o del edificio, baluarte de intimidad que alterna palabras al oído y manifestaciones extrovertidas.

Mucho de especial, de aparte, regala el balcón durante el desenvolvimiento de una reunión cuando urge por alivio quien busca una tregua del bullicio. El balcón entrega a los ojos expansiones mucho más generosas del paisaje. Desde el parapeto de un pequeño muro, culminado en una baranda, que es límite y defensa en contra de la peligrosa fuerza de gravedad, se pueden observar los desenvolvimientos de la noche o del tráfico diurno; inmejorable ocasión de mirar el mundo de alto abajo.

El pequeño recinto no elude la confidencia. Está hecho para compartir palabras que importa decir y, con no menos expectación, necesario de escuchar. Probablemente, en el balcón sepa revelarse la intensidad secreta de los ojos. Un brillo especial inunda el momento y bajo su auspicio comienza un impensado porvenir.

“En el balcón, un instante/ nos quedamos los dos solos, /desde la dulce mañana/ de aquel día, éramos novios”, escribió Juan Ramón Jiménez (1881-1958), autor de *Platero y yo*.

Hace mucho tiempo, cuando contaba con tres y medio años, asomado al balcón de mi casa, mientras miraba hacia la verja, escuché la infausta noticia de la muerte de mi abuelo materno, una tarde de enero. Acontecimiento perturbador y opresivo, con esa secuela de majestuosa perplejidad en la que el alma se eclipsa y prosterna delante de lo irreparable.

En el balcón de entonces, quedaron inalcanzables mi pena y mi extrañeza, a los demás. No ha terminado el estupor de despedirse, en el semblante de quien le fue revelada la discordia de lo querido y el calofrío de un nunca más, cuando el tiempo parecía casi eterno, en una tarde soleada de verano.

El espacio donde prorrumpe algo decidor presta a la memoria un soporte tan real y consistente hasta persuadir que los hechos suceden en el mapa emocional de sus límites. En una calle sucedió la dicha. Mientras estaba en una plaza, te vi por vez primera.

Los gestos enviados y recibidos en un balcón enseñan que el mundo extiende sus prodigios y sus vedas a través de calles tan anchas como cabe tenerlas en la imaginación y en la memoria de los pasos. Andén exclusivo. No cabe mucho más, en él, que la comprobación de lo cambiante, en su ir y venir, tan impensado o ansiosamente esperable.

Retraído, aunque próximo a los rumores y cromatismos que conviven en la calle, alguien aprende a escuchar o a repletar los ojos de presencias; llénase de mundo o se ausenta en el ensueño. En otra esfera, irá cumpliéndose la paciencia de las horas, con su constante laboriosidad sin pausa, y algún presentimiento cristalizará en el encargo de un poeta, como el proferido por Federico García Lorca (1898-1936): *“Si muero/ dejad el balcón abierto”*.

“La Prensa”, Región del Maule, 27-II-2014.

Plaza

Si existe un sitio que despierta sensaciones gratas, ése es la plaza. La esperable arboleda, el césped generoso y los cromáticos ramajes, algunas plantas y sus floraciones, los senderos que la atraviesan para acoger el paso tranquilo, la lentitud meditativa o la pacífica observación del entorno, contribuyen a confirmar el carácter placentero que la distingue.

Los niños dispuestos a solazarse corren dando gritos, desbordados de vida y entusiasmados de brindar su energía en un territorio mucho más amable que la calle o el centro comercial. Ni qué decir si el lugar está premunido de algunos juegos que admiten la infatigable destreza de los infantes, porque entonces se ofrecerán escenas familiares o, cuando menos, el renovado empeño de un vivir que se empina en el asombro.

Sobre todo, la plaza suele ser un lugar democrático. Ni las edades, ni los patrimonios, ni la estética de los semblantes tienen prohibido el ingreso y el disfrute del ofrecimiento hecho por el verde espacio. Sitio de encuentro y de expansión, la plaza admite el ejercicio, el viaje introspectivo y el coloquio enamorado.

¡Cuántas decisiones y confidencias han sido y son dictadas por el imperioso llamado de una palabra que se transforma en alma al compás de un vientecillo que mueve las hojas y despierta el gorjeo de las aves de paso y de las que anidan en la altura arbolada! ¡Quién podría ignorar la cambiante fascinación de las horas, según se distribuya luz y sombra, en una suerte de huidiza geografía!

Caleidoscopio de humanidad aquietada o fervorosa, una plaza es un mapa de emociones. ¿Existe alguien que no lleve, entre los recuerdos, más queridos e intensos, algunos instantes de tiempo eternizado en un escaño?

El impulso de confirmar el misterio significativo de los nombres que, se presume, están destinados a perduración, anima a inscribir en un tronco, en algún listón descascarado o en la lisura de una piedra, esas menciones unidas por el amor que, al par de constituir una promesa, hacen las veces de papiros dispuestos a resistir las inclemencias del clima y aun el futuro olvido de quienes, en su hora, sienten invencibles sus afectos.

“Hoy, de mañana, fui hasta la plaza/ y el amarillo ocre ganaba la partida. / Únicamente caer supieron las hojas./ Al fondo, la montaña de seca altitud/ miraba sin hallarnos, hiriendo lejanías./ Agoreras, las aves trinaron como siempre,/ y ya ni siquiera podríamos comentar/ del brío inocente de sus plumas./ Había pasado el tiempo; el viento arrasaba/ por igual el fue y el nunca más que nacía./ Solo yo, de mañana, en la plaza y este poema/ de la noche para conversar por última vez”.

Al fin, una plaza sabe transformarse en senderos de tantos pasos, de múltiples recorridos de la memoria, de numerosas edades del corazón y de ilimitadas voces audibles entre las hojas nacidas, a pesar de la ausencia.

Ventana

Dispuesta a la comunicación, la ventana cumple de puente entre lo íntimo y lo público. Por su intermedio, alguien expande su horizonte y deja entrar en el ámbito privado la luna, el viento que pasa acompañado de transeúntes, de las voces y el ruido, en la jornada que viste de perfil la calle.

Arropada de cortinas o de visillos, la ventana es biombo, es ojo, es candado ante la indiscreción forastera. Posee la ambigüedad de la seducción. Nunca se está completamente seguro delante de ella. ¿Quién podría concebir, con certeza, las determinaciones acaecidas en su intimidad? ¿Cómo podría ella someter o despojar de imprevistos el arte combinatoria de lo externo?

Frontera y atalaya. El muro o la madera respiran a su través. Diríase que el sentido que mejor le rinde pleitesía es la vista. Pero la ventana es un ojo que no se ve a sí mismo. Semeja preferencias, modos de ser, conductas. Algunas ventanas jamás se abren porque recelan de peligros o de malicias en rededor; otras, admiten entornarse como si fueran bisbiseo, a la vez atracción y resguardo, por no quedar ayunas de control; también las hay abiertas, dispuestas a dar y a recibir las señas en que sabe acercarse lo distinto.

Las cosas y las edificaciones acaban por admitir, en sí mismas, las huellas que van dejándoles sus dueños y las circunstancias. Parecen del todo indiferentes porque no se les auscultan palpitations. Sucede que jamás abandonan su actitud circunspecta; en cambio velan cuando dormimos y se oponen, resueltas, a los ritos de la fugacidad. Probablemente, algo de este cariz diferenciador tuvo presente quien escribió: *“Las ventanas han aprendido a no sufrir, /a no sufrir como los ojos de quienes sufren. /Alguien toca una sien, desván que hospeda/un todavía, y en vano huyen las miradas/de las ventanas que no sufren como los ojos”*.

De un lado de la ventana, es admisible una persona aguardando la llegada de alguien que trae compañía o las pequeñas noticias de la jornada que declina. Ninguna extrañeza supone imaginar en el espectador el deseo de acceder a los pequeños argumentos de la calle o del paisaje. Tal vez la clausura que echan encima el tedio y la soledad correspondan al motivo más inmediato de su apetencia visual.

A los transeúntes les está reservada la faz ampliada del mundo, mientras endilgan sus pasos hacia propias metas. Para ellos la ventana dura apenas lo que demora el tránsito de una figura destinada a ser fugaz delante de la quietud ansiosa o ausente de quien mira.

Adosadas al cuerpo de un vehículo, algunas ventanas se tornan andariegas e, incluso, voladoras. Se les podría suponer una sabiduría mayor: acogen, muestran y dilatan lo existente, pero sin inclinarse a la posesión ni a retener, para sí, la riqueza y variedad de lo que descubren a los espíritus en viaje.

“Más allá de los vidrios no retroceden los ríos. /¿Arrastran únicamente el légamo de propios sinos?/ También pregunta la noche por ojos que no volvieron”.

Nubes

Lo más viajero de un paisaje es el cúmulo de nubes que parece detenido en el cielo, aunque apenas nos distraemos, solicitados por una inoportuna proximidad, ya muestra cambios en su morfología peregrina, como si el cielo dispusiera de una cubierta deslizante para mejor conservar su azulado ahondamiento en las regiones de lo infinito.

Las nubes blanquecinas son una fiesta de algodones o semejan rizada ovejería; en las antípodas de tal albura, aparecen aquellas otras, negrísimas, sobrecargadas de presagios, a punto de abrir esclusas amenazantes y aseguradoras de una próxima tormenta. Otras hay que parecieran empujar el cielo o dimanar ambigüedad de resolana en hora abochornada.

En ciertas épocas del año, las nubes conversan con los queltehues y con otras especies que claman por lluvia. Suelen pedirla, cansados de tanta demora. Graznidos o señales de las creaturas que pueden y saben surcar el espacio intermedio entre la grave tierra y el impalpable ámbito aéreo. *“Las nubes son las almas del agua”*, asevera la escritora Paula Rivero Donoso.

En algún atardecer se asoma, de entre nubes, el poderoso cielo, como hendiendo con luz las vallas de sombras blancas o ennegrecidas que ciñen nuestro planeta. Tales haces parecen rayos divinos, verdaderos oráculos de una voluntad que, si es dictamen para el ojo, también es aceptable su clave en el recuerdo de que la luz fue el primer elemento de la Creación y, con seguridad, terminará por arremangar las tinieblas que asfixian el mundo. Las luces del cielo apuntan a la tierra y no sonroja a la imaginación concebirlas como el paisaje contrastante de las postrimerías del tiempo.

Avances del adiós, el tiempo nublado admite prefigurar un eclipse o un ocaso del buen ánimo. A nadie le será concedido eludir ese componente transitorio de su historia personal. Nubarrones pueden ser las pérdidas que provocan incerteza y aflicción; o aquella consciencia de verse, endeble, tratando de salvar una distancia entre un punto de inicio y otro de resguardo, mientras se transita, vacilante y acongojado, en medio de abismos o de alguna noche oscura del alma.

Puesto que la naturaleza nos sirve para describir el clima espiritual que habitamos, se suele calificar un problema de nube pasajera, cuando cede pronto a la llegada de alguna solución. En cambio, si es preciso determinar el tono desanimado que alcanza a una persona o a un ambiente, se enfatiza el carácter nuboso de quien es aludido; y cuando se pierde la claridad visual, se escucha decir: *“Se me nubló la vista”*.

Pero las nubes proponen también, en su movilidad, una forma de acertijo a quien detiene en ellas la atención. La variable semblante del cielo hace las veces de una piel metamorfoseada y cada persona está invitada a jugarse una opinión acerca de la semejanza sugerida por aquella albura de aire denso.

Pedro Prado identificó las nubes con un anhelo indescifrable: *“hay algo entre las nubes que persigo/ como en playas remotas e ideales”*.

También el cielo brinda sus paisajes.

“La Prensa”, Región del Maule, 4-IX-2014.

Relámpagos

De gris oscuro, el cielo adquiere una fisonomía amenazante. La inminencia torrencial se cierne con decisión inapelable. Pronto la lluvia será torrente airado, desenfreno aluvial y limpieza hasta el subsuelo. El paisaje alejará toda complacencia; se deshará de cualquier tácito acuerdo con la costumbre de sendero apaciguado. El caminante y el sedentario perciben ronqueras celestiales y luces instantáneas recuerdan la tozudez inútil de las sombras. Explosiona la luz y nuestros afanes son endeble pasarelas.

Ennegrece aún más el horizonte grisáceo. De pronto, una luz de fogonazo: fulgor que hiende las tinieblas y porta algo de mensaje y de dictamen que, probablemente, es un recuerdo de altitudes, de potestad angélica, de vaticinios inexorables dispuestos a cumplirse.

Es víspera en los bordes del momento; es ahora mismo el relámpago. Al resplandor de pronta fuga síguele el bronco tronar de nubes sobrecargadas. El cielo precipita ya, decidido e inclemente.

Auroral y velocísimo, el relámpago deja ver, con nitidez desnuda, su desplante inaprehensible. Acaece. No es señuelo sino un anuncio de ríos verticales. Sólo la memoria puede retener, muy atenuado, ese echarse de bruces de la luz seguido de instantáneo desaparecimiento.

Algo semejante dice y sugiere el breve y notable poema de Salvatore Quasimodo (1901-1969), poeta italiano. “Ognuno stá solo sul cuor de la terra/ trafito da un raggio di sole./ Ed è súbito sera. *(Cada uno está solo sobre el corazón de la tierra/ traspasado por un rayo de sol. / Y en seguida anochece).*

El relámpago es un tajo en el cielo; como presagio y lucidez porta intención de despertar “*el alma dormida*”. Poderoso hasta lo inmarchitable, podemos concebir el motivo más imprescindible que hubo para que la luz fuera emanación primogénita.

A una velocidad de trescientos mil kilómetros por segundo se desplaza la luz. ¿Cuál es la de nuestro entendimiento y aprendizaje? A pesar de tan contundente diferencia, percibimos las señales del cielo y escrutamos algunos designios. Son comprobables los beneficios del relámpago; sus anticipaciones y la albura prístina de su paso, entre nosotros, suelen quedar fuera del espíritu. Tan habituados estamos a mirar por ventana empañada o en los móviles reflejos de la caverna, nos recuerdan San Pablo y Platón, respectivamente.

Quien desee experimentar la claridad plena, instantánea y fugaz, en sí mismo, debería atender la inusitada visita del relámpago.

“La Prensa”, Región del Maule, 19-I-2017.

La piedra

Alguien ha pensado guardar para sí los murmullos encogidos de alguna piedra. No falta la afición de otro cuando, inclinado como en homenaje delante de colores y de formas que sabe atractivas, los conserva en calidad de trofeos de sus incursiones, luego de tomar esos duros cuerpos en las orillas de un arroyo o de un sendero.

Sobre todo, la piedra recuerda alturas cordilleranas. Puede oficiar de repecho o de atalaya. Un surtido de sus formas y superficies parece brotar sin fin de la tierra.

Desde siempre se la ha creído muda. Así y todo, con distintos linajes y sitios diferentes de origen ha conformado el altar, la almena, la casa montañesa, el tajamar, las celdas donde el monje o el recluso penitenciario libran su recogimiento o su tedio, respectivamente, entre murallas confinantes. Por último, también sabe ser lápida y lecho de algunos datos y de palabras cuando alguien impone distancia y ausencia definitivas.

A pesar de la dureza, la piedra es dúctil en el uso y un monumento de paciencia. Sabe ser proyectil en manos de muchachos. Piénsese en la Intifada palestina, a partir de los años noventa, o en la cruel lapidación que aún sufren las mujeres acusadas de adulterio, en el Oriente Medio.

Más sagrada, se la halla en oficios sacrificiales de antiguas culturas que inmolaban víctimas a sus divinidades. En Mesoamérica y en el Tahuatinsuyo incaico se practicaron estas ceremonias con asiduidad. Los gritos de espanto de miles de individuos y el cruento sacrificio de víctimas humanas impregnaron aras y peldaños.

Mucho más próximas a nosotros las resonancias bíblicas de ella. Pedro significa piedra y, según el Señor, *“sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella”* (Mt 16, 18) Y en otro pasaje se recuerda: *“la piedra que desecharon los constructores/ ha sido puesta por cabecera angular”* (Salmo 118, 22). Sin que deje de acudir el consejo de que es preciso construir sobre roca y no sobre arena.

Junto con ser dócil al significado de firmeza y de verdadero sillar, la piedra es afín con la dureza fría de una actitud inmisericorde. Es el motivo de que se nos prevenga, en la Sagrada Escritura, dejar el corazón de piedra y habitar uno de carne.

Una piedra puede convertirse en motivo de tropiezo. Varias veces para la misma persona. Así de tardos, remolones o empecinados solemos ser.

Variables las envergaduras líticas. De guijarro a roquedal, puede ser molestia dentro del zapato o arrasadora destrucción de poblados y sementeras.

Sentados o en pie, mirando una laguna o la paciencia fluyente de algún estero, no es imposible sentir la tentación de deslizar una piedra sobre la blanda lisura del agua, con tal de que rebote antes de sumirse. Toda una prueba de habilidad aliar tales contrastes. De cualquier manera, es aconsejable recordar el carácter provisorio de nuestras grandezas. Tiempo llegará cuando *“no quedará piedra sobre piedra”*.

“La Prensa”, Región del Maule, 5-II-2015.

Color otoñal

Las hojas amarillean como si pertenecieran al descanso del sol. Las más, cambian el semblante con ese no sé qué de nostalgia que las mueve a desprenderse en viaje volandero hacia la tierra o, llevadas por el viento estacional, a cruzar calles, poblar veredas y tapizar los senderos de los parques.

Apenas nos abandona completamente el calor, y ya comienza a sentirse el frío de las noches, del alba y del atardecer, ¿únicamente muere lo vivo o se prepara otro renacimiento?

El otoño enseña a desprenderse. Es preciso morir--no entregarse a la muerte-- en calidad de aceptación de que un tiempo franquea el paso a un nuevo lapso. Y, como para nacer es preciso llegar a la desnudez, empezar desde ella, lo hace la mayoría de los árboles, altos y anchos, delgados o gruesos, cuando sueltan las hojas y dejan espacio a los futuros brotes.

Medita el otoño. Se recoge y halla refugio en el silencio. La algarabía del verano pasó. Su tarea es comenzar la renovación que culminará en primavera. Parece avenirse mejor con los ojos que miran desde una ventana, mientras el ruido invade las calzadas. No es mortaja sino cosecha ese coloquio interior en el que se aventura. Las uvas blancas alcanzan un dorado que las ennoblece. Están maduras para convertirse en sabor o, acaso, en el vino de alegría compartida o de soledad plétórica en homenaje a lo inolvidable.

Cierto, algo impregna de melancolía el intimismo otoñal. Bajo sus nubes gozan de mejor salud los recuerdos. Si el invierno manifiesta el rigor de ausencias y el frío ahuyenta expansiones desaprensivas; si la primavera abre paso a la naciencia de criaturas y de especies, con ese su regodeo cromático de aromas multiplicados en primores; si el verano se vuelca con furor y le placen netas maduraciones; la estación otoñal es, quizás, la que mejor acoge el temblor de lo reminiscente. Recógese el espíritu y se bien dispone para el examen de lo vivido.

Las hojas amarillean porque el mundo gira en redondo en búsqueda del color que consagre la actitud de ser pensamiento y evocación. Amarillean o enrojecen, pero más sabias que nosotros, no pretenden retener nada, sino expresar el testimonio de que el viento y la luz son otras formas con las que se impregna la vida, cuando consiguen una pátina sublime de paz y aceptan aquéllas el movimiento infatigable de lo mudable. En esa su interiorización de *Angelus*, como en el cuadro de Millet, el dorado es más divino. La tierra espera acoger las hojas; el cielo las bendice.

“La Prensa”, Región del Maule, 26-V-2016.

Imágenes de Chile

Que pasemos delante de paisajes o estemos próximos de la realización de un oficio interesante, no debería extrañarnos, porque lo hemos hecho tantas veces. Lo diferente es cuando alguien se detiene en ese caminar y nos lo torna evidente con esa nitidez alusiva y a la vez inefable que es lo bello. Los medios capaces de tal retención son variados. Los verdaderos artistas saben hacerlo. Son amigos del fulgor que dimana lo existente. Se dan por aludidos. Su disposición es mostrar lo visible que lleva impreso el misterio de lo oculto o, si se prefiere, cuando mediante un fragmento de realidad, avisan de un total que excede nuestra comprensión, pero sabe cobijarnos en su reino.

Puesto que ver es mucho más que mirar; los sentidos, la razón y el temperamento de cada artista reaccionan a propósito de lo visto y vivido, y se consagran a la realización de una obra. No ofician de turistas vagabundos en los caminos del mundo; antes lo acogen en clave de presencia. Ven cuando miran.

La fotografía, una de las artes modernas, sabe detener el tiempo efímero y regalar la maravilla que puede ser un paisaje, el genuino estar de la fauna, los afanes del trabajo, o un rostro que es señal de alma e historia con nombre propio.

Fernando Valenzuela Torrealba, religioso agustino, es autor de dos espléndidos libros de fotografías: *Chile, formas y colores*; *Al sur del cono sur*. Ambos despiertan admiración y gozo del espíritu. La dadivosa geografía nuestra es sorprendida por la cámara en momentos perdurables, como si éstos pertenecieran a los primigenios días de la Creación. Proximidades y lejanías se transforman en estampas reveladoras de abundante y delicada belleza. ¡Presencia pura!

El lenguaje de estas obras es color, tesitura de viento y de agua, amplitud de ocurrencia que es don, gracia de envergaduras, contrastes de las horas animadas de eternidad. La variopinta longitud chilena conoce de cualidades eminentes. Luces y sombras hacen parte de un alfabeto de belleza, que es silencio originario. Y la belleza cumple la misión de gratificar la necesidad de nutrirnos a base de un idioma del que sólo sabe el alma, cuando ésta se descubre en amistad plena con sus paisajes y con su anhelo de infinito.

“La Prensa”, Región del Maule, 25-IX-2013.

Adivina, buen adivinador

¿En qué asienta la cultura popular su resistente perduración en un mundo que se ufana de cambiar incesantemente? Sin demora se puede aseverar que, en la necesidad de responder a lo urgente, en el modo convivencial de sus manifestaciones y en el recurso más chispeante de expresividad de que dispone: el ingenio. En todo ello, tiene respaldo el saber del pueblo.

Una subida dosis de acumulada observación y de herencias largas hace brotar--como si nada-- alguna ocurrencia, un vínculo entre aspectos diferentes, o la fisonomía de la realidad que, debido a su cotidiano trato, acabamos por no ver. Tal ingenio tiene en las palabras formas perdurables con qué dar en el blanco: el refrán, la sentencia, el proverbio, la adivinanza. Esta última corresponde a la modalidad más festiva, junto al trabalenguas de los juegos idiomáticos.

Muchos son los investigadores dedicados a registrar ese jugueteo antiguo y nuevo, a la vez, de la perspicacia traviesa. Hace algunos años, Magdalena Fuentes Zurita seleccionó un millar de adivinanzas: verdadero tesoro de desafíos a la rapidez mental.

Aquí va un par: *“Tiene cabeza menos pie/ navega por mar y tierra/ y al mismo Dios sujetó”*. Otra: *“Ayer como hoy/ mañana como ayer/ y siempre igual/ un horizonte gris/ un cielo azul/ y andar y andar”*.

Las adivinanzas desafían la prontitud de los repertorios habituales que tenemos presentes. ¿Los llevamos vivos y prontos en nosotros o están silentes y desabridos en la desatención?

No se piense de alguna generación o de lugar, sin el cultivo, presencia y aporte del juego adivinatorio. Las adivinanzas se mantienen en el tiempo, porque integran un acervo transmisible de las generaciones. Si se las quiere mejor entendidas, ellas corresponden a un ejercicio, a una entretención, lo mismo que a un enlace de las edades.

La malicia de algunas se hermana con la atribución hecha a algún miembro corporal, objeto o actitud. Así, la apariencia despierta, por la mención de los vocablos, manifiesta destreza de los hablantes cuando desafían al auditor sobre la base de plantear un doble sentido en el acertijo.

“¿Qué clase de animalito/ es este que no se ve? / Nadie dice que lo ha visto,/ pero regala bebés”.

En otros casos, la solución está expresa en los vocablos ofrecidos: *“Base tengo por nombre/nica por apellido”*. Otra: *“En medio del mar estoy, / no soy de Dios ni del mundo/ ni del infierno profundo/ y en todas partes estoy”*.

Aires de ruralidad, sobre todo, nos acercan las adivinanzas, y, en ellos, un rico venero de humor capcioso pone en jaque las posibilidades asociativas del auditor.

“¿Sabes tú qué cosa existe, / si es asunto que te importa, / que entre más se nos alarga, / tanto más se nos acorta?”.

Adivina, buen adivinador.

Gol, gol de Chile

Parece ayer y, también, remoto el Mundial del 62. Sesenta años desde entonces. Como siempre, los recuerdos abrazan aquel tiempo como un presente de renovados brotes. Como siempre, lo recordado posee un no sé qué de increíble, de fascinante ensueño. Vino, se fue, regresa. Jamás puede alejarse del todo.

La historia había comenzado años antes. En 1953, Ernesto Alvear viajó a Europa para indagar acerca de la organización de un torneo mundial. Tres años después, en Lisboa, las delegaciones de Chile y de Argentina expusieron sus argumentos ante los delegados de los países asociados a la FIFA, para elegir a su respectivo país sede del campeonato mundial de 1962.

Entonces fue cuando Carlos Dittborn habría pronunciado esas palabras, ahora legendarias, de “porque no tenemos nada y queremos hacerlo todo”. La verdad es que las dijo, aunque en otra ocasión, cuentan las crónicas. Falleció 32 días antes de la ceremonia inaugural del campeonato del mundo.

Juan Pinto Durán fue otro de los mosqueteros que propició la mayor justa futbolística organizada por nuestro país. Chile era un país austero, sencillo, pero con ímpetu nacional. Lamentablemente, tampoco llegó a ver la concreción de su empeño. Falleció el 2 de noviembre de 1957, en un accidente automovilístico.

Ernesto Alvear Retamal fue el encargado de conseguir otros apoyos. Emprendedor y entusiasta, consiguió el respaldo del presidente Jorge Alessandri, en un momento de especial gravedad, puesto que el 21 y 22 de mayo de 1960 habíamos sufrido el más grande de los terremotos de que se tenga registro y memoria.

Juan Goñi, dirigente deportivo, ejerció durante varios períodos la presidencia de la Asociación Central de Fútbol. Fue uno de los hombres clave en la organización y materialización del Mundial del 62. En sus postrimerías, fue nombrado vicepresidente vitalicio de la FIFA.

El recuerdo debe sacudirse de la tentación del olvido. Cada nombre tiene de respaldo otros varios. Acuden las personalidades de Fernando Riera y Luis Álamos, entrenadores de la selección chilena. Estricto y pleno de convencimiento, el primero; así como animador y astuto, el segundo.

Vamos a la cancha. La alineación titular saluda: Misael Escuti, Luis Eyzaguirre, Raúl Sánchez, Sergio Navarro, Carlos Contreras, Eladio Rojas, Jaime Ramírez, Jorge Toro, Honorino Landa, Alberto Fouilloux y Leonel Sánchez.

Lesiones y cambios se conocieron en los partidos sucesivos disputados por Chile. Además de los mentados, jugaron: Adán Godoy, Humberto Cruz, Manuel Rodríguez. Mario Moreno, Carlos Campos, Armando Tobar, Los equipos contrincantes fueron, sucesivamente, Suiza, Italia, Alemania, Rusia, Brasil y Yugoslavia.

Meses antes de iniciarse el Mundial, sonó en las radios una canción festiva, juvenil, con espíritu deportivo, el energético “Rock del mundial”, interpretado por el grupo “The Ramblers”, en la voz inconfundible de Germán Casas.

Sesenta años después perdura el incentivo: “Tómala, métete, remata/ gol, gol de Chile”.

“La Prensa, Región del Maule, 25-V-2022.

II. Conductas escogidas

Una vida de compromiso

Se escucha decir de tantos que quieren ser libres, mientras engrillan lo mejor de sí en aras de consumir, de sobrepasar la propia naturaleza y de probarlo todo, aprisa, como si esta vida hubiera que perderla en la insensatez, el narcicismo y la autorreferencia.

A despecho de eslóganes facilistas y de raquíticas conductas, hay un siempre de la dignidad, un siempre de la donación de sí, un siempre de los espíritus que descubren motivos, razones de ser, más altos y hondos, a partir de los cuales vivir es convivir, optar es liberar y amar es poblar el horizonte personal en compañía de otros que son presencias reales. Para los espíritus libres, la existencia deja de ser un dato; en cambio crece en ellos la convicción de abrirse al encuentro interpersonal y a la vida en toda su amplitud dignificante.

Martin Luther King (1929-1968), pastor bautista, fue una persona que se atrevió a ser hombre cabal. Luchó de modo no-violento en beneficio de los derechos civiles de negros y de blancos en los Estados Unidos. A todos dirigió sus palabras que buscaron despertar la dignidad y el heroísmo, la donación de sí y la coherencia de medios y fines. Se entregó él mismo, con generosa intensidad y valentía desarmada. Supo ser criatura y líder. Concordante con ello, elevó plegarias, se concibió discípulo y dedicó los días a servir. Porque amó a Dios, supo amar a las personas, de manera liberadora; porque amó a los hombres, pudo recordarles su condición de hijos del Padre.

Dos meses antes de ser blanco de las balas asesinas, dirigió unas palabras a su congregación, a la vez proféticas y clarificadoras, del significado de la propia vida.

“Sí, si queréis decir que fui un abanderado, decid que fui un abanderado de la justicia; decid que fui un abanderado de la paz; decid que fui un abanderado de la rectitud. Y todas las demás cosas superficiales no importarán. No tendré dinero que dejar tras de mí. No tendré las cosas exquisitas y lujosas que dejar tras de mí. Pero sí quiero dejar tras de mí una vida de compromiso”.

Nadie aprende a ser libre sin comprometer la continuidad de su tiempo posible. El compromiso se asienta en un sí a la vida; sabe de riesgos, pero se atreve a emprender lo que es justo y moralmente sólido, aunque no falten incomodidades e incomprensiones mientras va de camino. Comprometerse es unir la libertad y la voluntad personales en vistas de un bien por el cual vale la pena ofrendar la vida, cada jornada. Se comprometen sólo los generosos, los valientes, aquellos que descubren la existencia como un don. Y todo don está llamado a convertirse en servicio, creación y fértil discernimiento.

“Si puedo ayudar a alguien durante mi paso por la vida, si puedo alentar a alguien con una palabra o una canción, si puedo mostrar a alguien que está siguiendo un camino equivocado, entonces mi vida no habrá sido en vano. Si puedo cumplir con mi deber como debe hacerlo un cristiano, si puedo traer la salvación a un mundo descarriado, si puedo difundir el mensaje enseñado por el maestro, entonces mi vida no habrá sido en vano”.

“La Prensa”, Región del Maule, 11-IX-2013.

Como si oyéramos llover

Nuestra época es colosal; abarca toda la tierra. Abundan en ellas las cosas, el ruido y las ofertas. Se dijera que los símbolos arquitectónicos más acordes a su fisonomía ansiosa son el supermercado y el centro comercial. Exceso de productos llama la atención; para no pocos la mercadería semeja un maná. Cada comprador escoge lo que desea. Y lo que puede. El salvoconducto para desplazarse en medio de tantos guiños y trofeos radica en el dinero poseído, llamado eufemísticamente poder adquisitivo.

Adquirir es verbo clave en nuestra civilización. Se adquiere una cosa tanto como una costumbre. La primera, cuando es bien habida, con el propio peculio; la otra, mediante el simple contagio. Comoquiera sea, es urgente ingeniar maneras de procurarse, ojalá en cantidades apreciables, el “ábrete sésamo” de vitrinas y escaparates, agencias de viaje e inmobiliarias, y demás repertorio de nuestra sociedad consumista y devoradora.

Los bienes, o los que parecen serlo, multiplican sin tregua su exhibicionismo. Jamás alguien se sacia de ellos. ¡Oh paradoja! Quienes podrían hacerlo, si atendemos a los recursos de que disponen, no consiguen adelantar sino la renovación de ilimitados apetitos. A los otros, aquellos que “*viven por sus manos*”, tampoco les alcanza saciedad cuando merodean los templos profanos de venta o escuchan las cancioncillas de la publicidad.

Ningún producto tienta desde su envoltorio o envergadura sin una previa y costosa elaboración a base de trabajo y de insumos que tienen su origen en los bienes naturales: agua, luz, aire, tierra, minerales, gas, petróleo. Pero la abundancia esconde algo brutal: el planeta está arrasado por la piratería y la codicia. Los hábitos usureros y extremadamente descomedidos para con nuestra casa terráquea cobra víctimas más numerosas cada vez. La naturaleza nos desconoce, porque le hemos infligido excesivas y crueles ofensas. Han sido violados los preceptos elementales de la siembra y de la siega. *El mundo es ancho y ajeno*, como en el rótulo de Ciro Alegría.

Mercancías y apetitos, en virtud del perjuicio que supone la demencial algarabía del negocio y del consumo, crecen exponencialmente como bruma pegajosa. La metástasis gana batallas; se expande sin contrapeso. Uno a uno, los bastiones de conciencias personales y de instituciones en pro de lo vivo quedan amagados en sus intentos de moderación; ineludiblemente constreñidos ante la encrucijada de escoger entre rendir sus postulados y plegarse a las triquiñuelas al uso, o bien, recluirse, con tal de resistir, fortalecidos en la razón--hoy minoritaria-- de respirar en acuerdo con otras vidas.

De año en año, las alteraciones del clima y la escasez de agua desautorizan los más ingenuos pronósticos. Las llamadas potencias y los gobiernos de aquí y de allá semejan atletas que buscan inclinar la pista del lado del abismo. Políticas de corto plazo, negociados y descalabros son muestras que arroja la marea. Más cierta que sus altivas luces, la civilización es mucho más frágil de lo que presume. Pende de un golpe de corriente. Los casos abundan: podemos quedar a oscuras. ¿Lo estamos ya?

Parece quedar poco tiempo de reacción. El plazo es ahora o nunca más.

“La Prensa”, región del Maule, 7-V-2015.

Palabra de hombre

Por estos días, cuando muchos declaran en bancarrota e inutilidad los valores—como si se pudiera existir amputado de alguna versión de éstos--; cuando tantos parecen festejar el vacío, y, como para compensar su raquitismo, vociferan consignas tan neutras como falaces, aunque “políticamente correctas”; esos adalides de la nada gozan de un triste papel: ser los voceros de “*la época del desprecio*”, de que escribiera André Malraux.

Por fortuna, el menguado espíritu de los eslóganes que los acompaña está lejos de ser la declaración más noble de nuestra especie.

Una escena acude para realzar la actitud de quien, en la cita de la dignidad con su hora precisa, se jugó entero por valores que le animaban y movían voluntad e inteligencia.

12 de octubre de 1936. España ardía por todos sus costados en una guerra fratricida. El Paraninfo de la Universidad de Salamanca reunió, aquella vez, a mucha gente, para celebrar la efeméride del “Nuevo Mundo”, en tanto la lucha interna recién comenzaba. ¡Cuánta paradoja apuraba dicha ocasión!

Prorrumpen los filisteos. A los gritos de “*¡Muera la inteligencia! ¡Viva la muerte!*”, vociferado por el general Millán Astray y sus secuaces, el recinto se estremece. Los más quedan perplejos. Algunos quieren pasar inadvertidos. Pero don Miguel de Unamuno (1864-1936), a la sazón exrector, no se dejó sobornar el alma. Comprendió que no debía eximirse de poner los puntos sobre las íes.

“Estáis esperando mis palabras. Me conocéis bien, y sabéis que soy incapaz de permanecer en silencio. A veces, quedarse callado equivale a mentir. Porque el silencio puede ser interpretado como aquiescencia”.

Alistada la artillería de la reflexión, no tardó en dispararla contra el estandarte injurioso, lema de las hordas: “*¡Muera la inteligencia! ¡Viva la muerte!*”

Fuera de otras consideraciones, el escritor, hombre de vigor y de convicción, culminó espetándole a la turbamulta: *“Este es el templo de la inteligencia. Y yo soy su sumo sacerdote. Estáis profanando su sagrado recinto. Venceréis porque tenéis sobrada fuerza bruta. Pero no convenceréis. Para convencer hay que persuadir. Y para persuadir necesitaríais algo que os falta: razón y derecho en la lucha. Me parece inútil el pedir os que penséis en España. He dicho”.*

Sí; la palabra no sólo es herramienta oxidada, ni deplorable repetición de ineptias. Ella revela convicciones, también; y cumple ese cometido cuando habita una humanidad que sabe erguirse, dignamente soberana, a despecho de paniaguados y de necrófilos.

“La Prensa”, Región del Maule, 27/II/2013.

Dieta al día

Nadie de buen sentido y en posesión de un mínimo de cordura negaría la necesidad de aprender. Los motivos son siempre los mismos: ignorancia, curiosidad, deseo de ir más allá de trillados senderos y el deseo de desarrollar los talentos recibidos.

Todo está bien en la vida humana, quiero decir que discurre entre sonrisas y duelos, con imperfecciones y aciertos, hasta que alguien—varios y en muchos lugares con inmoderada simultaneidad—comienza sus descubrimientos: los caminos de tierra, el hilo negro, la pólvora, las cáscaras de frutas y del huevo. Todo de una vez. Porque entonces, debemos prepararnos para lo peor: brota de esos iluminados un convencimiento radical: la gente debe ser reeducada. Lamentablemente, las 830 generaciones de la humanidad que nos preceden han vivido siempre empecinadamente equivocadas.

¿Quién podría negar que la estrechez de horizonte ha servido de cepo y de mordaza, por largo tiempo, en la historia? Por ventura, ¿se le ocurre a alguien dudar de que, en más de un asunto, el conocimiento y los nuevos puntos de vista surten de buenos efectos al propiciar ascensos de conciencia y mejores prácticas en nuestra especie?

Los medios sociales hacen su agosto publicando avisos de cursos al por mayor; programas, entrevistas, reportajes llueven copiosamente sobre la atención y la conciencia. Vaya alguien a discrepar de esas nuevas materias, porque una retahíla de epítetos buscará hacer fama en usted. Será catalogado de retrógrado, sospechoso de extremos repudiables, verdadera rémora en el flujo del progreso.

Cualquier entusiasta—incluso de buena intención—no demora en aprender a echar las cartas, a pintar la niebla, hacer tortillas de durazno con pimienta o a conducir las emociones por los valles de los suspiros. Resultado previsible: un nuevo magisterio hace su estreno y una sonriente orientadora de nubes vocea mercancías de saber vivir.

Sin que podamos guarecernos de los conocimientos torrenciales que se nos echan encima, en cualquier momento debemos bajar la cerviz, hacer acto de contrición y convertirnos en discípulos de alguna disciplina o arte combinatoria. Un poco de budismo ecológico, otro tanto de aderezos gnósticos, salpicado de shintoísmo y, como no quiere la cosa, rociado lo anterior con dosis bíblicas, se convierte en ayuda transversal, por obra y desgracia de una persona “maravillosa”, vocablo indispensable y obligatorio entre los buhoneros de tanta “sabiduría”.

Si consideramos todo lo que debemos aprender, desde la respiración hasta la ingestión de nuevas dietas; desde el pensamiento tántrico hasta las razones para esbozar sonrisas, lo más seguro es que terminaremos por olvidarnos de vivir.

“La Prensa”, Región del Maule, 11-II-2016.

Cómo a nuestro parecer...

Cada generación emprende, en el fondo, las mismas batallas de vivir. Crece, sueña, enfrenta desafíos y es interpelada por escollos equivalentes. Quiere ser feliz y, para conseguirlo, concibe una variedad de posibilidades, en su fuero interno, segura de que está en la pista correcta. El aprendizaje de una profesión o de un oficio le franquearán las puertas de ese futuro tan ansiado. Con pareja insistencia esperará, probablemente, la llegada de alguien especial, quizás fundar su propia familia y, a través de ella, reiniciar el mundo.

Mientras explaya su presencia, a poco andar toda generación comprueba que el sucederse del tiempo es inexorable e inmisericorde. Apenas se aleja la primera juventud, comienza a establecer comparaciones entre el reciente ayer y el novísimo arribo de señales que le indican, acaso por vez primera, que la novedad de su tiempo ha cesado. A partir de esa consciencia brotan observaciones y le visitan nostalgias. Hoy no es como ayer, por consiguiente, el mundo tampoco es lo que fue.

Nadie podría negar la veracidad de tales aseveraciones. En muchos aspectos, el mundo es otro, cada día. Pero el cambio infatigable no debería olvidar que lo verdaderamente novedoso no es la variedad, sino la persistencia de ciertas reacciones y sentimientos que, con sus más y con sus menos, se repiten como las estaciones del año. Ciertamente, con nuevos matices, cada vez.

Probablemente, quienes mejores comprenden esta ley del permanente cambio o de las variaciones de lo mismo, sean los mayores, aquellos que están de vuelta de muchos afanes. Eso, siempre y cuando, no se abandonen a la fijeza melancólica del paraíso del antes, y encaren lo porvenir desde la raíz auténtica de lo que es cada período: otra etapa.

Una equívoca cita de Jorge Manrique ha llevado a repetir a muchos: “Todo tiempo pasado fue mejor”. El poeta del siglo XV escribió algo distinto en “Coplas a la muerte de su padre”: “*Cómo a nuestro parecer/ cualquiera tiempo pasado/ fue mejor*”. Atención: según “*nuestro parecer*”.

Haríamos bien en recordar que, en su momento, el pretérito que nos correspondiera vivir no escondió motivos de padecimiento ni causas de desasosiego. Para comprobarlo, aún más, es cosa de leer páginas de autores y de épocas muy diversas, fuera de escuchar a quienes cuentan con más años y con más motivos y escenas que corroboran un hecho radical: los cambios de toda generación están acompañados de la reiteración de las grandes experiencias humanas. En ese sentido, viene de perlas lo escrito en Eclesiastés: “*Nihil novum sub sole*” (Nada nuevo bajo el sol).

“La Prensa”, Región del Maule, 20 de febrero, 2013.

Dislates escogidos

El buen humor no debe privarse de anotar algunas respuestas sobresalientes de estudiantes. Claro, no llaman tanto la atención, aquellas nacidas de la lucidez y el paciente estudio, sino las que desbarran, con desplante y desfachatez extremos, cuando están gobernadas por la ignorancia y la asociación imaginativa.

Un largo ejercicio pedagógico dispensa cercanía y trato con varias generaciones, las que, a su turno, contribuyen con ejemplos de dislates intelectuales, imposibles de olvidar.

Para muestra, algunos botones.

Prefijo, es decir, aquella partícula que se antepone a un vocablo. Ejemplos: pre-historia, el largo período que precede a la historia; así como un pre-juicio significa que se emite un juicio sobre alguien o algo, previo a conocerlos.

Nótese una respuesta escogida: “Palabra que se encuentra detrás de alguna otra, es decir, antes”. La ubicuidad del prefijo, en este caso, para estar antes y después de una palabra es un hallazgo notable.

Para un ramillete ortográfico, algunos casos en paréntesis: Así (haci); cacofonía (kakofonia); Vamos a ver (Vamos haber); Ojalá haya soluciones (Ojalá allan soluciones).

En el caso de lengua romance, es decir, de aquella nacida del latín vulgar, (castellano, francés, italiano, rumano y otras), quedé informado de que “es una lengua que se ha convertido en latín durante siglos”. Otro tanto sucede con el concepto de lengua multinacional. La respuesta: “es un dialecto usado comúnmente por varios sectores geográficos”. Flor de confusiones. Para compensar, otros asocian lengua romance con un idilio o una relación sentimental: “Aquella que se emplea en los sentimientos”, o sea, no para expresarlos, sino en la experiencia de sentir propiamente tal.

Al tratar de barbarismo se suele explicar que, una de sus acepciones, es la del mal uso de vocablos o palabras. Y bien, he aquí dos respuestas antológicas: “Acto de rebeldía”; “Es dar grandesa (s en vez de z) a lo que se está hablando. Recalcar su importancia”. ¡Qué barbaridad!

Más de una vez me he propuesto formar una colección de respuestas disparatadas. Reconozco mi inconstancia. Quizás he privado a tantos de compartir curiosidades del buen humor. Enmendaré esta mala costumbre.

Nunca es tarde.

“La Prensa”, Región del Maule, 22-II-2018.

Conductas dispares

La Semana Santa actualiza conductas en las que se dieron cita, en pocos días, lo sublime y lo abyecto, la inmolación y el abandono, la calumnia y el perdón, la muerte y la resurrección. En pocas palabras: Espíritu de Dios e inconsistencia humana. Resumen antológico de la historia.

Doce discípulos, entre quienes existe un traidor; alguien que niega y otros que arrancan. Panorama nada auspicioso. También una madre, María, parientes y personas compasivas, especialmente mujeres. No falta el hombre políticamente correcto: Pilato, ni los soldados romanos para quienes la tortura es una diversión. En la vereda de enfrente, los instigadores poderosos de la muchedumbre, maleable ésta en su irreflexión y dispuesta a ser manipulada. Continúa el desfile: desdeñoso Herodes, escandalizado Caifás, alborotador Barrabás, y la actitud de dos ladrones: el rencoroso Gestas y quien se ilumina en las postrimerías, de nombre Dimas.

Los hechos: una sucesión de interrogatorios, rostros vociferantes, desprecio, azote y perjurios. Juicio sumario. La víctima sabe de antemano cada uno de los episodios que ha de padecer. Habla, pero calla pronto. Nada es dable revelar si las voluntades tienen preparado el veredicto. En pocas horas, se suceden la tribulación, la plegaria extrema, la orfandad, el indecible padecimiento, la entrega redentora.

La atmósfera se carga de pesadumbre. Jueves de última cena: institución de la eucaristía y del sacerdocio, angustia en el Huerto de los olivos. Ya se marcha Judas en busca de completar su trágico designio; ya caen de sueño los discípulos, sin poder velar una hora, junto al Maestro; ya se escucha el envalentonado tropel de sus aprehensores.

Viernes: dictamen inapelable y *via crucis* que culmina en el patíbulo. Lloran las mujeres y Él se compadece de ellas; Simón de Cirene es obligado a cargar la cruz. Se prodigan mofas y desprecios. Siete palabras en las horas cruciales. Una de éstas: “*Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen*”. Queda traspasado el corazón de su madre. Aflicción y cumplimiento extremos de un amor que nunca comprenderemos, sino con sincero corazón. “*En tus manos entrego mi espíritu*”.

Antes del sábado, José de Arimatea da sepultura al cuerpo de Cristo (palabra griega que significa Ungido). Desolada ronquera lleva el tiempo. Todo parece concluso, fracasado, muerto. El Mesías ha sucumbido al juicio, sentencia y ejecución del reino de este mundo. Señorea el miedo, la oscuridad del horizonte y la desesperanza.

Primeras horas del domingo. Tres mujeres perplejas delante del sepulcro. “*¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?*”. Corren a contarlo a los discípulos. Mientras se dirigen a Emaús, dos acongojados seguidores platican de los sucesos recientes. Alguien se les une. “*Quédate con nosotros*”. Luego, reconocen lo trascendente “*en la fracción del pan*”.

Poco después, los once reciben su Presencia: “*les abrió la inteligencia para que entendiesen las Escrituras*”. Fe y razón despiertas por la Vida que triunfa de la muerte.

La historia comienza otra vez. Incesantemente.

“La Prensa”, Región del Maule, 27-III-2013.

Y consiento en mi vivir

Imposible no emparentar este rótulo con el famoso poema de Jorge Manrique (1440-1479). En una de sus estrofas, don Rodrigo, padre del poeta y maestro de Santiago, en trance de dejar este mundo, acaba por decir a la muerte: “*Y consiento en mi morir/ con voluntad placentera, / clara y pura/ que querer hombre vivir, / cuando Dios quiere que muera, / es locura*”.

Pocas citas responden mejor que ésta a la posibilidad de un epitafio personal, toda vez que manifiesta el testimonio de tan convencida aceptación delante de lo más íntimo e inexorable. Nótese que se consiente en el morir, no en la muerte.

Pero antes del consentimiento a ese acto de recogerse, es preciso privilegiar el de vivir. No queda lejos uno del otro. Conviven en un maridaje que no elude cimas ni abismos.

Vivir es, de por sí, un verbo multitudinario. A sus expensas muchos otros vocean propios derechos. ¿Cuáles son los más premiosos? Trabajar, amar, encontrar, perder, reír, crear, sufrir, agradecer; algunos más completan los modos del tiempo con sus conjugaciones respectivas.

Consiento en mí vivir pretende expresar algo más íntimo: la entera jornada personal. Esta me depara complacencia y disgusto de congeniar con la aspereza y la tersura. Sentirme alguien, sabiendo que, entre quien soy y quien anhelo ser, se extiende un territorio de paradojas y de medianías insatisfechas.

Sueño hasta quedar despierto; voy de viaje en la quietud de mis devaneos y cavilaciones; presto atención a demasiados asuntos; al cabo, habito un centro algo disperso en muchos afanes. Me hablo todos los días y no alcanzo concordia. Y, en esta lucha, el presentimiento de que doy pasos que rebatirían la existencia si no contara con el respaldo de Quien es la vida.

Consiento desde la clave que se me ha donado, mientras soy actualidad sucesiva. En acuerdo con la Voluntad Suprema, aunque se retraiga el ánimo delante del dolor y se acobarde el contento cuando uno se sabe presa de lo ineluctable. Todavía así, persiste victoriosa la esperanza; asimilo y acepto con serenidad lo positivo y lo adverso que me corresponde.

Consiento en mí vivir, sin que de ello deba colegirse una resignación sin más, ni mucho menos claudicar frente a la necesaria y esperable lucha de una mejor versión personal y del mundo que me concierne. Consiento en la vasta realidad, a despecho de mis preferencias o inclinaciones más fáciles; también en una existencia a la que, de entrada, es necesario reconocerle crepúsculos y alboradas. Consiento en el hecho más radical: los contados pasos que daré en el tiempo de este mundo.

Espero compartir, también, el día sin ocaso.

“La Prensa”, Región del Maule, 24-IV-2013.

Es que no lo siento

¿Ha reparado, usted, en cierta tendencia justificativa de la conducta o de la omisión basada únicamente en el sentir? Las situaciones específicas pueden ser muchas. He aquí tres ejemplos: No comunicarse con algunas personas de la familia o con amistades, especialmente mayores, porque no se siente deseos de hacerlo; dejar, reiteradamente, sin respuesta mensajes que otros enviaron con atención e interés; deprecia lugares en los que están implicados vínculos y compromisos libremente adquiridos.

El presunto fundamento de tal inconducta reposaría en que el sentimiento obedece a la espontaneidad y, en ésta, se manifestaría lo auténtico de cada persona. Siguiendo este hilo argumentativo, cuanto se emprendiere alejado de lo sensible, no obligaría en conciencia y, de paso, perdería todo valor en la eventualidad de realizarse, porque no es nacido de un impulso espontáneo.

Supongamos que, de un momento a otro, las relaciones interpersonales quedaren supeditadas exclusivamente a sentir pulsión de ellas para emprenderlas. No está demás pensar en esa posibilidad. Caso: Una madre y un padre dejan de ocuparse de sus hijos, porque no sienten que deban seguir haciéndolo; los encargados de administrar asistencia, de cualquier índole, a los demás, declaran que no sienten deseos de trabajar; a su turno, el profesional o quien desempeña cualquier oficio deciden privar de sus aportes a la sociedad, porque no cuentan con ganas de mantenerse en sus labores.

El resultado: un descalabro sin cuento.

Si el actuar humano dependiera solamente de sentir ganas, convertiría al mundo en una veleidad intolerable. La incerteza se apoderaría de todos los vocablos, de cualquier promesa y de cada uno de los compromisos. Dejado al arbitrio del azar anímico, vivir con otros, e incluso con uno mismo, ofrecería la versión segura del imposible.

El sentimiento debe aliarse, necesariamente, con la voluntad y con la inteligencia, si quiere mantener su legitimidad. En cambio, las sensaciones son efímeras porque obedecen a estímulos externos. Los sentimientos pueden alojarse en una continuidad mayor radicada en el dinamismo hecho de convicciones, renovada disposición y actitud. El sentir genuino no es mero efecto espontáneo; siendo este tan necesario, jamás constituye el soporte único de la conducta.

El hacer o el dejar de hacer pertenecen mucho más al reino de un espíritu que ha descubierto a los demás como presencias o, por el contrario, los ha convertido en datos olvidables. Si lo primero, proyectará el presente a base de un plan que, por mucho que esté sometido a mudanzas, dispondrá de fundamentos suficientes sobre los cuales se elevará la confiabilidad de la persona, incluso a despecho del desgano y de los cambiantes ánimos. Si cede, en cambio, a concebir al otro como un dato, sólo dejará de herencia un pudo ser deshecho, mutilado o nonato.

“La Prensa”, Región del Maule, 15-V-2013.

Convergencias de lo diverso

Andrés Sabella y el Cardenal Silva Henríquez dedicaron sus vidas a servir. Uno fue poeta, artista de la línea y hombre de prensa; el otro se consagró a comunicar la Buena Nueva a quienes la aceptaran y se reconociesen necesitados de ella. Ambos concibieron la existencia como misión; ello implicó aventura, desafío, pasión, perseverancia, generosa disponibilidad y sueño despierto. Sobre todo: descubrimiento del otro en calidez de presencia.

Dado que una misión se lleva a cabo en sucesivas y cambiantes circunstancias, Raúl Silva Henríquez y Andrés Sabella comprendieron que toda vida, en este planeta, es una forma sagrada de encarnación. En acuerdo de ello, la actitud de ambos acogió lo existente, sin eludir la caída, la fragilidad ni el rostro ingrato que pudiera ofrecer el mundo.

Ambos vivieron hondamente su pertenencia a Chile. El poeta la expresó con gozo y dolor en numerosos textos; el pastor la proclamó llamando a destruir el odio antes de que éste nos destruyera a todos. Los dos lo hicieron cuando era más amable la historia y, también, cuando fue peligroso representar a los impedidos y sufrientes. Palabras en acción, ambos supieron llamar al pan, pan, y al vino, vino. Mas, tampoco conocieron de lentitud si se trataba de proferir mensajes henchidos de agradecimiento, ni dejaron pasar lo bello y lo heroico venido de la existencia del sobresaliente y del anónimo, hermanados en la actitud de ofrendarse.

Literato y prelado, sus presencias continúan siendo testimonios de atreverse a vivir y de ser capaces de afrontar responsabilidades y de ocuparse de otros. En esas activas convicciones radica uno de los motivos de la gratitud que muchos sienten por ellos, en Chile.

Llor al escritor, de quien hemos celebrado su primer centenario de nacimiento. Aquellos que lo conocieron por ser sus lectores, alumnos o amigos, saben bien de esta aseveración. Honor al religioso que, por su intermedio, muchos experimentaron el espíritu redentor de Dios, de Quien el Cardenal se hizo heraldado y tomó su cruz.

“El Mercurio”, Antofagasta, 29-XII-2012.

Cambalache

La fotografía de Nelson Mandela, luchador en contra de las leyes racistas de Sudáfrica, preso ilustre durante tanto tiempo, quien falleciera a los 95 años, hace algunas semanas, ha aparecido en numerosos soportes tecnológicos. Su nombre evoca dignidad, entrega generosa a los demás, voluntad y anhelo de un mundo más humano. Todo ello sobre la base de un robusto espíritu de magnanimidad, traducido en la noble actitud de perdonar a los agresores y activos agentes de la injusticia, para luego iniciar un camino de recuperación moral y sana convivencia en su país.

Sin embargo, nada de lo anotado consigue eludir que su imagen haya sido expuesta, en el mismo nivel de importancia, al de una mujer circunstancial que, como gran mérito, exhibiera una parte de su cuerpo. Dos realidades tan desiguales y el mismo tratamiento visual electrónico. Así las cosas, no demoraron los deseos de entonar el famoso tango “Cambalache” -- hace mucho inmortal--, de Enrique Santos Discepolo (1901-1951). *“Nada es mejor, todo es igual”*, denuncia. Y en otros versos: *“Vivimos revolcaos en un merengue, y en el mismo lodo, todos manoseaos”*.

Hoy alcanzan pareja estimación una vida dedicada, generosamente, a levantar la dignidad del prójimo tanto como la propia, y las exhibiciones de narcisistas olvidables. El cuerpo ofrecido como mercancía expresa una baja estima de lo creado, que gobierna y apresura la legitimización de cualquier improcedencia. ¿Es una casualidad someter las manifestaciones humanas a un rasero tal? ¿Obedece, todo esto, al propósito de expandir vulgaridad contaminante, cuya meta sería concentrar la atención en previsibles reacciones hormonales? ¿Dónde hay sitio para el amor, la honestidad, los motivos generosos en los que el espíritu acepta desafíos y comprende que el mundo es promesa para ser habitado con digna resolución?

“Qué falta de respeto, qué atropello a la razón, / cualquiera es un señor, / cualquiera es un ladrón (...) y herida por un sable sin remaches/ ves llorar la Biblia junto al calefón”.

Pero las exteriorizaciones no paran en esto; hacen algo más: desnudan la tabla valórica que profesa íntimamente la ralea que las promueve. Es un despropósito demandarle mejores fundamentos. Resultado único: promiscuidad voceada y exhibida. Desde el momento en que lo zafio de esas ofertas pretende interpretar la realidad humana, empequeñeciéndola, se arrasa con lo bello, lo bueno y lo verdadero de que ella es capaz.

Hollar los faldeos cordilleranos no exige nada especial; al desafío de la montaña responden sólo quienes tienen la disposición y la voluntad de conquistar su cima. Lo demás es ruido de cambalaches.

“La Prensa”, Región del Maule, 6-II-2014.

Mea culpa

Me dirijo a todos los chilenos y a todas las chilenas, a las panteras y a los panteros, a los estudiantes y a las estudiantas, a los que escriben ensayos y a las que escriben ensayas; así de específico para que ninguna y ninguno se sienta dejado de lado ni de lado.

Me han convencido de que practico la desconsideración y, sobre todo, que cometo una injusticia a cada rato con la sociedad. Perdónenme los ofendidos y las ofendidas, las águilas y los águilos, los sapos y las sapas.

Les aseguro que las aves y los avos conocen de mi arrepentimiento y de la disposición a dedicarles unos palabros y unas palabras, respectivamente. Esto lo comunico, simultáneamente, en ambos géneros, no vaya a ser que unos se aprovechen de las otras o éstas dejen a aquéllos sin respaldo para la espalda.

He descubierto, con pavor, cuán feminista es nuestro idioma. Excluye sin piedad a los machos de cada especie, cuando menciona las hormigas, las ballenas, las abejas, las focas, las ranas, las cebras, las serpientes, las toninas, las bandurrias, las palomas, las mulas, las tortugas, las jirafas, las arañas, las polillas, las mariposas. Hay más ejemplos, por si acaso. No digo nada de las cigüeñas; es natural la atribución exclusiva.

Cómo es posible que al decir especies marinas se incluya el total de las poblaciones acuáticas. ¡Tan suelto de cuerpo el léxico hispánico! Por si fuera poco, la flora y la fauna, las carreras profesionales y las universidades, las culturas, las costumbres, las canciones y las artes, están anexadas a las zonas de influencia femenina.

Invito, exhorto, convoco a todos los representantes masculinos para que no se dejen avasallar ni seducir por el actual estado de la lengua. Las cosas no pueden seguir como hasta ahora. Es una despiadada injusticia la que se nos impone. Me equivoco de nuevo: un injusticio. De cualquier manera, si no consiguiéremos ser escuchados deberemos acudir a la Corte Internacional de La Haya, aunque ésta no dé garantías suficientes de imparcialidad en Derecho, porque sus fallos suelen contener muchas fallas.

Mis queridas chilenas y mis abominables chilenos, por culpa de los contumaces y perturbadores yerros patriarcales, se instauró un modo tiránico de hablar, de nombrar, de razonar, de cantar, de elogiar y hasta de orar, en nuestro idioma. Suficiente motivo para volcar la mesa, patear el tablero y desenmascarar tan aviesas intenciones. Hay que sacudir la pelambrera del peso molesto a que debió someterse durante siglos.

Imploro que acepten este *mea culpa*. Sí; soy culpable de los más paternos crímenes idiomáticos. Desde hoy prometo reeducarme, aprendiendo una lengua materna. Deseo apelar a la femenina clemencia lingüística para que, como prueba de mi conducta remendada, me sea permitido escribir una novela; perdón, un novelo, en mi caso. Es lo que me corresponde para así no continuar apropiándome de lo ajeno.

“La Prensa”, Región del Maule, 15-II-2014.

Mírame a los ojos

Corresponde a una invitación, un tanto imperativa, cuando se necesita corroborar la veracidad de las palabras que alguien nos dirige. Con parejo deseo dice así quien acepta franquear a otro la propia intimidad.

A esta segunda acepción corresponde el título de un libro reciente, cuyo autor es Alberto Vega Salvadó (1951), actor y docente de teatro en la Pontificia Universidad Católica de Chile, quien sufrió un accidente, en 2006, que le privó de habla, lo que se conoce como “síndrome de cautiverio”. Desde entonces, quedó sometido al silencio y al cuidado de la familia, amigos y profesionales.

“Vivo acompañado de My Tobii, un computador que se maneja con los ojos. Agradezco a la actriz Elena Muñoz y a CEDETI (Centro de Tecnologías de Inclusión), del campus San Joaquín”.

Precisamente, a través de dicho aparato, Alberto escoge, letra a letra, hasta conformar las palabras, en las que ahora podemos leer, conmovidos y admirados, su temple y voluntad sin claudicaciones. Vivir es su convencimiento y su testimonio. A pesar de los límites en que libra la lid de ser persona, es hombre de proyectos y de oración. *“Dios es misericordioso, es bueno. Nos cuida. Es justiciero”*, proclama.

Nadie podría suponer que, luego del intempestivo accidente, el protagonista quedara eximido del sufrimiento y de la hondura abisal de la noche oscura del alma, como escribiera San Juan de la Cruz. Sus palabras rezuman tristeza, por momentos, pero se elevan con gratitud y espíritu activo, además de estar provistas de una prolija memoria con la que puede reconstruir las diversas etapas de su biografía.

Organizado en pequeños capítulos, el libro se dispone en párrafos, al estilo de autores aforísticos, pero con la salvedad de que el suyo es fruto de la introspección y de la memoria en clave de fe.

En medio del silencio, el autor mantiene activo el lenguaje del espíritu que lo lleva, una vez y otra, a manifestar el sentido de la vida, por encima de las adversidades; en su caso, la limitación no lo encarcela; comparte su peripecia, pero siempre con el amanecer delante. Uno de esos destellos más sostenidos es la gratitud que le despierta la atención de otros y la Gracia del Señor que le asiste.

Alberto Vega, con quien fuera compañero de estudios durante algunos años en Pedagogía en castellano en la Universidad Católica, alcanza una elocuencia mayor que cuando interpretara personajes, porque las palabras del silencio son, en su caso, germinación de la vida.

¿Qué decir sino gracias, muchas gracias?

“La Prensa”, Región del Maule, 9-X-2013.

Poses del habla

Probablemente, muchos hispanohablantes viven una vida doble. ¿Por qué tal sospecha? Porque es tan lábil el soporte sobre el cual se edifica el hábito cotidiano de la propia lengua que, sin exagerar, podría decirse que el abuso de extranjerismos ha llegado a ser una pandemia.

Sabido es que un idioma no corresponde a un mero repertorio de nombres, sino a una acogencia del mundo y a una simultánea elaboración interna, a la vez que compartida de lo vivido. Sin temor de equivocarnos, en la lengua materna escuchamos los sonos y el silencio propios; del mismo modo, tienen sitio en ella los elencos variados de cuanto existe.

Pero las palabras revelan algo más que nombres: ellas son sonidos significativos y recuerdo de presencias vinculantes entre las generaciones. Sonido y sentido son más que una traducción indiferente. Es éste el motivo de la diferencia habida entre habitar una casa, una *maison*, o alguna *house*. Sin embargo, parece que la moda, el supuesto desarrollo y la hipermodernidad exigieran deserción sin contrapeso cuando se trata de nuestro idioma. Mientras más numerosos los vocablos extranjeros innecesarios—no ya de disciplinas específicas identificadas con algunas lenguas—aumentaría la sensación de ceñirse cualidades que, por obra y gracia de lo foráneo, serían alcanzadas con absoluto provecho y prestigio de uso.

El repertorio de casos resulta abundoso. Las instituciones y los medios masivos compiten en complacerse de un idioma a medias. Un poco de uno y otro tanto del otro. No se trata de saber uno y otro, sino de una dieta indigesta que tanto posee de engrudo como de picante.

No demoremos ejemplos. No se hace gimnasia, sino *aerobic*; el comercio establecido es *retail*; aunque antes los empresarios emprendían negocios, hoy llevan a cabo *business*. Lamentablemente, carecemos de sentimientos, pero no de *feelings*. El programa de partidos que deberá afrontar la selección chilena de fútbol incluye un cambio porque ahora es *figure*. A su turno, cesó el estar acorde con, o simplemente un afirmativo sí. Es modernísimo decir *Ok*. Después de todo, se ignora que *okey* significa más o menos, pero a esta gelatina idiomática le viene de perlas lo ignorado.

Necesitamos *tickets*, no boletos ni entradas; adquirimos *compacts*, porque son de mayor calidad que los discos compactos. Desde luego, es muy antiguo y pasado de moda correr; ahora se practica *footing*. Tampoco se estudia; se hace *have masters*. Ni qué decir si salimos a acampar, eso suena como llevar maletas de mimbre, porque lo que de verdad hacemos es acudir a un *camping*. Si usted tiene necesidad de gastar menos en la compra de vestuario, no faltará la tienda que le anuncie *Sale*, es decir, venta de saldo; liquidación.

Que quede en claro: los idiomas modernos y las características de la sociedad contemporánea acercan distancias, costumbres y lenguajes. Es comprensible la incorporación de nuevos vocablos, tanto como la apertura a otros para satisfacer la necesidad de distinguir actos y objetos nuevos. Es imposible pretender un purismo riguroso y aislante. Sin embargo, adoptar con absoluta desprevenimiento formas ajenas, termina por transformarse en máscara que, difícilmente, podría confirmar aquella identificación que define y extiende nuestro ser ante los demás y en el fuero interno de cada persona.

Las crisis profundas comienzan en la lengua, se sostienen en la confusión y culminan con la gente en la intemperie por no saber quién se es, porque sus palabras son ilusorias, en vez de realidades nacidas en acuerdo de auténtico vínculo. Se olvida que vivir es encarnar situaciones reales; no “reality”.

“La Prensa”, Región del Maule, 6-VIII-2015.

Desgraciadamente es así

De tanto en tanto, solemos preguntar acerca del modo profundo de ser que nos caracteriza a los chilenos. Imposible hallar una respuesta absolutamente satisfactoria. En cualquier país existe la más amplia gama de personalidades y de conductas. Empero, es innegable la frecuencia de algunos rasgos agudizados en toda idiosincrasia, esa manera que identifica el vivir de una nación, a partir de procedimientos reiterativos.

Preferencias y omisiones contribuyen por igual a presentar quienes somos. A despecho de discursos declarativos y pomposos, el cociente de las actitudes y de los desajustes, así como de los aciertos y de las armonías, desnuda un fondo que permanece más o menos inalterable en el decurso del tiempo. No podemos ignorar ni las luces ni las sombras de nuestros hábitos.

Es frecuente, entre nosotros, manifestar entusiasmo. Apenas somos presentados a alguien—en alguna ocasión social—nos inclinamos muy velozmente por cursar invitaciones o anunciamos propósitos comunicativos. ¡Podríamos juntarnos!, decimos. Para confirmar la intención, no trepidamos en ofrecer señas electrónicas y domiciliarias. Las puertas de casa quedan abiertas con inusitada facilidad. Todo parece bien dispuesto a contar de la simpatía del momento compartido.

Muy pronto fulano o sutana alcanzan, de nosotros, una insolvente valoración. Los calificativos intensifican desmedidamente las imaginadas bondades ajenas. Quizás podrían comprobarse positivamente éstas si el primer impulso contara con una mínima voluntad de ir adelante y el contacto inicial creciera hasta transformarse en relación interpersonal.

Tales desbordes exclamativos o de inmoderados epítetos aumentan si quien aparece azarosamente en nuestra existencia es un extranjero de buena situación. Nos desvivimos en promesas y zalemas. Pero lo que ignora aquella persona es que lo exteriorizado en su honor suele carecer de fundamentos en la voluntad y en lo selectivo. Disparamos entusiasmos y promesas ayunos de selectividad.

Al parecer, padecemos de compulsión simpaticista. Al chileno le resulta intolerable dejar pasar una ocasión social sin el rito acogedor de extender un convite o manifestar una súbita confianza, sin razón ni para qué. Y, precisamente, porque no existe un lapso de moderado conocimiento interpersonal, tampoco puede llegar un después que lo confirme.

Todo indica que la instantaneidad y el apresuramiento pretenden saltarse las etapas necesarias para afianzar y nutrir una posible relación, tan legítima y, acaso, promisorio de enriquecer la vida con el nuevo vínculo. El atolondramiento corre pareja con lo que pronto quedará al descubierto: la falta de convicción y, en consecuencia, de compromiso.

Un cirujano estadounidense, William Ruschenberger, quien visitara a nuestro país en la cuarta década del siglo XIX, escribió un libro: *Tres años en el Pacífico*, en cuyas páginas dejó su testimonio acerca de la conducta chilena. Junto con reconocer la hospitalidad recibida, le fue imposible eludir del carácter criollo esta observación: “*Son inconstantes y sus afectos enteramente superficiales; sus sentimientos son inestables; se entusiasman con facilidad, pero con igual veleidad vuelven a ponerse indiferentes*”.

Deleites de la ironía

Si alguna conducta acompaña, sonriente, a la inteligencia, ella es la respuesta irónica espetada con rapidez desafiante, especialmente cuando destapa una zona de realidad y regala alivio de buen humor o sirve de estocada precisa, capaz de desarmar al prepotente y engreído, lo mismo al indiscreto y al perdonavidas.

Poner las cosas en su sitio y, en breve, no puede ser más deseable. Ejercer la buena respuesta es un acto de saneamiento público, aunque sea dicho en privado. En ocasiones, la ironía es aleccionadora y remece al insensato, a menudo tan seguro en su inercia mental.

Se cuenta que una joven periodista preguntó a Picasso por qué los hombres, entrados en años, suelen lucir más jóvenes que las mujeres de la misma edad. El artista respondió: “Porque la mujer de 40 años generalmente tiene 50”.

Es fama que el poeta alemán Heinrich Heine legó la fortuna reunida por él a su mujer, con la condición de que ella casara otra vez. Interrogado por el motivo de tal cláusula, se limitó a decir: “Porque así habrá al menos un hombre que lamentará mi muerte”.

Winston Churchill, ministro del interior inglés, en 1910 despachó tropas en contra de mineros en huelga. Hubo dos muertos. Entonces el dramaturgo irlandés, George Bernard Shaw, le envió dos entradas para el estreno de una de sus obras, acompañadas de una nota que decía: “En caso de que le quede un amigo”. Sin demorar respondió el famoso político: “De todas maneras iré a la segunda presentación...si la hubiere”.

Esgrima, que no lucha libre, son las apostillas a colación de un hecho transformado en palabra inesperada. Honorato de Balzac, autor del ciclo novelesco *La Comedia Humana*, al informar a los presentes, en una reunión, del fallecimiento de un tío suyo, quien le legara todos sus bienes, aseveró: “Ayer, al anochecer, mi tío y yo hemos pasado a mejor vida”.

Al tan nuestro don Ramón Barros Luco, simple y astuto, dotado de un sentido común a prueba de los más empecinados entusiastas de sí mismos, no sólo se le debe la invención del aliado que lleva su nombre, sino por ser el autor de algunas de las respuestas más concluyentes, mientras ejerciera la presidencia de la república. Un intendente, a quien le pidió la renuncia, insistía en mantenerse en el cargo, aduciendo, para ello, el respaldo del pueblo. El presidente despachó su respuesta en un telegrama tan escueto como terminante: “No le haga caso”.

Poco amigo de la pereza y de lo blandengue, don Miguel de Unamuno no se avino a la petición de un estudiante, quien le solicitase con urgencia: “Maestro, oriénteme”. Por toda respuesta hubo una palabra del rector de Salamanca: “Oriéntese”.

Los dichos y guiños irónicos constituyen un material irreemplazable. Bien podría Stefan Zweig haberlos incluido en las páginas de sus *Momentos estelares de la humanidad*.

¡Pandemia en la cola!

Los tiempos que corren y tropiezan le echan la culpa de todo a la pandemia. ¡Qué injusticia! No es la única plaga. Los murmuradores hacen su agosto en las redes sociales. Es tan fácil conquistar incautos allí. Eche a correr una observación—ojalá disparatada, pero venenosa siempre—y verá cómo cunden las exclamaciones y las actitudes reactivas. En un pestañeo, usted puede ser famoso, abominable, ídolo, depravado y, desde luego, un “influencer”—algo así como un opinante con visos de rusticidad mental y una esparcida tanto como contagiosa insignificancia.

Pero dejemos las redes, por ahora.

Vamos, pues, a otro sitio donde la pandemia está al acecho. Si tiene la ocurrencia de asistir frecuentemente y en el mismo horario al sitio de compras, usted dispondrá de una dicha que es inimaginable desechar.

Estamos en espera, es decir, en la cola del supermercado, de la farmacia, del banco. Lo que importa es que todos estén premunidos de mascarilla—barbijo, tapaboca, se dice atinadamente, en otros países—. O sea, cada uno alejando su respiración de los otros. De paso, cuánta razón tiene el Evangelio cuando dice: “No es lo que entra en el hombre lo que le hace malo, sino lo que sale de él, porque eso viene de su corazón...”.

Usted se incorpora en una cola. Piensa que debió llegar antes; pero luego son otros los que continúan, detrás de usted, la espera. Vuelve a pensar que saldrá antes que aquellos que han sido menos diligentes en acudir. Dejó de ser el último y, con paciencia, llegará a encabezar la fila. Si fuera ciclista, le pondrían una tricota amarilla, al momento de ser puntero entre quienes esperan.

La antigüedad constituye grado, en la fila. Eso, si es que alguien no llega preguntando y con aire despistado consigue burlar a los pacientes que le preceden. Porque se empeñará en comunicar—*urbi et orbi*—de su situación a quienes deseen escuchar la retahíla de motivos, detalles y menudeos circunstanciales que le conciernen.

Desde luego, otros abrirán los fuegos a punta de consideraciones acerca de cómo anda a trompicones el mundo, el país y el barrio. Debe escuchar, irremediablemente, cómo se propaga la onda expansiva de la obviedad, mientras la pandemia de la maledicencia campea durante los largos minutos de aguardar su turno de ingreso.

De una sola vez: trasvasije de virus y de virulencia verbal. Ninguno conoce de mesura ni de abstención. Los grandes damnificados son el silencio y el buen sentido. El ocasional ambiente recibe un aluvión de molestias, de desagradados, de rabia, muchísimas veces tan comprensibles.

Por desdicha, la cola se vuelve réplica de otras tantas opiniones y de noticias, incluyendo las falsas. Cual más, cual menos, oficiamos de voceros del desencanto y del agobio, verdadera pandemia que se incrusta en los espíritus.

“La Prensa”, Región del Maule, 4-II-2021.

III. Recuerdos

Primera en la vida

Al mentar a la madre ¿podría decirse algo equivalente a un conticinio, aquel lapso recogido de la noche, cuando el silencio cobija secretos y esperanzas de lo vivo?

Sabemos de esa mujer esencial, aunque nunca acertemos a expresarlo cabalmente, porque el día se va en afanes y la combatividad copa la atención y la fuerza cuando es urgente desplegar energías en el camino personal.

Gabriela Mistral calificó a la madre de obra maestra. Al hacerlo insistió en que nadie se detiene a considerar el convencimiento de sus actos y de sus decisiones con que ella multiplica la generosidad de vivir y la confirmación de nuestra presencia en el mundo.

La mayoría de las mujeres son nidos; las menos, sepulturas. He ahí el primer cobijo, el espacio inicial en el cual comienzan nuestros latidos. Esa matinalidad ofrecida es una espera, una preparación, un coloquio entrañable. Después, ya no dispondremos nunca más de un fanal semejante; el mundo tentará con innumerables senderos y hasta creeremos que lo aprendido nos pertenece enteramente.

El acogimiento inicial se prolonga de por vida. Primera sustancia nutricia, primeras palabras, primeros sentidos dispuestos al desvelo y la caricia. No hay parangón concebible respecto de todos los demás. Por su mediación, la existencia es tan natural en el relevo de las generaciones.

Primera en la vida, los varones somos más hijos de la madre en el sentido de que jamás podremos igualar su conducta y papel para con nosotros. No es nuestra naturaleza. En cambio, por el hecho de cumplir con las más eventuales y variadas expresiones de maternidad, a las hijas se les depara una posible semejanza y, de cierta forma, pueden hablar a la madre con desplante de igualdad desde el saber de la espera y de la generosa disposición. A los hombres nos corresponde ser retoños.

Durante un lapso, mi sombra se incluyó en la de mi madre. Creció la mía, con los años, mientras la de ella se encogía, hasta esfumarse en las horas quietas de una noche.

En los actos de habla y de escritura renuevo su presencia. No en vano la primera lengua lleva el calificativo esencial de materna. La repetición de las palabras, las explicaciones, el acto de corregir ese primer idioma: esto se dice así, esto otro se escriba así, han quedado en mí. Al leer compruebo tantas palabras de las que me iniciara en ese aprendizaje sin fin de un idioma; en no pocas ocasiones, acudo a casos cuando escuchara de ella la incorporación y uso de vocablos con propiedad de aurora. Entonces me siento más seguro de los míos.

Descifrado cuando no sabía articular palabra alguna, palpo en mí una forma inicial venida de mi madre, que permanece en el silencio, ese alfabeto de alma y cuerpo que conoció de base perdurable en ella, con tal de que mis pasos y mis dichos crecieran con hechura de hombre adulto.

“La Prensa”, Región del Maule, 26-II-2015.

Casablanca sin ocaso

Una ventaja de ser niño o de ser adolescente consiste en que ambos pueden recibir invitaciones, de parientes y de amistades, sin la obligación de correspondencia pecuniaria directa, insoslayable en un adulto. Cuando gocé de tales edades me beneficié, varias veces. Fue un motivo de que conociera algunos lugares de Chile.

Atesoro el recuerdo temprano de Casablanca. Antes de darme cuenta de vivir comencé a experimentar la acogida generosa en el hogar de mis abuelos maternos. Una casa antigua y modesta deparó el afecto sin angustias y más consentidor de la abuelidad.

En un costado del templo, separado por un tramo sin pavimentar de la calle Portales, la casa. Una mampara de dos hojas se abría a un gran salón amoblado con sillones y sillas señoriales. En una de las murallas se exhibía un gran lienzo de Rafael Correa—hoy en el Palacio de la Moneda—que mostraba al presidente José Joaquín Pérez en su oficina palaciega. La obra presentaba la eternización de esa intimidad.

Motivos de regocijos inolvidables fueron los del paladar. A mi Nona la distinguía un gran corazón y el don extraordinario de buena mano en el arte de la cocina. Insuperables los dulces chilenos nutridos de manjar preparado en una gran paila de cobre. Revolvía y revolvía hasta conseguir la textura algo áspera del dulzor. ¡Cómo dejar sin mención los alfajores y las tortas! No había nada mejor que los raspados de olla y de moldes.

Mi abuelo, un señor alto y corpulento, provisto de vistosos mostachos blancos, se desplazaba con lentitud, apoyado en un bastón, el que conservo y quizás acompañará mis postrimerías. Era un juez paternal. Su voz grave sabía entonar canciones. Lo veo arrellanado en un sillón, sosteniéndome en sus piernas. Escucho otra vez “Yo tenía diez perritos”, “Chiquichiquichiquichaca, qué ligero corre el tren” y algunas letras que la sombreada desmemoria no me impide oír.

En vísperas de la Navidad de 1953, mis abuelos fueron a despedirme al paradero de buses, en frente de la plaza. Un joven tío recibió el encargo de trasladarme a casa de mis padres, en Santiago. Aquella tarde neblinosa fue la última vez que viera a mi abuelo. El 9 de enero del año siguiente falleció intempestivamente.

A contar de ese verano, Casablanca confirmó en mí una inquebrantable memoria fundacional. Semejante al arranque de la vida, dejaron versión de arquetipo luminoso la tarde, la noche, la mañana. Su templo, su plaza, sus calles continúan hablándome, a pesar de los cambios que les impusieron los años. Pero algo permanece incólume, con un gesto suave de ecos y de presencias pretéritas, para no despertar la fugacidad voraz y las urgentes actualidades acaben por engullir el ritmo de los pasos y los tonos de las voces en los que aprendía a distinguir señales y mensajes.

Pasa el tiempo. Se consume en nosotros a la vez que nos derrota. Sin embargo, parece no arrepentirse cuando trata del afecto y hasta se allana a conservar escenas, pequeñas hazañas y pulsos regocijados. Tal vez en un recodo del suceder, aquel niño aún reciba la protección cariñosa de sus abuelos.

De la niñez y otras imaginaciones

¿Cómo nace el niño en nosotros? ¿Cuáles son los límites de ese lapso agraciado e indefenso? ¿Cuánto se extiende el fuero de la llamada edad de la inocencia?

Nada más distante de la bobería que un niño. Eso es cosa de los adultos vueltos infantiles. Inocentontos. El infante trata de tú a la creación entera y sabe que dentro de las apariencias habitan secretos a los que puede entregar con delectación su curiosidad expresiva y, a veces, peligrosa. Es el motivo de que un objeto sea sometido a ansiosas cirugías por el simple deseo de ver qué esconde en su interior.

Fascinan al niño los juguetes sencillos mucho más que por el goce de la posesión que éstos pudieren depararle. El juguete es más interesante e intenso en la avidez fantasiosa: sirve de materialidad a una imaginación tan flexible, capaz de asignar nuevos papeles al objeto, en una trama que sólo el chico conoce en su elaboración entusiasta y segura. Potencia transformadora: las cosas gozan de metamorfosis sin rubor. Una silla es volcada porque se cansa.

Hubo un tiempo, el de mi niñez, cuando dispuse de esa voluntad y talento metafórico. Los objetos rebasaban, con dócil facilidad, el asignado fin para el que habían sido hechos. Junto a tal pase mágico, llegó a afligirme considerar intolerable el tiempo de la adultez, cuando quedaría despojado de juguetes. ¿Cómo podría sobrevivir?

El descubrimiento progresivo de que las cosas estaban copadas de categórica utilidad y la inexistencia del Viejo Pascuero, vaciaron de magia los paquetes secretamente depositados en torno de un pino navideño. Los regalos ya no serían jamás respuestas a las peticiones de una carta que enviáramos al generoso anciano. Pesaban sobre aquéllos una voluntad de compra y de sorpresa más ensayada que cautivante.

Las películas hicieron efecto de hechizo en mí. De cierta forma, deparaban historias y modelos de conducta que uno hubiese querido encarnar. El arrojo y resistencia ofrecidos por los protagonistas del buen coraje respondían a la precisa realidad de las limitaciones. Si antes los objetos pudieron seguir los dictados imaginativos, el cine regalaba la posibilidad de ser otro, también. Ambas expansiones: verdaderas oportunidades de respirar a base de ímpetus y de anhelos, sobre cauces de una verificación cotidiana mucho menos amable.

De pronto, una nueva actitud requirió de mí: examinaba mis escuálidas posibilidades monetarias para regalar algo a otros. Al menos debía oficiar de ayudante de Papá Noel. Si me lo impedía la inopia, aún era dable acudir a un dibujo y a un mensaje escrito, con tantas faltas ortográficas como las exhibidas en muchos exvotos.

Asunto muy serio es ser niño. Risas y aflicciones son totales. Absolutas las presencias y las lejanías. Un perro puede ser destinatario de abrazos cariñosos; un dibujo o una flor quedan esperando a la madre que no puede estar.

“La Prensa”, Región del Maule, 6-XI-2014.

Entonces llegaron las palabras

Tía Chabelita llegaba a mi casa con la misión de guiar mis primeros tanteos preescolares. Yo la esperaba con los útiles ordenados dentro del bolsón que mi madre me regalara. Había cumplido 5 y medio años y era tiempo de comenzar otra etapa: pasar del analfabetismo maravillado y lúdico a los arrabales de una indecisa alfabetización.

Palotes, números y dibujos fueron los incipientes intentos de motricidad fina vertidos en el limitado espacio de los cuadernos. ¡Qué inmenso gesto de algunos adultos, como el de tía Chabelita!, prodigar interés y atención hacia quien vivía o vive del albor de asociaciones emocionales, prelógicas, con mínimo alfabeto, bajo cuyo efecto aún era advertible el asombro de una conciencia inicial de sí.

Gustaba escuchar las historias que me contaba la profesora. Una ventana o alguna puerta me franqueaban el acceso a espacios y tramas donde era posible hallar personajes que, casi siempre, se transformaban en compañía enriquecedora de lo vivido íntimamente.

Y esa maravilla de escuchar animaba mi curiosidad de saber algo más del recado traído por las palabras. Ignoraba explicaciones minuciosas, al tiempo que crecía la expectación. Un no sé qué de fascinante y entusiasta me deparaba el desarrollo de los breves relatos. Algo sucedía en mí porque era sentido. Pronto las historias procreaban esperas de otras por venir. El mundo portaba innumerables situaciones merecedoras de ser conocidas.

Algún progreso hubo en los palotes y en los trazos unidores de puntos dispuestos en la azarosa cartografía sobre las hojas del cuaderno de dibujo. Más hábil, el pulso aseguraba una dirección mejorada y dócil al propósito de tía Chabelita.

Los lápices de colores eran mis preferidos. Pintar figuras y aventurar dibujos eran juegos. Nada de borrar—como en el caso del lápiz negro--; únicamente recibir el impulso y obedecer la espontánea inclinación del gusto. ¿Existía, entonces, algún indicio de vínculo entre las impericias y el cromatismo escogido?

Después de aquellas inmersiones en el océano de lo espontáneo y desconocido, nacía un resultado, que uno se apresuraba en exhibir, con menos vanidad que complacencia, atento a la aprobación de los mayores. Al parecer, era importante recibir el espaldarazo de quienes representaban seguridad y afecto.

Mucho más exigente fue imitar las formas de las letras y, posteriormente, familiarizarse con la realidad insólita de que, en sus morfologías, existía un sonido agazapado de pronunciación. Los rudimentos de escritura eran dibujos en clave, junto a la exigencia de despertar la voz de los signos en la memoria.

Fue entonces cuando empezaron a llegar las letras y las palabras. Y a quedarse en mí.

“La Prensa”, Región del Maule, 10-VI-2021.

En mi primer colegio

Jamás fui una persona precoz. Tampoco ahora soy lo que suele llamarse un adelantado, ni mucho menos representante de vanguardia alguna. Al menos, conscientemente, no creo desempeñar ese papel. Pero he oficiado el ritual del soliloquio, con tesón y carácter inevitable. Desde siempre me he dirigido la palabra, no sé si como una manera de confirmación de lo vivido, más allá de los hechos y de la urgida inmediatez, o al modo de un desvelado que no sabe prescindir del sabor de su memoria.

Tenía 6 y medio años cuando fui matriculado por mi padre en un colegio particular, pequeño, casi familiar, cuyas instalaciones consistían en las dependencias de una casa ñuñoína. La calle donde estaba ubicado se llamaba Alcázar; muchos años después cambió su nombre por el del poeta Angel Cruchaga Santa María, primer director de la Casa de la Cultura comunal y premio nacional de literatura, en 1948.

Me asignaron a un pequeño curso de primera preparatoria. Tía Olga, diligente y afectuosa, fue la profesora. Era morena y lucía un moño. Aquel año, 1957, conseguí los primeros rudimentos idiomáticos para leer y escribir. También aprendí a reconocer los números. No faltaban algunos cantos que entonábamos—ignoro con cuanto acierto—, mientras las letras y melodías eran complementadas con gestos entusiastas.

Junto con asistir a esas clases, puse atención en tres compañeras. Algo dimanaba de sus presencias y yo me sentía complacido con ese halo armónico que alcanzaba en mí una respuesta de emoción y acelerado pulso.

Confieso que una fue mi preferida. Así como se insinuaba la melodiosa seducción de la belleza, así también empezaba el lento descubrimiento de una jerarquía en la complacencia y el del enigma que habita a alguien que sentimos único en nuestro interior. Claro, no era posible disponer de muchas más palabras que decir hola y compartir los recreos en un antejardín de reducido tamaño. En ese espacio, experimentaba una gozosa extrañeza.

Se llamaba Maite. Usaba dos trenzas con sendas cintas de colores. Retuve para siempre el instante especial de una tarde; mientras jugábamos al pillarse, en un momento dichoso, sentí sus labios en mi mejilla derecha. Nunca hallé motivo alguno para olvidarla.

Pasó aquel año, la escolaridad completa, los estudios, la familia, los libros, las preguntas y las zozobras de trabajosas respuestas; pasaron los años y yo por ellos: el cuantioso tiempo con su infatigable precisión difusa. He vivido y muerto tantas veces, de puro estar despierto. Mas quedó un nombre para siempre; permaneció un rostro que ya no existe, salvo en algunas fotografías de sí que, presumiblemente, conservó ella.

Olvidé el nombre del primer colegio. Mereció llamarse Maite. Incluidos sus dos trenzas y el beso de una tarde.

“La Prensa”, Región del Maule, 19-V-2016.

Guías de otros tiempos

La arena del tiempo mira pasar el río. Hoy son otras nubes, pero el cielo continúa amparando nuestros senderos. También es otra el agua, aunque el torrente perdura mientras pasa. Así es nuestra vida; haríamos bien en tenerlo presente.

Acuden presencias variopintas. En este ahora se ordenan bajo la dirección de azarasas memorias. ¿Qué se *fizieron* los maestros que animaron nuestro crecimiento?

Se da por aludido el mosaico de las remembranzas. Hasta su coloreado frescor regresan admiraciones, afectos y gratitudes hacia quienes fueron los vivos de otros días, para luego emprender mudanza en sus fisonomías y en sus acentos. Cuando estaban maduros para el tránsito, cada uno conjugó el verbo morir.

¿Qué fue de tía Olga, profesora que me recibiera en un jardín infantil, con quien comenzó mi aprendizaje alfabetizado en un colegio? Y la vida de algunas compañeras que me gustaron, simultáneamente, pero en una jerarquía de preferencias, ¿qué fue de ellas?

De la reprimenda del caballeroso P. Francisco Ramírez, profesor de francés en el Colegio San Agustín, hoy aflora una sonrisa. Cómo no, si la empecinada torpeza nuestra terminaba por sacarle de quicio. Con irónica saeta decía: “Mire, niño, dígle a su mamá que tiene un hijo tonto”. No faltó quien tomó el consejo al pie de la letra. Hoy le habrían acusado de provocar efectos traumáticos en los estudiantes. Sin embargo, no recuerdo a ninguno de sus alumnos que, como consecuencia de esas palabras, se convirtiera en asiduo cliente de un psicólogo.

A don Orlando Godoy, profesor e inspector del colegio, solíamos visitarlo a menudo en su oficina, en cuanto incurriamos en alguna indisciplina. Ávido de conocimiento, gustaba de conversar y de poner las cosas en su sitio. Nadie que cayera en falta fue eximido de colaborar en la plantación de los primeros jardines en el local ñuñoíno del colegio. Severo y comprensivo, era capaz de orientarnos en nuestras inquietudes. “Saque las manos de los bolsillos; enderécese; cierre la boca”, fueron algunas de sus imperativas recomendaciones.

Gran amigo, de esos con quienes uno crece, amplía la comprensión de vivir y aquilata los bienes que no se transan en mercado alguno, porque los preside el emblema de la dignidad y, a su vez, reaniman la conciencia de quienes aceptan el llamado a vencer la molicie y la cerrazón.

Ya son muchos los maestros y profesores que pasaron de este mundo. Aunque algo tardos de expresas gratitudes, no deberíamos desanimarnos, porque siempre existe la ocasión de ofrendarles un cogollo de reconocimiento a sus presencias benéficas que supieron de nuestra tímida niñez y atolondrada adolescencia.

A partir de ahora los tendré mucho más presentes. No quiero merecer la amonestación que nos dirigía don Luis Pérez, profesor de Trabajos manuales, cuando la distracción comprometía el resultado de nuestras labores: “Mira tú, carnero, ¿que no entiendes lo que te digo?”

Gracias a cada uno. Les aseguro que en mi recuerdo viven sin rencor y sin traumas.

Cuando fuera un muerto

Alguna vez tuve quince años. Con tan escasa biografía es fácil hacer algo por primera vez; exhibir condición inédita de casi todo en un apenas de empinados años.

Me estrené como actor secundario-- actor al fin--, en “El tercer testigo”, obra de Dominique Nohain (1925-2017), un dramaturgo francés de quien no he leído texto alguno. Junto a un compañero de curso, aceptamos la invitación a incorporarnos en el montaje teatral. Don Rafael Di Domenico, nuestro profesor de música, se arriesgó a financiar esa puesta en escena. Era él una excelente persona, soñador, culto y de sensibilidad social.

Junto con el papel “estelar” que alternábamos con mi amigo, se nos ofreció oficiar de acomodadores de los asistentes. Entonces, el público entregaba una propina a los improvisados “orientadores”. Después de todo, cosechábamos un decoroso estipendio, especialmente los fines de semana.

El elenco participante ya era destacado. Los años ratificarían, en algunos de ellos, el talento y la versatilidad, la trayectoria y la perseverancia. Sus nombres: Héctor Noguera, Luis Alarcón, Patricia Guzmán, Jorge Guerra (Pin Pon) y Silvia Suárez. ¿Qué fue de ella?

La asistencia a varios ensayos de la obra, dirigida por Miguel Frank, me llevó a memorizar los parlamentos del texto y, de paso, a darme cuenta de que no soportaría un trabajo de esa laya. Tan pronto entendí que el oficio teatral no era mi sendero.

Pero disfruté de esa breve temporada, durante un par de meses primaverales de 1965. En aquellos tiempos, lo pecuniario no tenía gran amistad conmigo. Hasta ahora ha mantenido ese trato distante.

Además de los actores, oficiaba de iluminador el padre de uno de Los Perlas. Él y alguno de nosotros-- los jóvenes allegados--, cumplíamos la misión de arrastrar hasta el escenario un canasto suficientemente grande para que, uno de los dos, pudiera introducirse en ése. Advierto que la obra era de corte detectivesco. En un momento de presunta tensión dramática, el policía destapaba el canasto y alzaba uno de los brazos del no menos presunto muerto.

El tiempo próximo de los exámenes de fines de año nos mantenían en estado de alerta. Así es que, en varias ocasiones, el muerto que era yo o que oficiaba mi amigo, repasaba alguna materia dispuesta en un cuaderno—dentro del canasto-- mientras avanzaba la investigación del crimen.

La taquilla mostró ser esquiva y, muy pronto, renuente a acudir a la sala Mozart, hoy desaparecida. Estaba ubicada junto al cine El Golf.

El emprendimiento, como gusta decirse hoy, de nuestro profesor, se encaminó menos a resolver el enigma dramático que a resignarse ante la ineludible quiebra de su aventura empresarial. A don Rafael la fortuna le fue esquiva.

En mí, quedó siempre el buen recuerdo de aquella mi incursión en las tablas, a pesar de la fugaz cartelera que alcanzara, así como del destacado elenco que después fue famoso y del brazo exánime que pude lucir en ese papel tan especial cuando fuera un muerto.

Cae el telón.

“La Prensa”, Región del Maule, 7-V-2020.

Los años sesenta

Cual más, cual menos, todos experimentamos la sensación de cierto paraíso del antes. Tiempo vivido, con su séquito de sensaciones evocadas, nimbado de plenitud. Aquella legendaria etapa de la energía juvenil rebosante--para dar, gastar y regalar--, conoció de una atmósfera que hacía propicio el hallazgo amoroso y que predisponía a emprender la hazaña de lo excepcional. El joven de aquellos años vivía persuadido de que la existencia renovaba un contrato de ilimitadas oportunidades.

Los errores de los adultos se le antojaban evitables, al joven, con un tantico de inconcebible. Es, quizás, el motivo que le llevara a blandir la espada de la arrogancia. Ignoraba que su mayor mérito, en ese respecto, era no haber tenido tiempo para errar, tal como lo habían hecho quienes le antecedian cronológicamente.

Con todo, es verdadera cierta fisonomía de otros tiempos, en este caso de los años sesenta. Me he preguntado muchas veces en qué consistía esa mezcla vertiginosa de impetuosidad y ánimo de cambios que embargaron dicha década, en la mayoría de los jóvenes.

¿Qué sucedía entonces? Intensificación de movimientos independentistas en África; la carrera espacial que franqueó umbrales insospechados por medio de la tecnología, aplicada a otros campos del quehacer: Medicina, producción industrial, transportes y medios masivos de comunicación; el anhelo de alcanzar sociedades más justas y flexibles; la concurrencia de grandes personalidades, en cuyos testimonios se valoró la coherencia de vida y palabra; o bien, fueron tenidos por heraldos de un mundo naciente: Martin Luther King, Monseñor Helder Camara, J.F. y Robert Kennedy y, en Chile, el presidente Frei Montalva; en la vereda de enfrente, Fidel Castro y Che Guevara.

En tal escenario mundial, América Latina buscó dar pasos de desarrollo. Las denuncias de lo injusto eran seguidas por el entusiasmo vaticinador de nuevos y mejores días. El postconcilio portaba renovación y tempestades dentro de la Iglesia; la música chilena de la nueva ola competía, sin complejo, con afamados cantantes italianos, franceses y los Beatles; las universidades buscaban hacerse cargo de la sociedad de manera transformadora.

Aquel tiempo tuvo de dulce y de agrad. Pero a estas escasas líneas les está vedada toda posibilidad de presentarlo de modo exhaustivo.

Hubo, según puedo sintetizar, dos aspectos fundamentales que inflamaron los corazones de aquellos jóvenes que exhibían o festejaban, con parejo entusiasmo, su iconoclasia y la minifalda. En

lo personal, palpitaba la seguridad de que seríamos felices; en lo colectivo, la decisión y certeza de que cambiaríamos el mundo.

¿Qué fue de lo uno y de lo otro?

“La Prensa”, Región del Maule, 5-VI-2013.

En cierta calle...

Lo sabemos: pasan las glorias y las formas de este mundo; aunque tal certeza no se exima de sufrir una conmoción muy acusada, apenas vuélvese polvo alguna casa que respira en la historia personal.

Más que sus muros y su línea arquitectónica echados a pique--escarnecidos sin clemencia por el arrasamiento de la demolición--, son las horas, las palabras confidenciales del amor, sus fulgores que supieran de emociones guiadas por el ansia de identificarse con alguien único; así como el mobiliario y la decoración que ambientaban cada ámbito, cuando era celebrado el rito de confirmar un posible paraíso, los que sólo tendrán sitio, desde ahora, en la memoria de lo inolvidable.

“En cierta calle, hay cierta firme puerta/ con su timbre y su número preciso,/y un sabor a perdido paraíso, /que en los atardeceres no está abierta// a mi paso”, escribió Borges.

¿Huyó el amor o fue uno quien lo perdió? Pasó lo de siempre y el tiempo acrecentó la distancia de aquel estado de excepción y de aquella persona que correspondieron a un lapso de cima, cuando las vísperas y los momentos tenían máximo valor porque estaban alojados en el centro de cualquier distancia, mientras el continuo suceder pendía de su proximidad misteriosa como una plenitud no descifrada.

Entonces creímos ser alfabeto al hallarnos perplejos, inusitados, a punto de milagro debido al acontecimiento de existir en vistas de ese tú. Besos y caricias regocijaron y dolieron, porque el vislumbreado amor portaba esa doble valencia. La casa lo supo y quizás comprendió mejor *“el abrazo imposible de la Venus de Milo”*, como escribiera Rubén Darío.

Probablemente, el crecimiento de cada quien consista, también, en desligarse de materialidades, para acrecentar el patrimonio de latencias sin corrosión. Apenas comunicable, el silencio de la memoria acaso conserve la resaca de las olas y aquella inasible edificación de la arena, cuando forjara castillos con puentes levadizos, con osadía tan decidida como candorosa.

En tanto hubo casa, contamos con el sitio primoroso y una trama de muros y ventanas donde confirmar que el tiempo es una madeja de penalidades y de alborozos, cuya esencia ofrece cambiantes fisonomías que diluye o acrecienta.

La casa ya no está; perduran sus réplicas. Únicamente, comparecen las sombras.

Lo digo sólo a ti:

“A menudo un poema es esa mano/que pasó por la tristeza o puso en fuga/la mirada de un albor cuando ardía/ el alfabeto y aún no me olvidabas. //¿Recuerdas cuando fuiste yo?//Un poema puede estar allí aún, /desprendido de esperas y de prisas./ Alguna vez la casa arrojó oscuridad sin ti; /entonces me olvidaste. //Siempre va conmigo cuanto fuera tú”.

“La Prensa”, Región del Maule, 1-II-2018.

Despertar en la palabra

A los 17 y medio años egresé del colegio. Debí escoger un estudio profesional. El mío fue Pedagogía en castellano. Me llamaba el deseo de compartir con otros las alboradas del crecimiento. Crecer en lo personal y acercar los indicios y pequeños descubrimientos de vivir, de ser persona, a quienes vivieran el tránsito de los años formativos, lo sentía tan fascinante como necesario.

La palabra literaria era el medio ideal si deseaba acompañar a los “más jóvenes”. Poemas, cuentos, novelas y demás formatos los concebí en calidad de voces, en más de un respecto, que aminoraban la distancia entre lo vivido, en torbellino inmediato, y la necesidad de mantenerse vigilante ante las réplicas de los hechos, en traducciones significativas. Vivir la intensidad de la búsqueda, pero también dar nombre a contundencias y a facetas que evidenciaban sus contradicciones, unía, en mí, la literatura con la educación.

Leer siempre me fue y sigue siendo una aventura interior, y, parejamente, la posibilidad de desnudar el espíritu. Me di cuenta de que vivimos simultáneamente en varios planos de nuestra humanidad. El necesario centro debía ser objeto de una permanente búsqueda: requisito de coherencia vital. Es así como emergía la prontitud de ir al encuentro de quien era y me esperaba, agazapado y turbulento.

La palabra literaria propiciaba ese acuerdo de humanidad mejor dicha y más original, entre cuyos servicios destacaba despertar lo vivo. Paralelamente, un anhelo de fraternidad, encauzado en la docencia, permitía atar los cabos de comprender algo de sí y de estimular la evolución de los estudiantes que se me habían confiado, en el Colegio San Agustín y, luego, en otros establecimientos.

Siempre hubo y hay tanto que verse por dentro. La poesía, especialmente, con su concentración de tonos polisémicos, animó con fervor—sin que haya declinado en mí su pujante influjo—aquel proyecto de vivir con otros, abocado al despliegue y expresión de esa clave personal que se asoma y oculta, mientras lucha consigo en medio de las cambiantes circunstancias que demandan firmeza ante lo adverso y discernimiento en la encrucijada.

No se me negaron comprobaciones de felices hallazgos en páginas de recóndito silencio y horas de palpitos indescifrables. Junto al encuentro con esas palabras de los escritores, mi juvenil docencia añadía las propias --mucho menos agradecidas--, buscando ser un acicate a los distraídos y expectantes espíritus estudiantiles.

Estoy convencido de que al trabajo docente no puede faltarle pasión, afecto y esperanza, si pretende ser más que adiestramiento o mero pasillo informativo. Al fin y al cabo, las necesidades imperiosas se conservan y renuevan en cada una de las generaciones. La palabra concurre a llamar, a conferir nombre, a ser traducción continua de las señales que se envían las almas, porque si alguna

tarea es perdurable entre la gente, ella es el fomento de descubrir a quien se lleva en sí. Y la palabra tiene que ver con el silencio y con la comunión de participar del mismo don y de parecido riesgo vital por el simple hecho de confirmar, mediante el crecimiento despierto, nuestra realidad de tierra con aspiración de cielo.

“La Prensa”, Región del Maule, 16-X-2014.

Archivo de papel

Desde los 17 años me interesé en recortar artículos de los diarios. Durante mucho tiempo obedecí a ese minoritario afán de acopiar textos acerca de variados asuntos que, sin duda, sobrepasaban mis modestas posibilidades de retener una ingente información que, según pensaba, sería servicial en mi desempeño docente.

Mi interés iba más lejos. Deseaba satisfacer un crecido anhelo de conocimiento. ¿Me habitaba el espíritu de un enciclopedista? Tal vez. Sea como fuere, empleé muchas horas en revisar y en reunir columnas de diarios y revistas. Aprendí lo indispensable que es adicionar la fuente y data en cada uno de los recortes, en caso de que se ofreciere la posibilidad de citar, en parte, su contenido.

Pero hubo algo más en ese incontenible incremento de papeles impresos. Era necesario clasificarlos temáticamente. Con urgencia: Amenazaba el caos.

En dicha labor ordenadora recibí invaluable ayuda, muchas veces. Otras manos y paciencias apoyaron esa “locura” que significa—para los más—algo perfectamente prescindible e inútil.

Carpetas, sobres y cajas exigieron espacio. Acudió el polvo en suspensión y los ácaros; pero gané un repertorio de nombres; me familiaricé con tipografías y estilos de escritura. Creció mi menuguado léxico.

Como siempre, esta modalidad de conservación y de aprendizaje estaba precedido de la “locura” de otros. Me fue dado conocer el archivo de recortes del P. Alfonso Escudero y el de mi primer mentor literario, el P. Osvaldo Walker—ambos agustinos--, quienes cultivaron esa curiosa predilección de proteger y de reunir fuentes de consulta provenientes de la prensa.

Más de una vez quise desistir de mi empeño. Doné mi archivo a personas y a bibliotecas, en dos ocasiones. Pero los amores de juventud suelen quedar disconformes si uno se propone negarlos. Volví a forjarse ese patrimonio de papel, junto a la necesidad de ordenar las piezas seleccionadas.

Famosos archiveros de similares predilecciones fueron Joaquín Edwards Bello, Raúl Silva Castro, Ricardo Latcham, Pedro Lastra, Alfonso Calderón. Quizás cuántos más.

Honrado es confesar que, durante algunos años de docencia universitaria, encargué a estudiantes de periodismo algunas compilaciones de redactores nacionales.

Tantas horas empleadas en esta afición silente me ha favorecido cuando he preparado algunas antologías de antiguos miembros de la Academia Chilena de la Lengua. Y aun de otros.

Hoy, los sistemas electrónicos han reemplazado muchas labores manuales. La celeridad de las respuestas entregadas por la red es incomparable. Sin embargo, muchísimo material no ha sido digitalizado. Continuará siendo útil el baúl, el archivo, el bagueño para extraer de ellos un acervo valioso que salvar del olvido.

De la memoria literaria

Me incorporé al mundo de los escritores poco después de sernos publicado un libro, *Entre sombras y arcoíris*, a Miguel Ángel Godoy y a mí, por la Editorial Aconcagua, fundada por Claudio Orrego Vicuña, un político con pensamiento activo y lúcido. Corría 1976 y el sofoco de la censura pesaba sobre los autores que estaban en Chile, quienes debían afrontar vicisitudes de todo tipo, agravado por lo que se llamó apagón--corregido por el pensador Jorge Millas-- como apagamiento cultural.

Al conocer a Oreste Plath---según Sabella, Oeste Plath—quedaron franqueadas las puertas de la Agrupación Amigos de Libro, pues también existen enemigos de los libros, sostenía este folclorólogo chileno. Cada sábado, había tertulia en el altillo de la librería Nascimento, en calle San Antonio.

Anhelante de conocer a personas de trayectoria, los nombres y las presencias cundieron, mientras crecía mi entusiasmo. Estaba en medio de tantas vidas y éstas hechas de profusos sueños y desengaños. Golpeaba, inmisericorde, la historia. Pero las palabras se avenían a transformar el dolor, los recuerdos, las anécdotas, los sitios con sabor a paraíso o a destierro, en ficciones, estudios y poemas. Todo el amor y todo el sufrimiento, abrazados con gemidos de pérdidas y de tímida esperanza.

Junto al autor de *Folclor Chileno*, eran asiduos en esas reuniones: Fernando González-Urizar, Hermelo Arabena, Carlos George Nascimento, Ester Matte Alessandri, Roque Esteban Scarpa, Arturo Valdés, Jorge Jobet, Eliana Collado, Eugenio García Díaz, Isabel Velasco, Antonio Cárdenas Tabies y, más esporádicos, muchos otros, venidos de provincias, especialmente.

La memoria se afanaba en registrar y en difundir el quehacer de los escritores, cuyos libros recibían tanta desconfianza como desdén oficial. Oreste Plath redactaba el “Boletín bibliográfico-literario”, y lo enviaba por correo. El IVA, uno de los más altos del mundo, comenzaba sus estragos en perjuicio de editores y literatos: verdadera multa que, hasta hoy, pesa sobre los devotos de la palabra más elaborada.

Aquellas sesiones de cordialidad solían extenderse en las autopresentaciones de escritores, en el Museo Benjamín Vicuña Mackenna. Luego de oír las microbiografías—publicadas posteriormente--, era frecuente agasajar al principal invitado de la ocasión, con una sencilla cena en el desaparecido restorán “Miraflores”, donde cundía el anecdotario y se departía en torno de una mesa cubierta con manteles bastante manchados de otros brindis.

En el presente, sobreviven muy pocos contertulios de aquellas reuniones, una que otra memoria agradecida y los rescoldos de ediciones sazonadas con limpia e ingenua expectación.

Nuestros muertos

Es una forma de decir que se aviene a la lógica de las escaramuzas y de los signos más epidérmicos de lo humano. Más íntimos, sabemos que animan nuestros gestos con su legado que la memoria repasa cada vez cuando las circunstancias ensamblan con la rica variedad de lo perenne. Los muertos siguen vivos porque son nombres habitados en cuyas sílabas se dilata un alfabeto de lecciones y de momentos con quienes se tejió el vivir.

Pedro Prado (1886-1952) escribió alguna vez: “*Circulan en nosotros nuestros muertos*”, y otro autor, de una generación más reciente, aseveró: “*Nos poblamos de muertos en el tiempo*”. Como sea que fuere, existen suficientes razones del corazón para adivinar a la vuelta de un coloquio o de un monólogo desvelado-- sobre todo cuando la noche parece ir y venir entre ámbitos misteriosos, atestados de reminiscencias--, el persistente influjo de presencias jamás sumidas absolutamente en el respingo de la quietud corporal.

Aquel enigma rebelde a obedecer hechos categóricos procrea cavilaciones y trasiega lo fatal de los hechos en un lenguaje afín a la sensibilidad y al discurrir de quien vuelve a preguntar, no únicamente porque ignora, sino en virtud de que vive alentado de interrogaciones, aun cuando no pueda obtener de ellas respuestas concluyentes.

“¿*Cómo quedan Señor, durmiendo los suicidas?*”, escribió angustiada Gabriela Mistral. De cerca le siguió Humberto Díaz-Casanueva en su “Réquiem”: “*Como un centinela helado pregunto: ¿Quién se esconde en el tiempo y me mira?*”. En memoria de su madre, inquirió Roque Esteban Scarpa: “¿*Quién dice que no eres, que no estás,...*?”

Nuestros muertos son aquellos vivos que parecen agazaparse cuando el aluvión de los sucesos cotidianos pretende cubrirlos con otro poco de tierra o de ceniza. Pero no. Sólo parecen sepultos. A quienes mentamos nuestros muertos, en realidad viven una perennidad que no se la otorgamos nosotros. Cuantos conocieron de las magulladuras del tiempo, de afanes numerosos y de inquietudes sin mengua, habitan la otra orilla del universo: un modo distinto de ser presentes. Más de alguno cuida de nuestros sueños; envía “*recados en el viento*”, pero la concreción de la inmediatez nos gana, sin advertir el mensaje. Somos mucho más sordos, y apenas si imaginamos que se nos sigue queriendo.

Existen varias maneras de encarar la presencia lejana. Algunos quieren ser leales, detenidos en la congoja embargante; enlutan el ánimo sin que valga raciocinio o atisbo que les recuerde la inquebrantable vida que marcha dando pacientes y abundantes confirmaciones. En el lado opuesto, la gente para quienes todo es trivial y olvidable. En ese descomedimiento, naufraga la memoria y se sacuden, superficiales y desatentados, de cualquier incomodidad efímera a propósito del reciente tránsito de alguien.

Como siempre, el consejo sabio de los antiguos acude a superar ambas actitudes. El justo medio dice que es tan legítima la pena como su maduración serena. Cada una a su debido tiempo. Es preciso conocer de la aflicción del alma para justipreciar la propia congoja como un convite a poner a prueba convicciones y capacidades. El dolor asesta un golpe agudo y lacerante en el vivir; el lento albor de la vida triunfal confirma que toda oscuridad es franqueable por la luz, mientras que a ésta no puede invadirla el poder de las tinieblas.

Presencias transformadas las de nuestros muertos, a quienes así mentamos por costumbre del más acá; su condición enigmática no es argumento para que dejemos de vivir ni tampoco para darles un galardón de olvido.

“La Prensa”, Región del Maule, 14-V-2015.

Aunque esta vida murió

Quizás la ausencia de Alejandra de Groote Cerda (1961-2013) no constituya ocasión de homenajes, ni su nombre aparezca en la cita de los recuentos líricos chilenos. Sin embargo, al momento de su partida, deja tres obras: *Ocaso del silencio* (1982), *El espinoso tronchado* (1993), *Cuando se triza el viento* (1997).

La memoria del afecto me lleva a 1981, cuando la conocí en un taller literario que, entonces, me correspondía dirigir junto a Roque Esteban Scarpa. ¡Cómo se dan cita los amigos que ahora viven en la otra orilla! Alejandra era una jovencita que necesitaba escribir. Y lo hizo con sinceridad y fuerza que nada cuesta comprobar en sus libros. Los años ratificaron su generosa y siempre atenta entrega en las palabras vivas del afecto; sobre todo, en gestos significativos y en una disposición de acompañar a otros en sus aflicciones.

Hay personas a quienes los sufrimientos las escogen con especial encono. A ella todo le fue difícil. Los quebrantos de salud la acompañaron de por vida; los desencuentros afectivos, también; la cortedad de medios económicos, junto a la urgencia de contar con tratamientos y fármacos que pudiesen aliviar sus dolencias. Sí; todo le fue dificultoso o adverso, salvo el afecto que sabía entregar y, a veces, le fue allegado a su alma dolida, pero siempre digna. Brotaba de ella el sentimiento tierno, como de un surtidor de bondad.

Es un tanto extraño escribir de alguien tan opuesto a los tratos y manejos con que se abotaga la porción más ruidosa de este mundo. Mencionar una vida y una actitud como las de Alejandra, a contrapelo de triunfadores y exitosos, parece un despropósito destinado al vacío. Pero tengo la certeza de su presencia—ahora de un modo diferente—, y la necesidad de bocetear a otros un perfil de quien perteneció a esa minoría de excepción, desasistida de facilismo.

Muchos de sus versos pueden leerse como premoniciones o al modo de un autoconocimiento en carne y alma muy vivas. “*Hubo un tiempo en que mi pluma describió el andar de mis pasos y el de otros. Era como la huella en un camino que iba recorriendo con los años. De pronto se detuvo en un otoño y ya no siguió desplegando sus alas (...) Soledad, troncos viejos y hojas secas. Dónde estaban todos, y me respondía: sigue adelante, más allá los reencontrarás, pero nunca volvieron*”.

Ésta es tu hora, la más íntima, Alejandra; aquella que suspira hacia el centro del alma. El mundo, las cosas, las personas que fueron próximas y las que propinaron lejanías, quedan de este lado. Te corresponde la mejor parte, por fin. Alguna vez debía llegar el alivio, la superación de lo precario e inamistoso. Alguna vez tenías que ser la elegida en primera persona.

Aunque siempre queda tanto por decirse, coincidimos en la mutua calificación de mejores amigos con que nos festejamos. Sí, ¡de qué manera supiste serlo para mí!

Más que tu partida, me entristecen tus padecimientos; pero consolado quedo de saber que ya has oído de Dios: “Ven, hija mía, descansa tus fatigas en el amor de mis brazos”.

“La Prensa”, Región del Maule, 12-VI-2013.

Una presencia generosa

Lejos de nublar la significación de lo vivido, los años acaban por recoger las huellas más importantes de las presencias. Como siempre, el acto de morir, ese sumergirse en el alfabeto más íntimo antes de llegar a la casa definitiva, provoca un estremecimiento supremo. Quedan establecidas dos orillas: la del tiempo que late en el más acá; y la del triunfo de la vida perdurable en el más allá.

Viajamos de la una a la otra, pues como bien lo dejara escrito con palabras inmarchitables San Agustín: *“Nos has hecho para Ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en Ti”*.

Pocas personas he conocido en quien el nombre de pila supo identificarlo tan hondamente, como si le hubiese ceñido con naturalidad desde un principio. Nuestro amigo, profesor, rector y sacerdote manifestaba clemencia, manera amable de compartir nuestra imperfecta condición, como si estuviese más dispuesto a la acogida reparadora que a la querella amarga. La clemencia da por supuesto el yerro ajeno y, sin embargo, éste no le sirve de excusa para disminuir la animación y el afecto.

Hombre de entusiasmo, activísimo, el P. Clemente se desplazaba con velocidad entre un sitio y otro. Nada más ajeno de él que el sedentarismo. Tenía sentido del humor y no demoraba su actitud de servicio. Estaba animado de un vigor que le venía de la tierra y de su gente, con ese natural pacífico de quien ha aprendido a ver en la naturaleza una rica y nutricia lección de vivir.

Pero lo dicho quiere, sobre todo, acercar su sonrisa, su generosidad, su cálida sencillez agustiniana. ¿Lo consiguen perfilar las palabras? Quizás estas sólo alcancen a deslizar un rumor, un silabeo, los trazos de un boceto que no saben ponderar a su persona. A pesar de esa imposibilidad, no temo decir que en el padre Clemente Farías, cada quien encontró a una persona, contó con un amigo y recibió la animación de un pastor.

En la tarde de la vida—escribió San Juan de la Cruz—seremos examinados en el amor. Pues ni los títulos, ni los poderes minúsculos y transitorios, ni la insensatez y desvaríos con que tantos alardean en este mundo, valen de mucho, si en el fondo y en la expresión más importante de la persona, no existe un corazón que palpita, que se alegre, que compadezca, que respire en estado de apertura y generosidad. Y de tales manifestaciones, somos muchos los que pudimos recibir ese sentido de compañía tan llana y expresiva, incluso en la reconvención fraterna, de parte de este viajero.

¿Estamos tristes? Por supuesto. Nadie se exime de pena, especialmente cuando ha recibido los beneficios de una presencia verdadera. ¿Llegará la serena aceptación del paréntesis del tiempo? Claro que sí. Nadie que quiera a otro puede desearle una larga tribulación. Sobre todo, porque el Señor es el garante de que nuestra fatiga se convierta en alivio sin ocaso, porque la muerte ha sido derrotada.

Por eso, padre Clemente, no importa mucho que dejes aquí la cédula de identidad, porque la más perdurable, la que mejor dice de ti, te la llevas en el corazón. “La Prensa”, Región del Maule, 22-VI-2017.

Fechas inolvidables

Nos ciñen la piel algunas fechas. Mejor aún, graban a fuego la memoria que no claudica a pesar de los sucesivos hechos que pretenden taponar sus ventanas de regreso. Un surtido de afirmaciones y de ausencias sabe mezclarse en el fondo más recóndito donde sólo tenemos habla íntima con quienes somos. Porque nos hablamos—incluso en voz alta—, con asiduidad, apenas se anuncia la resaca. En los soliloquios, viértese lo inolvidable, con matiz y tono.

Alguien que se aleja ocupa el sitio más importante. De pronto, giran todas las hojas y comienza una lejanía sin término. Vivos en mí, los momentos de algunos seres queridos, previos a partir. En esas ocasiones, el abrazo no sujeta; las palabras dejan de recibir el gesto que les asegure llegar a destino; se acaban los planes y el zigzagueante podría ser se vuelve inútil. Y todo sucede en los límites de algunas fechas, a partir de las cuales hay quienes no crecerán con ellas en este mundo.

Cada cierto lapso, otra vez es enero, marzo, mayo, julio, octubre. Notificación de meses con sus días precisos. Nuevamente ayer, como si fuera ahora mismo. Entonces cantan el cuervo y la alondra. El nunca más tabletea en la noche; el lírico son apura la madrugada.

La memoria es, también, una caja de Pandora. ¿Por qué regresan aquellas siluetas que nos dejaron absortos y desamparados? Un cruce de calles puede constituir un hito; o sencillamente renacen palabras totales, de esas que cogieron del cuello, con salobre inclemencia, hasta soltar la voz un afligido “no puede ser”. Horas de prueba hasta el extremo de la agonía.

En posesión de la serenidad que allega la distancia, alguien vuelve su mirada, se acompasa y resigna a asomarse al pretérito que, por momentos, semejara un reciente suceder. ¿Cómo fue dado resistir?

En la ocasión de los ayeres que reaparecen, algunos, mucho más benignos, consienten en ser parte de los ritos de la memoria. Entonces, pueden acudir instantes cuando el alma quedara trémula de existir en medio de la gran coincidencia, al amparo del milagro que fue alguien inesperado y ensoñador, con quien el futuro era posible, deseable y necesario, a la vez.

Menos intensidad conservan las memorias de lo risible. Quizás lo hilarante obtiene satisfacción de una vez, sin menester de solemne retraimiento, cuando quedamos a expensas de vacíos y despedidas. Con todo, también aporta sus pequeñas tramas de equívocos y de inesperadas manifestaciones.

Fechas inolvidables: no aquellas que el recuerdo suele hallar con descuido azaroso; sino conjuntos de lo vivido, entre júbilo y padecimiento, imposibles de olvidar. Menos por la memoria.

“La Prensa”, Región del Maule, 8-V-2014.

Adiós al P. Osvaldo Walker Trujillo, O.S.A.

Lo fugaz siempre nos echa en cara un no sé qué de osada impertinencia. La finitud humana no es asunto de elección; el desafío que plantea es saber aceptarla. Por eso, cada vez que alguien querido se desprende de la duración frágil que llamamos tiempo, se renueva en nosotros la consciencia de estar de paso en este mundo.

La gratitud y el afecto saben brindarse un abrazo cuando evocamos al padre Osvaldo. Imposible no recalar en tantos momentos compartidos a lo largo de los años. No intento representar a pocos ni a muchos, en cuanto expreso; pero retengo en mí la sonrisa, el saludo, la generosidad, las incontables ocasiones de conversar, de discutir, de comentar libros, de sus emprendimientos agustinianos.

Le tuve de primer mentor literario, cuando yo frisaba los 11 años; luego, de profesor jefe y de castellano; de anfitrión y de huésped; fue mi benefactor tantas veces; siempre de sacerdote y hasta de corrector de mis primeros tanteos en las letras. Ni qué decir cuando preparaba algunos trabajos bibliográficos acerca de lo agustiniano en Chile, porque entonces las correcciones y los agregados enriquecedores suyos contribuyeron a dar solidez a aquellos aportes en los que comprometía mi entusiasmo.

El Padre Osvaldo cultivó, con ahínco, la investigación en torno a la historia de la provincia agustina de nuestro país. Rectificó más de una opinión de la historiografía oficial en esos respectos y su ímpetu cuantificador de cronista le hizo proclive a cifrar integrantes de su familia religiosa habidos en los impresos de ilustres estudiosos. Varios son los textos que se deben a su esfuerzo y consagración.

Con él se va mucho de quien soy; aunque también permanece, en la criba del tiempo y de la gratitud, ese cociente positivo de una persona, de un religioso y de un perdurable amigo.

Perdemos y salimos victoriosos: extraña reunión de los contrarios que nos habita en esa perplejidad acezante y, a veces, tranquila mientras vamos de camino. Ojalá despertáremos del ensueño tosco que nos gobierna entre tantas inutilidades; sería bueno darse la mano y avanzar en ella el corazón más hondo; más pronto y benignos los reconocimientos y recuerdos de nuestra veloz presencia en esta tierra.

Cuando el silencio se habita de nombres verdaderos, ello habla a las claras de que hay personas afectivamente vigentes en ellos. Es el motivo de que este instante desee responder a quien

está en la otra orilla, valiéndome de la palabra amigo, del vocablo gracias y con la mano alzada de hasta siempre.

“La Prensa”, Región del Maule, 6-IV-2017.

Gracias a José conocí a Rosalía

Existen momentos especiales más destellantes que los fuegos de artificios; genuinos en su ocurrencia, son especiales porque un nuevo lugar dilata el horizonte; algún conocimiento deriva en cierta comprensión de lo vivo o depara una inesperada presencia interesante.

Ceñido de pormenores, que estimamos casuales, se abre un episodio importante. Eso lo sabemos después, como casi todo lo que comprendemos en nuestra vida. Andamos a la zaga de nosotros hasta llegar a los epílogos. O, tal en este caso, es preciso reconocer que la intermediación ajena colabora a la aparición impensada.

El escritor José Chapochnik, hombre generoso, simpático y fraterno, hizo suyo el deseo de Gabriela Mistral de rotular algún cerro del amado valle elquino con su nombre crecido en la palabra vigorosa de artista. Durante dos años, nuestro amigo envió cartas, esperó respuestas, asistió a reuniones, fotocopió documentación para convencer a la burocracia. Sus nervios, la salud y la paciencia fueron puestos a prueba. Entró a la lid. Su propósito: cumplir la petición de la maestra mayor.

Los recovecos de trámites debieron secundarse con gastos personales, esas dádivas a las que sólo una gran generosidad aporta alegría de cumplimiento. Perdió una empresa; se disolvió su familia. De cierta forma, pagó la deuda de Chile a la memoria de la Mistral. Los demás supimos sentirnos complacidos cuando se nos invitó a la ceremonia. No faltaron quienes creyeron gozar de plenos derechos para ello.

El 7 de abril de 1991 se celebró el cambio oficial del otrora cerro “El fraile”--desde entonces “Gabriela Mistral”-- en Montegrande. Asistió el vicepresidente de la República, Enrique Krause, escritores, autoridades administrativas de la región, y muchas personas de las que trabajan bajo aleros de anonimato y de postergaciones.

La sed y el sol se unieron con resuelto desplante apenas llegar a la cuna mistraliana. Fue entonces cuando conocí a Rosalía, una de las que iba a ser reina, en el famoso poema. Rosalía contaba a la sazón 110 años; su hija menor ya había cumplido 70. Sentada en un escaño de la plazuela, alguien me presentó a ella. No podría asegurar si fue primero la ternura de conocer a una anciana tan longeva o el hecho de que me dijera: “*Con Gabriela Mistral no fuimos muy amigas, pero jugábamos*”, el temblor emotivo que me provocó su proximidad. En ella alentaba cierta materialización de la escritora.

El alza de la voz permitió vencer la deprimida audición de Rosalía. Gozaba de plena soberanía sobre los demás sentidos. Dedicaba tiempo a coser y, por si fuera necesario algún esclarecimiento, aseguró que ella misma enhebraba las útiles agujas.

Comprobé la mala jugada de la curiosidad citadina en que incurrí. Mi torpeza aumentó hasta el rubor.

--¿De vez en cuando, viaja usted a La Serena?

--No—me respondió. ¿Qué podría ver allá?

Gracias a José pude asomarme a la humanidad de Rosalía. Un impensado regalo. Si ella no rigió en alguna extensión de mares, fue soberana en Montegrande. Era su reino.

“La Prensa”, Región del Maule, 20-XI-2014.

Centenario de Roque Esteban Scarpa

El 26 de marzo habría sido su cumpleaños. “*Esta es la hora exacta en que he nacido/ noción no tengo de tiempo transcurrido*”, escribió en un poema. Siempre tuvo consciencia de la temporalidad y reiteraba la sensación de ella. Con juvenil desplante aseveró en *Mortal Mantenimiento* (1942): “*Siempre es tiempo*”. Al pasar de los años, giró el aserto, e intituló tres poemarios con un rotundo: *No tengo tiempo* (1977). “*Escribo asediado, en cualquier momento, / porque me digo, me dicen, que no tengo tiempo*”.

Scarpa (1914-1995) fue un árbol frondoso. Poeta, ensayista y antólogo; animador de noveles escritores y guía del Centro de Literatura Comparada, en la Universidad de Chile. El presidente Frei Montalva lo nombró director de la DIBAM, en 1967; diez años después le exigieron la renuncia. La Academia Chilena de la Lengua contó con su dirección, desde 1980 hasta principios de 1995, cuando falleció el 11 de enero, en Peñaflores. Catedrático universitario de literatura universal, son memorables sus clases en torno de la tragedia griega y de Thomas Mann. También fue autor de libros de lectura que contribuyeron a la formación de varias generaciones estudiantiles y de antologías de poesía española que hicieron época.

La mención de algunos datos no agota sus realizaciones ni la significación poética, formativa y cultural que se le debe. A los 21 años publicó: *Dos poetas españoles* (F. García Lorca y R. Alberti), constituyéndose en el introductor de la Generación del 27, en Chile. 60 obras fue el legado literario de este magallánico que jamás se acostumbró en Santiago. Premio Nacional de Literatura, en 1980, en virtud de “*la excelencia de su vasta obra que, reconocida nacional e internacionalmente, cubre los campos de la prosa y la poesía*”.

Su aparente severidad quedaba contradicha por la agudeza y el buen humor. Reía de sí mismo. Estaba convencido de que debían declararlo interdicto respecto de sus bienes, pues no le acompañaba la cautela económica. Scarpa fue un desordenado que se armonizaba al escribir; muy generoso y paciente en su disponibilidad para con otros.

Poseyó el don de rotular. Pruebas al canto: *El árbol deshojado de sonrisas; Ciencia de aire; Variaciones sobre un antiguo corazón; El laberinto sin muros; Madurez de la luz; Una mujer nada de tonta; La desterrada en su patria*.

Cumplir el llamado a ser persona fue eje de sus poemas, lo mismo que la experiencia de soledad y el anhelo afectivo de complemento, culminados en su confesa esperanza en Dios. Ensamble de dramatismo eslavo y apasionamiento latino conformó su personalidad. *“Pordiosero, para mis ojos sin nadie/ pido limosna de mirada o lágrima. Y Dios/ me da el recuerdo”*.

La soledad pudo confinarlo en la tristeza; a veces llegó el amor, que no tardó en marcharse; quienes requirieron de su ayuda, fueron menos constantes en la gratitud y en la compañía, pero confió su humanidad al Creador y, entonces, acabó por comprender que lo sujeto a la palabra efímera no es nunca verdadera culminación, porque ella está reservada, en su hondura, cuando se cumpla el tiempo y advenga el encuentro definitivo:

“Gracias por esta luz del día y la tiniebla que viene/ que será oscuridad de mundo y una lumbre sin horas/ donde la vocación de ser no sufrirá sobresalto”.

“La Prensa”, Región del Maule, 20- III-2014.

Desde esta orilla

Entre las experiencias que se nos deparan, probablemente el conocimiento de personas con honesto significado y vigorosa resonancia de humanidad corresponda a las más auténticas y perdurables cuando efectuamos un conteo de lo vivido.

Me informo, tardíamente, del fallecimiento del profesor y estudioso de la Historia de la Iglesia en Chile, don Marciano Barrios Valdés (1926-2015). Persona entusiasta, acogedora y laboriosa, cuyas virtudes expositivas, clarificadoras y amenas, siempre distinguieron su ejercicio docente, así como la disponibilidad mantenida para con las instituciones en donde le cupo trabajar y ser activo integrante. Colegios, universidades y otras corporaciones recibieron de saludo una genuina sonrisa, adelanto cordial del interés puesto en la educación y en las materias con que acompañaba el crecimiento de los demás.

Fui uno de tantos entre quienes gozaron del privilegio de recibir sus lecciones. Pasaron los años y las múltiples peripecias de la vida abrieron un claro de tiempo, cuando volvimos a encontrarnos. Entonces, algo más madura mi biografía, pude conocer de la riqueza humana que me dispensara a través de sus textos y en calidad de anfitrión, cada vez cuando fuera recibido en su casa, por él y por doña Elissa Gómez, su esposa.

Puedo testimoniar de la mutua admiración, apoyo, amor y respeto que se profesaban. Ni qué decir cuando don Marciano enfermó, pues doña Elissa se brindó, sin restricciones, con tal de allegarle auxilio y compañía tan afectuosa como abnegada. Se miraban el alma—condición indispensable si se concibe el amor en clave permanente—y fue así como sobre esa entidad más honda creció la identificación de ser personas recíprocas.

Alimentados de fe activa, no les faltaron sufrimientos, pero tampoco las vicisitudes padecidas los vencieron. La unión de ellos pertenece a la “inmensa minoría” en estos tiempos. Forjaron una experiencia vincular de amor activo, de donación mutua, no de arrasamiento de las características personales. Ciertamente, porque se atrevieron a vivir la unidad, aceptaron la separación temporal de la muerte. Mientras se acercaba el tránsito del profesor, ella supo invitarlo a despedirse de este mundo. Un adiós hasta Dios.

No interesa atiborrar estas líneas con exceso de datos; tampoco he pretendido valerme de alguien para aludir a mi persona. Sería una desproporción irrespetuosa buscar protagonismo a cuenta de quien es un adelantado en el íntimo paso de morir al tiempo, no a la vida. Más modesta

mi intención: junto con agradecer a una persona capaz de querer a los demás, deseo resaltar el generoso magisterio y la atención puesta en senderos históricos nacionales, desdeñados por muchos; anhelo tan sólo que nombres y ejemplos, como los de don Marciano Barrios, se los valore y aprecie sin mezquindades.

“La Prensa”, Región del Maule, 1-X-2015.

Recuerdo de Maximino Fernández Fraile (1937-2020)

Una acogedora sonrisa era el primer gesto que se recibía de él. Nunca parecía perder la compostura ni su tono amable y caballeroso.

Entusiasta y perseverante en sus trabajos literarios y docentes, muchos de sus alumnos y de los escritores con quienes trató, pudieron comprobar el devoto esmero que ponía en la investigación literaria y el correspondiente libro posterior, fundamentado y servicial, para bien de las letras y de la educación de Chile.

Su obra más extensa: *Historia de la literatura chilena* (1994) sobresale por la prolijidad informativa, tanto como por el juicio equilibrado acerca de autores, tendencias y creaciones. A Maximino no le interesaba únicamente el pretérito cuando escribía sus obras. Prestó atención a las nuevas generaciones literarias. Para muestra, el volumen *Literatura chilena de fines del siglo XX* (2002).

Mistraliano convencido, muchos son los aportes con que incrementara la bibliografía de la autora de *Lagar*. Biografía y obra le atrajeron grandemente.

No fue casualidad que también cultivara el texto bibliográfico. Durante años, mantuvo gran cercanía con el P. Alfonso Escudero, O.S.A., primero en el Colegio San Agustín, donde Maximino cursó su escolaridad, y, posteriormente, en la Universidad Católica, lapsos que siempre valoró y gustó recordar. *Lo que se ha dicho sobre Nicanor Parra Sandoval y su obra* (2014), es una de las publicaciones que debemos a su interés.

Compartimos trabajos y reuniones en “Rumbos”, revista educativo-literaria que publicaba “La Tercera”, a principios de los ochenta. Años después me concedió el honor de presentar algunos de sus libros: *Literatura chilena de fines del siglo XX* (2002); *La crítica literaria en Chile* (2003); *Historia de la Literatura Chilena* (Edición de 2008). Además, integramos jurados literarios en varias instituciones.

Cuando se incorporó en calidad de miembro de Número en la Academia Chilena de la Lengua, me correspondió recibirlo en nombre de la corporación. Su contribución quedó de manifiesto en disertaciones y participó en la mesa directiva, en calidad de tesorero.

Sin ser él locuaz, no faltaron interesantes conversaciones. Acudían recuerdos, proyectos que emprender, rebanadas de agustinismo—estudiamos en el mismo colegio-, la experiencia de fugacidad y el enigma de morir.

Al promediar esta década, sus condiciones físicas sufrieron notoria merma. Debíó alejarse de las sesiones quincenales de la Academia y de las clases impartidas en universidades.

Una vez me refirió su afición al montañismo. A esa práctica, dijo, debía algunas dolencias padecidas con los años. El relato más supo de admiración que de quejumbre. Hoy, junto con la noticia de su más íntimo viaje, me informo de la voluntad de que sus cenizas fueren esparcidas en la cordillera.

Maximino, te harán mayor sentido aquellos versos del himno que cantaste muchas veces: *“Una tienda de amor en la cumbre, / cuatro estrellas que formen la cruz”*.

“La Prensa”, Región del Maule, 30-IV-2020.

La incesante confirmación

Tal vez el desnivel experimentado en mi vida, entre los desapacibles hechos que debí aceptar desde la infancia y la hondura de silente soliloquio en que me refugiara, corresponda a un primer indicio del amanecer de las palabras, en mí.

Estoy habitado, desde que tengo memoria activa, por la necesidad de decirme lo vivo. Jamás han sido mudos o suficientes en mi voz interna los hechos relevantes, como pueden serlo la ausencia, el trémulo amor, las rigurosas pruebas en las que uno puede verse exigido y sobrepasado, o el hallazgo impensable en los pliegues de la conciencia, las conductas loables y las injusticias, el ejemplo que brindan el rincón, la ventana y el camino, o el anhelo de lo perdurable.

Y todo ello lo presentí desde niño, en el viento de la tarde, en las luces matinales; lo confirmó el adolescente desasosegado ante el hechizo del fuego y del mar, en la primavera que es una sensual presencia, en el enmudecido adiós obligatorio y en la siempre viva ansia de Dios. Tampoco faltó al joven, ni se ha eximido el adulto del rito de hablarse a solas, incluso en voz alta, si los hechos hieren o reclaman complemento de actitudes, de ensueños, de esclarecimiento, en las palabras.

Clamor de certeza y necesaria compañía, no menos que ensanchamiento y relieve de lo existente, suelen obtener alguna respuesta satisfactoria en la lectura. Entonces es posible acudir a páginas habitadas y habitables de humanidad. Aumentan aquellos nombres de escritores que, al fin, se tornan amicales, cómplices o guías necesarios en las horas de nuestras peripecias, lo mismo cuando sacuden de la inercia interior.

¡Cuántas citas de textos ganan familiaridad en nosotros! A menudo significan una comprensión más certera y sensible de quienes somos, que la nacida en las proximidades de personas obligatorias.

Alguna vez fui remecido por la pregunta unamuniana: “*Si del todo morimos, ¿para qué todo?*”; no cesa de conmoverme la lucidez rítmica de grandes verdades, cuando leo “*Coplas a la muerte de su padre*”, de Jorge Manrique; escucho los pasos de temporalidad agravada apenas asoman los sonetos de Quevedo y de tantos otros; me comprendo mucho más en numerosos versos de Fernando Pessoa; las materias alcanzan significado enaltecido de criaturas en la voz de Gabriela

Mistral y fuerza genésica en los poemas nerudianos. ¿Podría olvidar la conmoción metafísica proveniente de la humanísima poesía de César Vallejo o la noche oscura de San Juan de la Cruz? ¿Y la justeza emotiva de Borges, la sabiduría de Cervantes, los dilemas de los grandes dramaturgos, los saltos imaginativos de Huidobro, la iracundia en carne viva de Pablo de Rokha y el vitalismo de Whitman, los cientos de líneas que juegan a olvidarse, pero que están allí, prontos a socorrer la torpeza lacónica de uno?

Los casos podrían multiplicarse. A todos les debo rebanadas y contundencias de hallazgos, en un sentido o en otro. He crecido en su compañía: me revelan delante de mí; entonces las palabras que siento más personales fluyen al despertar del *alma dormida*. “La Prensa”, Región del Maule, 15-I-2015.

Medio siglo después

¿Tiene alguna importancia la institución en donde alguien estudia su escolaridad? De tanto frecuentar sus aulas, sus patios, su biblioteca durante largos meses y años, extendidos de la infancia y de la adolescencia, cuando se tornaron familiares los profesores y compañeros de colegio, pareciera que es imposible prescindir de sus reiteraciones y de las anécdotas que acabaron por forjar, en gran parte, a quienes ya éramos potencialmente.

Ha transcurrido medio siglo desde aquel borbotón emocional que rebasara el momento de la despedida. Y es que el vivir dirigió a otros horizontes la atención y la expectativa. Creció una biografía como si se desentendiera del juego, de las lecciones, de las pruebas y del nerviosismo de los exámenes. Quedaron atrás las ínfulas de una endeble victoria al transformarse en exalumno; febles se mostraron las torpezas estudiantiles, lo mismo que los prejuicios que gobernaron temores escolares, admiraciones y repulsas con que identificáramos a los adultos, especialmente docentes.

Después de confrontar los vagos ensueños de aquella época y la posterior contundencia de lo vivido, es imposible pretender permanencias capaces de burlar el desgaste y las enseñanzas del tiempo. Hoy nos parece que cambió demasiado el mundo; hoy sentimos tan efímeros aquellos años de la desazón y del juego; hoy podemos comprender tantas cosas y hacer nuestro el verso nerudiano: “*Nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos*”.

¿Qué fue de este y de aquel compañero de clases? ¿Estará aún en este mundo el profesor que tuvo una palabra precisa de reprimenda o de espaldarazo, la cual permitió despertarnos antes de que fuese tarde?

No; nunca es aconsejable permanecer retenido en alguna etapa. Vamos siendo nuestros pasos. La permanencia genuina de alguien mejor se aviene a las sucesivas pruebas de vivir. Es el tiempo que se cierra y el que se abre dentro de uno la suma y resta de quienes decidimos habitarlos de la humanidad tan personal que nos corresponde.

¿A cuántas presencias le debe nuestra sombra? Ahora, la jornada mañanera consta de menos temporalidad por venir; también la hora y los meses parecen disponer de alas más veloces. Aun así, no sabe encogerse la oportunidad convencida de agradecer y de evocar. Medio siglo después,

comprobamos que los patios y las voces de otrora perduran; las sienes lo ratifican y las lecciones del tiempo confirman el carácter premonitorio de aquellos lapsos escolares, pues hemos sido, en gran medida, el despliegue de quienes anunciaba aquel pretérito.

“La Prensa”, Región del Maule, 8-VI-2017.

Eugenio García Díaz se ausenta

Aumentan los amigos que se alejan. El turno es ahora del poeta, ensayista y persona de humanidad entusiasta y acogedora, como lo fuera Eugenio García Díaz (Carahue, 1930-Santiago, 2014).

Distinguía a nuestro colega de letras una disponibilidad amical, la que no demoraba en un saludo cariñoso, lo mismo que en la generosa apertura de espíritu para celebrar los aciertos literarios ajenos.

Lo conocí, hace más de treinta años, en las tertulias de la Agrupación Amigos del Libro, celebradas los sábados en la librería Nascimento, en Santiago. Luego, compartimos con tantos más recitales de poesía, charlas, presentaciones de libros, en el Grupo Fuego de la Poesía, institución que celebra un almuerzo mensual para ofrecer parabienes a libros recientes. Después del fallecimiento de sus fundadores, Carlos René Corre y José Miguel Vicuña, nuestro poeta asumió la presidencia del grupo. En cada oportunidad, Eugenio hacía gala de buen decir, no menos que de un tono lírico en sus intervenciones, tan entusiasta como convincente. Al momento de corresponderle compartir algunos de sus poemas, mostraba una cualidad poco frecuente en los poetas: Leía bien.

Sus numerosos poemarios mantuvieron predilección y carácter sentimental. Diríase que era un romántico, aunque sin los excesos mortecinos de los poetas decimonónicos. El sentir, la nostalgia, la pérdida primavera emergen de sus textos, ayunos de cualquier afán experimental. Su énfasis tonal no era hijo de la obsesión, sino pariente directo de un modo genuino de ser.

Lugares de la ternura; El constante recuerdo; Los escritos del otoño; El profundo ayer son algunos de los muchos libros que le pertenecen.

Eugenio García Díaz propiciaba una positiva convivencia entre los escritores. Si era, principalmente, nostálgico e intimista en sus poemas; no escatimaba esfuerzo en el quehacer institucional. Durante varios años dirigió el Centro Cultural del Banco del Estado, así como la revista “Occidente”, órgano nacido en los años 40, perteneciente a la Gran Logia de Chile, de la que Eugenio era miembro. En sus páginas dejó muchas colaboraciones: breves ensayos y numerosas reseñas bibliográficas. También “Zona Azul”, colección de libros de pequeño formato, obedeció a su iniciativa. Importante atención le debe el círculo cultural “Rector Juvenal Hernández Jaque”, del que fuera secretario ejecutivo.

La emotividad de sus textos no fue óbice para reflexionar acerca del poeta y de sus creaciones. *“Transformar la propia experiencia de cada día en el verbo poético—escribió—, demanda una disposición de ánimo alerta a la recepción de estos estímulos; he aquí un proceso de inducción sistemática, trasladar la motivación, deformada por las situaciones ambiguas de la cotidianidad, a esa catarsis, que es el hecho de crear, y a mi juicio, el tránsito obligado e itinerario de este elaborar la poesía”*.

¿Cuánto legamos de presencia o de vacío? Sólo el tiempo puede clarificarlo. Ahora, aunque se aleja este amigo, permanece en su mejor palabra de poeta.

Revista Acanthus, (Talca) Año 18, n° 191, junio, 2014.

Recordando a Lafourcade

Controversial, activo, prolífico novelista y autor de notables crónicas, Enrique Lafourcade (1927-2019) llegó a ser un personaje en el suspicaz ambiente cultural chileno. Sus opiniones a contracorriente y la participación tenida en televisión lo expusieron de tal manera que, durante algunas décadas, fue el cominillo de muchos a propósito de la osadía con que espoloneaba los gustos y preferencias de los más, en una época viscosa y aborregada.

Como todos, tuvo luces y sombras.

Mis recuerdos de él se relacionan con su trato deferente y generoso, en medio de gratas conversaciones a propósito de libros y de autores, especialmente.

Un tímido atrevido. Cultivaba compañías dispares. A principios del nuevo milenio solía invitar a una tertulia en el altílo de su librería en la plazuela Mulato Gil, un sábado en el mes. Recibía con amical vino y mejor disposición a los variopintos congregados. Miguel Serrano fue presencia habitual, junto a otros escritores y docentes universitarios.

No faltaron novelas y crónicas que me obsequiara. Por su iniciativa fui invitado a una feria del libro en Puerto Montt (2004), donde él me brindó acogida en el puesto de sus libros para que expusiera los míos.

A menos que le preguntase, siempre me llamó la atención la ausencia autorreferente cuando compartía un coloquio. Solía agradecer a algún lector que le abordase en la feria del libro.

Su mirar escurridizo y el tono sardónico de sus alcances y comentarios despertaban reacciones muy variadas. Hizo de la polémica un juego de lance. Espadachín más que boxeador, le divertía dejar en la consideración ajena las ronchas de su aguijón verbal.

Quiso encarnar el niño terrible y no hubo quiénes dejaran de sentirse aludidos. Durante un episodio de dimes y diretes, terminó fulminando a una de las preciosas ridículas—habría dicho Moliere—con esta conclusión: “Lo que pasa es que fulana de tal está enamorada de mí”.

Ya podrá esclarecerse el valor literario de sus novelas. Por ahora, quiero dejar mi testimonio entusiasta de las crónicas que conforman varios libros. Crónicas: asuntos del tiempo desigual, inquieto, difícil de considerar por ser próximos, a los que él encaró con valiente maestría y gracia sobresalientes.

“La Prensa”, Región del Maule, 12-X-2017.

El sonriente don Héctor

El 23 de diciembre pasado terminaron los pasos terrenos de don Héctor González Valenzuela (1920-2016), periodista y director, durante muchos años, de “El Rancagüino” (1955-2005). Su tiempo estaba completo, dispuesto al hasta ahora nomás.

Persona para recordar. Su benévola sonrisa sorteaba parapetos y eventuales vallas si uno deseaba conocerlo. Era asunto tan fácil recibir su manera franca de acercar lo humano y contar con su magnanimidad. Hombre de bien, pronto a entregarse a las causas que engrandecieran la memoria de lo querible, cuya evidencia emergía de su participación en las actividades comunicacionales y culturales.

Don Héctor vio en la pequeña causa, en el dato que descuidó el olvido, un principio de heroicidad y un motivo para detener la atención. Las crónicas reunidas en el libro *Rancagua en la historia* (1990)—alcanzó tres ediciones—materializa una de las constantes de su existencia: el amor a su ciudad natal, donde tuvo permanente residencia.

Sus aportaciones en la prensa fueron numerosísimas. Por más de 70 años ejerció la vigilia periodística. Sé que preparaba un segundo volumen de crónicas y, con generosa confianza, me solicitó un prólogo para dicho libro, en 2012. También le escuché decir que sus editoriales constaban de igual cifra de palabras.

Durante muchos años perteneció en calidad de miembro correspondiente de la Academia Chilena de la Lengua. En 1997 se transformó en individuo de número de la corporación. Su discurso trató de *El periódico, libro del pueblo*, texto que entregara impreso en aquella oportunidad.

Nuestra Academia le supo asiduo y colaborador. Sirvió la tarea de censor y fue miembro de la comisión del premio “Alejandro Silva de la Fuente”. Cumplido y afectuoso, jamás defeccionó de una tarea a la que, previamente, se hubiese comprometido. Recuerdo una ocasión cuando llegó de la clínica donde su esposa había sido operada poco antes. Ni siquiera entonces se eximió de su tarea.

Abrió con entusiasmo las páginas del diario a sus colegas académicos. Puntualmente llegaba a las sesiones con varios ejemplares de “El Rancagüino”, que repartía a los lectores interesados. Los años de su presencia me regalaron la oportunidad de conversar bastante con él. Y, aunque insistía en que yo le tuteara, me abstuve de hacerlo. El respeto a su trayectoria y a su calidad personal no me autorizaban a entregarle un trato de llaneza excesiva. Y, sin embargo, la formalidad

no fue óbice para sentirlo próximo, interesarme en sus evocaciones, ni expresarle mi afecto. Fue siempre don Héctor.

La fortaleza suya radicaba en la fe y en la generosidad. Nada remiso ni corto de genio al momento de trabajar. Su presencia activa y entusiasta la conocieron diversas instituciones y el gremio de los periodistas.

Estoy seguro de que el Señor le acogió sonriente.

“La Prensa”, Región del Maule, 12-I-2017.

Objeto anacrónico

Pocas entidades provocan más atracción que las cosas inútiles. Entre éstas, los objetos anacrónicos parecen atraer con imanes poderosos, a pesar de que solemos vivir a base de innúmeros deberes, bajo el imperativo de urgencias y cotas obligatorias de satisfacer. Se nos va la vida entre sístoles y diástoles cada vez más sofocadas. Apenas cumplida una meta, sobreviene la petición conminatoria de una cifra más alta por alcanzar. La codicia pone en carrera y en competencia febril la insaciabilidad de los jefes, de las empresas y de los individuos.

En un modo de vivir, o mejor, de sobrevivir de esta manera, poco o nada alcanza a ser considerado en su propia realidad. Todo debe servir para algo. El utilitarismo gruñe inamistoso y exige que las personas sean cosas, lo bello se rebaje a mercancía y los objetos sufran un rápido y voraz anacronismo. El motivo es muy claro: hay que producir más, y más y más; para vender más, y más, y más.

Sitiado por ingentes problemas y sometido a cuotas productivas inalcanzables, los más nos creemos fatalizados a llevar una vida inamistosa. Feble la resistencia de lo más humano, ésta comienza a ceder hasta la deserción. Nos derrumbamos en medio de lo hosco. Sin embargo, nuestra humanidad no sabe ni sabrá congeniar en una trama erizada de actualidades falaces, únicamente pragmáticas.

Sin apenas percatarnos, disponemos de otras compañías que dejaron, hace mucho, la pulsión de ser útiles. Un objeto anacrónico parece hablarnos desde un ayer recamado de amables significados y memorias. Lo habíamos perdido de tanto mirarlo en la repisa. Continúa allí, como si nada pasara, indemne a los fríos dictámenes productivos. Es entonces cuando lo volvemos a ver y sentimos que no todo se lo traga la insolencia neurótica de lo perecible.

Uno sabe que ese objeto no sirve para satisfacer una necesidad urgente. No se usa más, porque es una antigüalla; ahora la instalación electrónica lo declara difunto. Van y vienen los recuerdos. Uno comprueba que el objeto no goza de preferencia; más aún si una pátina de óxido o de polvo empecinado lo cubre y desmejora.

Pero la atención lo retiene. Se deja ir ella misma en una forma de caricia como si confirmara una presencia desvaída. Alertas los sentidos, por algunos momentos emprenden un viaje inverso al flujo temporal, desmintiendo la caducidad. El hoy crece sobre la base de ayer. Acaso podrían regresar las voces, las manos, los ojos de quienes convivieron, entre intensas esperas y alivios al desánimo, con el objeto anacrónico.

Aunque es inválido para conquistar más altos niveles de bienestar el momento que retiene la atención y embarga de reminiscencias, en su significado emotivo radica su grandeza. Con el objeto anacrónico se nos otorga una posibilidad impensable de salvar, otra vez, nuestro reino interior, al paso que rehabilita la más inagotable confirmación de que vivir es mucho más rico que la manquedad de un propósito externo.

“La Prensa”, Región del Maule, 15-X-2015.

Adiós, Benito

Parece excesivo decirlo: la pena me ha anegado porque mi amigo Benito, mi gran amigo, el que no faltó a ninguna de mis jornadas con esa su mirada de ternura comprensiva y exteriorizada complacencia, por el simple hecho de verme y de acariciar su cabeza, se ha marchado.

Fue necesario apurar su deceso. Él no podía más. Ya no le era dable afirmar su cuerpo en pie y apenas si probaba algún alimento blando que le ofreciese. Con dificultad aceptaba los remedios que le diera, mientras sus ojos seguían mis movimientos, porque siempre esperaba mi compañía.

Nos echábamos de menos. Parecía despedirse con tristeza apenas yo cerraba la verja. Entonces le decía: “Regreso pronto”, aunque tal prontitud se aplazara, obligatoriamente, por algunas horas. Benito sentía pertenecerme; yo, a él. El secreto de ello se respaldaba en el afecto mutuo. Nada más ni nada menos que un hombre y su perro.

También los perritos poseen un carácter. El suyo era dulce y manso. Con un mínimo de idioma bastaba a que entendiera. Lo demás era asunto de mover su cola, ladrar a los desconocidos y disimular alguna de sus “fechorías” simpáticas. Y, sobre todo, mostraba gran entusiasmo por aquello que uno estuviese comiendo. Entonces miraba con tanta insistencia, sin dejar posibilidad alguna de eludir su demanda.

Durante los nueve años de convivencia que tuvimos—llegó de tres a casa—exteriorizaba su deseo de cariño al acercar su cabeza, inclinándola de un lado y del otro, como si con ese gesto comunicara: aquí estoy yo, el que te quiere.

Y sí; me quiso sin medida. Si otros, y yo mismo, defraudamos a los demás en variadas circunstancias; si la tristeza fue una consecuencia o una visita inesperada que hubo de experimentarse, él mostró la constancia del afecto, tan propio de las criaturas que llevan en sí la confirmación de donarse en bien de alguien.

Cuando me informo de las noticias, suelo pensar que esta humanidad llevaría mejor andar si atendiere algunos gestos de los animales cuidados con cariño. No demoran ni calculan, en cambio tienen la contundencia veraz de saber estar presentes.

Desde niño, he llorado la ausencia de tantos perros. Esta vez hube de cavar en el patio para depositar y cubrir con tierra un cuerpo inerte, ajeno y sordo a las impotentes palabras donde habita la tristeza. Otra vez la mano debió resignarse ante lo imposible. Ahora mi Benito está ahí, sin estar. Algunas fotografías retuvieron de él instantes cuando los ojos estaban animados por el aliento de existir. Aquellos momentos que evocan las imágenes disponían de un después. Esa posteridad está hecha de pena, de gratitud y de cariño apenas expresables.

Mi peludo amigo, hice cuanto pude por ti. Nos complementábamos tan bien; si algo faltó es deuda mía. Incluso cuando a nadie podía esperar, estabas tú. Ten por seguro de que también yo gustaba de estar contigo. No sé por qué digo adiós, si te quedas en mí.

“La Prensa”, Región del Maule, 5-III-2015.

IV. Al trasluz de algunas obras

Dante y sus viajes

En la noche del 13 al 14 de septiembre 1321, el más grande poeta italiano y cumbre de las letras universales, pasó de este mundo. Fue su viaje más personal y definitivo. Antes, le correspondió vivir los sobresaltos y las turbulencias políticas de su patria natal: Florencia. Nada le privó de pleitos y condenas, incluyendo la pena capital, que él eludiera al refugiarse en Ravena, ciudad donde falleció.

Se dice que en 1307 comenzó a escribir “El Infierno”, primera de las tres partes de que consta su obra cumbre: *Commedia*, a cuyo título antepuso el adjetivo “Divina”, el escritor Giovanni Boccaccio. Desde entonces la conocemos como “Divina comedia”.

El interés del poeta abarcó los negocios de este mundo y el destino humano *post mortem*. Su voluntad participativa en los asuntos políticos se vio enriquecida con la experiencia de fe robusta y, por su condición de artista, de una vigorosa capacidad de dar forma a los sueños, recuerdos, acopios de la historia y revelación bíblica.

La urgencia de la inmediatez no riñó con su comprensión más larga de la vida humana. El más acá, que es lo temporal, antes avivó en el poeta el interés de proyectar, en la dimensión inmortal, los efectos trascendentes que hallará cada persona según la conducta observada en este mundo.

Inicia el viaje trascendental “*en medio del camino de la vida*”, acompañado de Virgilio, poeta latino. Descenso al Infierno. Una sentencia inapelable pende en la puerta: “*Lasciate ogni speranza voi ch’entrate*”. (Dejad toda esperanza los que entran) Nueve círculos en los cuales ve y escucha las penas de los réprobos, apóstatas y demás viciosos y corruptos, hasta llegar al sitio ocupado por Lucifer.

Un estrecho pasaje conduce a los viajeros a los mares del hemisferio austral. En una isla se alza el monte del Purgatorio. Nuevas visiones a las que no faltan vicisitudes, solo que esta vez aliviadas de esperanza.

Autor y personaje, Dante Alighieri es voz confirmativa de una visión acerca de la vida humana y expresión de una experiencia personal.

Los pasos no se detienen. Los peregrinos alcanzan el Paraíso Terrenal, lugar de encuentro con su amada Beatriz, con quien emprende la ascensión—a través de esferas concéntricas—hasta el Paraíso. Aún falta la plenitud. Acude San Bernardo para encaminarlo a la visión de Dios. “El fin del hombre es la contemplación”, escribieron los grandes teólogos del siglo XII y XIII.

El viaje a través de los pavorosos y, sucesivamente, animadores paisajes del trasmundo nada tiene de turístico. Dante fue una persona en quien debatieron las grandes y humanísimas fuerzas espirituales, como en todos, como en cada uno.

La cima no podía ser otra, en su obra, que la confirmación plena de la existencia, cuando ésta se dispone y experimenta la redención del Amor *“que mueve el sol y las estrellas”*.

“La Prensa”, Región del Maule, 1-IV-2021.

Así fue la vida, César Vallejo

Probablemente, usted, querido poeta, creció bajo espesas sombras de tristeza, aunque reconoció en su madre y en su padre, en sus familiares todos, el amparo tutelar del que mucho necesitó durante toda su vida, especialmente, a partir de esos largos días de prisión padecidos en Trujillo, asunto del que no quiso sentirse próximo y dejó el Perú, aquel de las “*orejas de mi burro*”. No se preocupe; quedó perdonada su tristeza.

Supongo que “Los heraldos negros” buscaron establecer domicilio en su ánimo de poeta: ese aliento que arrastrara en habla casi indecible, pero con sensibilidad a más no poder. Excúseme el atrevimiento si digo que consiguieron su torvo propósito aquellos ángeles oscuros del destino. Porque siempre supo que aleteaban vientos enlutados en torno, cuadró los hombros y, como un héroe trágico desafiante, se adelantó en alta mar, dispuesto a escribir desde el corazón lanceado, con el verbo trémulo y con el pavor del alma, cuanto sintiera ofensivo a nuestra especie, a esa humanidad que, en usted, tuvo nombre y apellido.

Aquellos pueblerinos de sus días peruanos a quienes mató “La violencia de las horas”, el combatiente Pedro Rojas, el hermano Miguel, y ese otro hombre en quien el morir se reconoció en gerundio mientras escuchaba los lamentos de amigos, porque “*el cadáver ¡ay! siguió muriendo*”, durante la Guerra Española, continúan respirando por obra y gracia de su palabra.

Cómo no darse por aludido del sacudimiento atronador en su espíritu, donde entrañó esa carnicería y las miserias del mundo moderno. Alusión esta que, al estarle referida, es conmoción. De verdad, una “*espergesia*”, enfermedad de trizas y de trallazos en que se multiplicara la pena, pero también la conmiseración por tantos sufrientes que esparcieran pobreza e indefensiones. Hay que ver cuán hombre fue usted, César Vallejo. Abrió espacio en su pecho y le entró el mundo entero a reconocerse humano, frágil maravilla, hermano en la desgracia.

Y pensar que antes, mucho antes de estar en Europa, perplejo y ofendido de tanta historia y de soledad debatidas entre su enfermiza estrella y su grandeza poética, había puesto en usted una marca la tragedia. Para ambas, soledad e historia, tuvo palabras, porque en lo físico y en lo metafísico existieron razones para “*considerar que el hombre es triste, tose y sin embargo, se*

complace en su pecho colorado". Sí; cómo negar que usted supo de una tribulación previa en *"golpes tan fuertes, yo no sé"*.

Agradezco el hecho de que los padecimientos suyos no tornaron tendenciosa su poesía; ni fue maniqueo deplorando un sufrimiento amigo y alegrándose por el del adversario. Supongo que tiene que haber sido muy difícil batallar con la tristeza y su depresión de suerte echada al cuello, pero salió adelante y se nos quedó ejemplar en sus poemas.

Desde aquí, en este presente efímero, me empino para mejor oírle ese alfabeto sobrepasado de latir, que supo dejar lo más humano en sus escritos, a pesar de haber nacido un día cuando *"Dios estuvo enfermo"*.

Gracias por *Trilce* y *Poemas humanos*, gracias por los dedicados a España, gracias porque nos humaniza su voz americana en estos tiempos de cultura de supermercado. *"Digo, es un decir"*.

"TribunaLatina.com" (España), 18-VI-2007.

Albert Camus (1913-1960)

Mucho más que un centenario y algunos recuerdos académicos, la obra de Camus puede ser considerada testimonio personal y apasionada creación, reconocidas su lucidez y sus limitaciones, porque se escucha en ella el combate de un hombre ante el destino y la época.

Susan Sontag, escritora estadounidense, clasificó a los literatos que despertaban su interés en las calidades de escritores esposos y de escritores amantes. Camus habría pertenecido a los primeros.

El extranjero, La peste, El Mito de Sísifo, El hombre rebelde, El Primer Hombre, además de *Estado de sitio, Calígula, Los justos*, corresponden a los libros principales del escritor argelino-francés, conjunto que le valiera el Premio Nobel de Literatura, en 1957.

Si tuviéremos que establecer una figura que aúne sus obras en un temblor espiritual, no demoraríamos en adjudicarle la de borde abisal. El ser humano sabe que es mortal y debe aceptar que existe en vilo de lo contingente. En tal confinamiento de la consciencia, juega su posibilidad de vivir. Es lo que él llama absurdo, ese *"pecado sin Dios"*.

El rebelde y el creador, así como el comediante, el aventurero y el amante, emprenden la tarea de ser personas, en un desasimiento de toda esperanza, según afirma. Regidos por la claridad, deben admitir una derrota anticipada: la muerte.

"Lo que queda es un destino cuya única salida es fatal. Fuera de esa única fatalidad de la muerte, todo lo demás, goce o dicha, es libertad. Queda un mundo cuyo único amor es el hombre".

Y a ese amor quiso consagrar sus facultades y su voluntad. Luchó en contra de la ocupación nazi en Francia, desde la revista *"Combat"*; concibió una Argelia federada con la

metrópoli europea; fue crítico del imperialismo soviético, lo que le valió la condena de muchos intelectuales obsecuentes con el totalitarismo de ese cuño.

Hombre de pensamiento y de acción, emprendió la tarea de un humanismo desprovisto de cualquier complacencia. Vivió en la intemperie, paradójicamente encerrado en una libertad de hombre absurdo que se esforzó en encarnar. Examinó el suicidio, y le pareció inútil. Lo suyo era rebelarse ante una condición de orfandad radical. *“Así saco de lo absurdo tres consecuencias, que son mi rebelión, mi libertad y mi pasión. Con el solo juego de la conciencia transformo en regla de vida lo que era invitación a la muerte, y rechazo el suicidio”.*

Comprendió que las reflexiones no reemplazaban la tarea mayor que le correspondía afrontar: *“Lo que precede define solamente una manera de pensar. Pero se trata de vivir”.*

Y porque se atrevió a hacerlo, muchas de sus páginas continúan palpitantes. Nos esperan.

“La Prensa”, Región del Maule, 26-XII-2013

Atentado celeste de Vicente Huidobro

Convencido de su valía vanguardista, el poeta no trepidó en hacer gala de cualidades y de osadías. Se supo alentado por su madre y por sus ancestros. No era tímido: aseveró ser pariente de Mio Cid Campeador.

Pero un poeta acaba por valer según la contundencia de sus textos. Lo demás queda para estudiosos y cronistas de biografías y de manifiestos.

Las más importantes obras suyas: *Altazor, Temblor de cielo, El ciudadano del olvido, Últimos poemas.*

Experimentamos al leer su obra, una poesía que regala entrada a cuanto existe bajo el cielo y a lo que puebla y recorre su vastedad de silencio sonoro, de palpito sideral y mano azulada. Constelación sinfónica. Su respiración verbal comunica alteraciones oceánicas y temblores aéreos y terrestres. De las olas se esparce un amor con levantadas espumas al amanecer, porque el frenesí perdura en la flor y en el gesto vocal, como una ofrenda hecha al infinito del ansia y de la promesa venida del más hondo anhelo de ser en otro, con la única excepción de conservarse lúcido en medio de apremiantes vértigos y nostalgias.

Poesía que presiente los rigores implacables y la mordedura de vientos contrarios, como si expusiera la pasión del héroe trágico, incapaz de rendirse a los designios funestos ni a la desproporción de pertenecer a tiempos apenas descifrables, como no sea bajo la lupa del corazón que acepta cobijar *“un amor muy parecido al universo”.*

Poesía orquestal bajo el frío o la adversidad del nocturno anímico. El ímpetu que la signa desnuda los desajustes habidos en la presencia y en la oquedad. Santifica lo nuevo. Al hacerlo, proclama la urgencia de alzar el espíritu a despecho de ocasos y de la actitud cerril que gobierna los entornos. Se trata de hurgar en el filón que lleva a la riqueza incontable de lo bello: *“El paisaje en donde hay un árbol que tiene algo que decir”.*

Poesía de hombre que acepta batirse bajo el arco de la noche, sin incurrir en tregua ni deserción. Música de memorias y lucha incesante. Los fragmentos estelares corresponden a la versión que pretende imponer ese *“pequeño dios”* que es el poeta, un orbe en donde quepa, algo más feliz, la seducción de partir o de legar a los ojos las más conmovedoras riquezas del alba. Confía en el eterno femenino el poder de hechizar lo existente: *“Mujer el mundo está amueblado por tus ojos”*. *“Te pregunto otra vez/ ¿Irlías a ser muda que Dios te dio esos ojos?”*.

Poesía que hace del vuelo la acción más acorde con el milagro de vivir y de fenecer, cuando el espíritu queda conmovido en horas de presentir algas, espesuras, nubosidades verdes. Poesía que demanda un *“infinito para el hombre”*. Corazonada de tiempo y de tiniebla, de hambre, de abominación, de empecinamientos terrestres. Viaje solitario, ejerce la altivez poética de nombrar, con todos los sentidos, aquellas extensiones donde el mundo es cuerpo dilatado y enigma insondable, mientras el verbo ata y desata los nudos de un cataclismo interior.

“La Prensa”, Región del Maule, 13-XI-2014.

El mar no tiene dioses

El poeta José Emilio Pacheco, mexicano, obtuvo el “Premio José Donoso” otorgado por la Universidad de Talca, en 2001. La misma institución publicó una antología constituida por textos de sus libros más recientes: *Como la lluvia* y *La edad de las tinieblas*. Versos, de la primera obra; prosas, de la segunda.

Lluvia y noche cubren la geografía anímica de los poemas. Todos, o casi todos, manifiestan la condición menesterosa del ser humano. El poeta, como Adán, ostenta el don de nombrar; pero no puede impedir lo inexorable de su condición de hombre. Acaso su vocería no sea sino la posibilidad de agitar, en la oscuridad, una gavilla de luminarias, para ver cómo amanece antes y después de cada noche.

A veces, el poema es un proceso de tiempos alterados, de instantes que dan con una puerta a la que secundan los ojos, cuando observan un descenso afligido: desierto, guerra, dolor. Las cavilaciones en las que incurre la voz lírica abren claros en la incesante agregación de una temporalidad que disminuye sin atenuantes.

¿Qué es la lluvia de los poemas? Quizás el alivio que huyó, del cual se obtienen reminiscencias y resacas de una paz salobre que apuran las olas invasoras en toda orilla.

Y allí está la noche con su actitud de sombra fría, que impregna a todo con su enigma; más pronto, el silencio de garfio que es ignorar el por qué y la finalidad de cuanto existe.

“Todo me sale al revés a pesar de mis buenas intenciones. La noche que me invade no sabe que es noche. La vida se me acaba sin entender de qué se trata. El mundo insiste en ser como es, no como yo quisiera. El desorden de los factores divide la multiplicación y suma una resta divisoria”. (Desorden de los factores).

Junto a la indefensión que significa percibir la más profunda realidad en estado corroído, habita la reiterada necesidad de ser alguien. Tal arrojo verbal alivia, pero no salva de la indigencia. Por el contrario, asciende un hervor inútil en los actos y en los momentos placenteros, que también conocen de limitada duración:

“No tiene fin la oscuridad / No tiene/ la sal del mar un día de consuelo. / Pero en cambio la dicha que hoy nos cubre / tiene los días contados”.

“La Prensa”, Región del Maule, 24-VII-2013.

Centenario de Eduardo Anguita

Existen poetas que cuentan con multitudes de lectores; otros, son gusto de minorías. ¿Cuáles son mejores? No existe repuesta excluyente. La poesía es asunto de sensibilidades y de comprensiones; nada tiene que ver con estadísticas ni conteos de mercado.

Eduardo Anguita Cuéllar fue poeta y ensayista. Premio Nacional de Literatura, en 1988. Existen algunos datos externos que identifican la epidermis de su biografía. Nació en Yerbos Buenas el 12 de noviembre de 1914 y falleció, en Santiago, el 21 de agosto de 1992. Estudió en el Liceo de San Bernardo y, luego, en el Colegio San Agustín, de la capital, donde conociera al P. Alfonso Escudero, erudito de las letras hispanoamericanas.

Idas y regresos por países, trabajos y estudios; Anguita fue un pensador en el verso y en la prosa. En esta última, resalta *La belleza de pensar*; el poema *Venus en el pudridero* es su legado mayor. Obra abigarrada y cavilosa, preguntas y observaciones contrastantes la animan, pues reunió en ella esas dos fuerzas poderosas que son lo bello, como ideal que se anhela y ansía, en el amor; y la disolución por cuenta del gusano del tiempo, en su afán de desrealizar todo sueño y encuentro.

*“Escucháis madurar los duraznos a la hora del estío,
a la venida del sol, mientras un príncipe danza
en vísperas de su coronación?
Yo pienso en el gusano”.*

Amor: instauración de la unidad por cumplirse y semejanza de un paraíso que sabe de lo vivo, del silencio hecho alfabeto, de lo lejano, de la víspera en máxima floración, porque alguien ha llegado a otro y, a su vez, éste palpita con nombre único en el ser amado. Huella dactilar de lo indecible. El amor es la máxima alusión al mundo de lo creado: presente pleno y expectación animada de esperanza. Y todo ello, desde un centro donde la dualidad se resuelve en el nosotros.

Agazapada entre la hierba que cruje al paso, la sierpe del veneno impide la unidad. Nupcias derrotadas. Lo probable queda en ayer. Desde fuera, como puede hacerlo un guijarro o una bala; o bien, desde el interior, la creciente incerteza de lo inabarcable. Más que dueño de su destino, al ser humano le alimenta la inquietud. No puede ser en dos lugares, ni abrazar el cuerpo animado y su secreto. Se desliza el tiempo; Venus se desbarranca al pudridero.

*“Escucha:
Hubo una vez, hace mucho tiempo, en este instante,
en este mismo instante,
una mujer y un hombre,
un amor,
un instante”.*

Cien años después del nacimiento de un poeta hay motivos suficientes para evocar alguno de sus desvelos, aunque una centuria no sea más que un instante en el misterio de vivir.

“La Prensa”, Región del Maule, 9-X-2014.

El último ramal

Es un libro y, también, una realidad de espacio y de paisaje, pequeña historia local y legado de adioses en los sucesivos andenes, desde Talca hasta Constitución.

El tren ha sido un protagonista de los tiempos. Chile creció junto a los trazados de las líneas férreas. Largo y ancho del territorio conocieron de horarios, de estaciones, de viajeros, de oficios y de ese ignorado destino que lleva y acerca a cuantos emprenden viaje o acuden a despedir a los suyos.

Regalía de paisajes, tan distinta de las intromisiones urbanas con que se le ha castigado en las carreteras, en el decurso de las décadas. El viaje en tren dispone de cierto movimiento aquerenciado con el sonsonete del rodar de sus carros. Propicia una diversidad tan llamativa de atuendos y de equipajes. Toma y deja pasajeros; brinda bienvenidas y despide; anuncia llegadas y continúa, luego, la marcha. Le atrae una meta, pero se solaza en el pormenor de aquello que mira desde sus ventanas.

Juan Pablo Figueroa Lasch reunió en su obra editada por la Universidad de Talca, (2009), ese patrimonio de lo humano, que es toda experiencia hecha de evocaciones y de afectos. Fiel a los esplendores y a los ocasos del tendido entre la capital de Maule y la antigua Nueva Bilbao, relata de la vida y de la muerte de tantos proyectos y emprendimientos habidos en el trayecto y en sus respectivas estaciones: Colín, Corinto, Curtiduría, González Bastías, Pichamán, Forel, Maquehua.

Paralelo al río Maule, el pequeño tren ha conocido de todas las vicisitudes a que son sometidas las comunidades campesinas y las rutas laterales del ferrocarril. Infaltables en su historia

el descuido criollo, el fatigoso trámite, la imprevisión, el olvido progresivo y la soledad de los usuarios. Sin embargo, tampoco faltan entusiastas, románticos del a pesar de todo, que restablecen el equilibrio entre las necesidades humanas y las empresariales.

Imagino que los maulinos de distintas generaciones reconocen en este ramal una arteria de sus vidas que los lleva, en los tiempos, a través de una geografía sentimental. ¡Cuántos recuerdos! ¡Cuánta familiaridad en esa patria chica animada por el traqueteo del convoy!

Como la vida de cada día, se espera el tren; inminente su llegada, ya se detiene durante algunos instantes. Sucede lo de siempre: esa renovación de abordarlo y descender de él hospeda propósitos y esperanzas. Comienza el lento chirrido. El tren se aleja. Otra vez el creciente silencio del andén; quizás un horizonte arbolado permanece en la sensación y en la memoria.

Bienvenidas y adioses.

“La Prensa”, Región del Maule, 29-V-2013.

La pena se llamó Juan Rulfo

Conmemorar el centenario del nacimiento de un escritor regala una oportunidad de mayor deleite: releer su obra. Los resultados de esa nueva incursión están mediatizados por la madurez del eventual lector. Ha corrido mucha agua bajo sus puentes y por los cauces de sus ríos. Espera esencias, médulas de sencillez incontrovertible. Menos impresionable a las astucias y exhibiciones literarias, desea encontrar atisbos, actitudes, fisonomías interiorizadas.

Los estados anímicos suelen estar indeleblemente unidos a una proclividad orgánica y a una conformación del alma. Clave genética y espiritual es lo que portamos al llegar a este mundo. Los artistas dejan esos rastros en sus obras.

Juan Rulfo (1917-1986), mexicano, fue escritor sin desperdicio. Su abreviada bibliografía personal, la constituyeron tres obras: *Pedro Páramo*; *El llano en llamas*, *El gallo de oro*. Bastaron para alcanzar la cima—no de moda, sino de acierto auténtico—y los tiempos han corroborado su cualidad de clásico.

Tallador de miniaturas, si consideramos la extensión de las obras, su capacidad sensitiva y el trabajo de desbastar rellenos e inutilidades en la prosa, resaltaron la impronta anímica que imanta sus libros. Se identificó con almas y con espacios de los personajes acuciados por existencias ralas, zozobranes, crecidas al compás de los destinos que los tornan viajeros quietos, discípulos de implacables necesidades.

El cuento “Luvina” presenta la sequedad arisca de una tierra empinada. El dilema no es otro: abandonar esa geografía inhóspita o perseverar en el cumplimiento del destino. El asunto que retiene a más de alguien, en el lugar, es la fraternidad con las generaciones. “Pero si nosotros nos vamos, ¿quién se llevará a nuestros muertos? Ellos viven aquí y no podemos dejarlos solos”.

Juan Preciado viaja a Comala, pueblo fantasma, como si fuera un puente bamboleante entre este mundo y el otro. Busca a su padre: Pedro Páramo. Necesita confirmar el propio origen. A despecho de informaciones y de pistas entregadas por los habitantes fantasmales, el hijo acaba por comprobar la derrota de su progenitor: hombre poderoso, si los hubo, a quien se le vedó el amor de la única mujer que amara.

El ser humano termina por ceder, en sus ideales y en sus fuerzas, delante de la avalancha natural y debido a los designios de un cielo inclemente. Pena consumada. Pena del apenas en

ánimas vagabundas, como nacidas para llevar una errancia sin más. Clamor, resignación, congoja. Esa pena se llamó Juan Rulfo.

“La “Prensa”, Región del Maule, 3-VIII-2017.

Teresa de Jesús: quinientos años después

Insondable la clave originaria de cada individuo. Un misterio se despliega desde el alma y, poco a poco, peregrina la existencia al través de una nostalgia poderosa: echarse de menos no tanto en circunstancias de ayer, sino en la aspiración de coincidir alguna vez consigo; hacerlo desde la profundidad sin medida del espíritu hasta el litoral de los gestos con que se comunica la intimidad a los demás.

Teresa de Cepeda y Ahumada nació en Ávila (1515-1582), ciudad amurallada y medieval. La piedra crece del suelo castellano. Por doquier es roca edificadora, que fortalece y prueba el vigor de la voluntad. Ante ella, nadie puede regalarle amables ensueños ni molicías distraídas, porque son debilidades de carácter y de nada se requiere tanta decisión y coherencia, para ser persona, como el alistamiento interior; el efecto consiguiente: dirigir los pasos y los esfuerzos hacia el entero sentido de la vida, en su más completa apertura, que es disponerse a lo divino.

Digna de su familia paterna y religiosa en las que viviera sus años, esta andariega reformadora de la orden carmelita fue sometida a rigurosas pruebas. Fundó casas conventuales, padeció de mala salud, se sometió a recorrer tantos caminos de España como le fuera necesario y posible a su finalidad de vocación convencida. Escribió obras por obediencia y legó un puñado lírico de su batallar continuo. *El libro de la vida*, *Las moradas o el castillo interior*, *Las fundaciones*, *Camino de perfección* y varios libros más, sugieren el contenido y linaje espiritual de que tratan y refieren.

Los senderos y horizontes de la meseta castellana se le quedaron, también austeros, en los poemas. Hambre y sed de Dios fueron la clave de su vida. Con menos lisura que certidumbre, nadie podía sacarla de su propósito de servicio, ni menos amilanar en ella el anhelo de ser digna del Creador. Testimonió de ello en sus obras espirituales y proclamó que el suelo humano quedaba enaltecido al orientarse hacia el cielo divino. Aseveró que Dios no es enigma, ni tótem, ni teoría, sino presencia cercana de Amado; incluso “*anda entre los pucheros*”.

La fervorosa enamorada que fuera Teresa, escribió: *“Vivo ya fuera de mí,/después que muero de amor;/ porque vivo en el Señor,/ que me quiso para sí./ Cuando el corazón le di/ puso en él este letrero:/ que muero porque no muero”// Esta divina prisión/ del amor con que yo vivo/ ha hecho a Dios mi cautivo,/ y libre mi corazón;/ y causa en mí tal pasión/ ver a Dios mi prisionero,/ que muero porque no muero”*.

A una copla del siglo XIV pertenece el famoso verso del estribillo, que no a la santa y doctora de la Iglesia; aunque sí lo hizo muy suyo en razón del encaje que le diera en el texto. San Juan de la Cruz, el más místico poeta de nuestra lengua, lo incluyó en un poema, también.

Y, para confirmar esa apetencia total y sublime, verdadera proclama de actitud y razón de ser de sus quebrantos, confía a quien leyere: *“Sólo con la confianza/ vivo de que he de morir,/ porque muriendo el vivir/ me asegura mi esperanza;/ muerte do el vivir se alcanza,/ no te tardes, que te espero,/ que muero porque no muero”*.

El ascetismo teresiano podría parecer muy riguroso en nuestros días; pero el convencimiento, entrega y pasión de ella están intactos a quinientos años de su nacimiento, porque *“El amor cuando es crecido/ no puede estar sin obrar, / ni el fuerte sin pelear/ por amor de su Querido”*.

La Prensa, Región del Maule, 29-I-2015

Sonrisas de lo serio

Pocos escritores chilenos alcanzan el humor inteligente y magnánimo de Andrés Gallardo (1942-2016). Sus narraciones atan cabos que suelen parecer discordantes. La vida provinciana y los entreveros familiares los concibe como suerte de desnudez que, una y otros, no sabrían ocultar, pues los dichos respectivos traslucen las mentalidades, los enfoques irreductibles con que los personajes se blindan en cada jornada, sin faltar las situaciones que acaban por hacerlos risibles.

El buen humor aprovecha los contrastes. Luego, las expectativas de las conductas y los magros resultados en que se empeñan sus protagonistas provocan zozobras, inquietudes, desmentidos a las ínfulas con que creyeron solventar una genuina caracterización de respetabilidad y de buenos fundamentos.

Estructuras inexorables de parentesco conoce de impecable y aumentada reedición. (Concepción, LAR, 2013). Diez ficciones familiares, aunque es oportuno acoger la advertencia del autor: los personajes pertenecen a la imaginación, no al retrato de parentela cabal.

Las estructuras parentales son inexorables. No existe modo alguno de desdejar los móviles de las conductas. Nada renuentes a explayarse, la habladuría y el juicio inapelable acerca de la vida ajena campean en esas redes conformadas de tíos, sobrinos, abuelos, padres y primos: elenco suficiente de vínculos carnales y de parentescos políticos; enjambre de nombres y episodios hilarantes que abraza momentos graves y circunstancias de pasatiempo.

“Lo que de veras complicó las cosas fue que un día el tío Sebastián llegó y decidió que se había muerto; así, tal cual: el tío Sebastián decidió que había llegado su hora, que había dejado de existir, que había fallecido”.

La gracia narrativa descansa en el modo circunspecto de enhebrar cada historia, lo mismo en la caracterización certera de las mentalidades y de los personajes que se trasladan de un cuento a otro. Gallardo echa mano del expediente paródico cuando rotula sus ficciones. Algunos ejemplos:

“Crónica de una muerte asumida”; “El obsesivo pájaro de la noche”; “El mundo es agrio y artero”; “Tortolita”.

Varios aspectos conforman la trama. Junto al desplante de las tías y el estratégico forcejeo de los sobrinos por llevar a cabo sus predilecciones, se mantiene latente el tránsito de época—los años sesenta--; la convivencia de buenos motivos y de cerrazones agrias; el cultivo de las apariencias y de su aliado, el temor al qué dirán; así, también, el desparpajo juvenil y el cumplimiento de los hábitos familiares.

¿Cómo enmendar a un sobrino que deja sus estudios de medicina, porque pretende ser futbolista?

“Viendo el nulo resultado de su conminación a Germán, la tía Mariita fue y dijo: “esta familia va a tomar olor a camarín”.

“La Prensa”, Región del Maule, 3-VII-2013.

Marco Martos o el oído en los tiempos

Un modo de untarse de poesía lo ofrece el adiós, como quien baja los ojos a la luz y se permite pensar en cada detalle vivido antes del sueño.

Rito de la memoria y ensayo de una ceremonia incesante de resucitación, a la escritura del poeta se le regala, en ocasiones, la posibilidad de desnudar los vestigios de la oxidada pátina impuesta por los tiempos, con tal de acercar pálpitos de alguien, ya lejano y perdido para los demás, cuando en su ascenso y plenitud forjara sueños, presumiera de grande, amara y fuese herido en el amor, aun cuando la finitud ya tenía inscrito su nombre en los códigos del cúmplanse sus jornadas.

Marco Martos (1942), poeta peruano prolífico, disciplinado, vivificador, sobre todo, preside la Academia Peruana de la Lengua, para quien la poesía *“tiene algo de antiguo que está en el espíritu de los hombres y que felizmente no ha sido arrasado por ningún sistema político: la necesidad de la comunicación personal, íntima”.*

Esa comunicación de lo más humano la propicia este poeta al arrancar voces de los tiempos. Voces del tal vez, voces de la probabilidad, voces diversas que pronunciaron la perenne ventura y desventura de toda existencia. En la modulación lírica, acierta a regresar seres humanos sin que importen los siglos transcurridos, pues al cabo, los días y las sombras no han faltado en jornada alguna de los hombres.

Escojo un poema de excepción incluido en la antología *Dondoneo (2004)*: “Última hora de Abderramán III” (Córdoba, año 961). Poderoso señor. La inminencia de la noche le invade. *“Y nunca más”.* Es la muerte tan callando, de Manrique; la hora precisa. Todo quedó atrás: grandezas, esplendores, ceremonias, boato, repertorios de un largo ejercicio de poder ante el cual se prosternaron otros y rindieron honores y reverenciales cálculos con que, los más, emboscaron

envidias y oblicuos desafectos. Desfilan, en acelerado recuento, fingidas plenitudes amoratorias. Sobre el reino de este mundo caerá la siega. Abderramán III se desnuda. Hora de ser.

*“La noche viene. Ya callan los pájaros.
Antes de irme quiero contar
los días en que fui feliz. Mi memoria
escudriña el pasado: sólo son catorce”.*

Exiguo guarismo. Una lección se le impone, un dictamen: la inutilidad de la vana apariencia, así como también lo es, cuando cantan los últimos pájaros, la insolente y pretenciosa grandeza. *Sic transit gloria mundi.*(*Así pasan las glorias del mundo*).

Abderramán III, nombre de califa o de emir, es la última palabra de aquel rey meditabundo, en sus postrimerías. El poeta nos hace oír, en condición de testigo, la voz declinante de aquél, taraceada en versos donde se impone la fuerza de la realidad sin afeites. La gracia poética convence. Eso basta. No es documento oficial ni probatorio de juicio alguno, el poema; sí la ofrenda de un pudo ser que anticipa cumplirse en cada persona.

“TribunaLatina.com”, (España), 25-VII-2007.

Pensando en América

Nuestro continente tuvo y tiene representantes muy destacados en el pensamiento y en las artes, que han sabido decirlo, amarlo, conocerlo y examinar sus grandezas y debilidades.

América morena ha sido, sucesivamente, tierra incógnita, de promisión, de inestables presentes y de ensoñados futuros. Le cupo el papel de sostener a numerosos pueblos, crecidos en pujas laboriosas, pero también se convirtió en escenario de choque y discordia cultural. Fue así como, para algunos, representó un nuevo mundo; para otros, el fin del propio. Larga ha sido la querella de etnias, especialmente de los modos de concebir la experiencia humana.

Gabriela Mistral (1889-1957) escribió más prosa que verso. Las colecciones que se han propuesto ordenar ese ingente legado en la prensa chilena, continental y europea, superan la veintena. La más reciente se debe a Pedro Pablo Zegers y a Bernardita Domange (DIBAM y Editorial Universidad de Talca, 2013).

Asombra de la escritura mistraliana el vigor y la amplitud de nociones, el conocimiento saboreado de culturas antiguas y el animado interés que le despertara la cambiante actualidad de nuestros países: los latinos y los Estados Unidos. Aunque parezca un contrasentido, su palabra respondió a un habla de señorío, el de quien llevaba dentro de sí muchas andaduras por el mundo y un rico muestrario de admiraciones y desengaños.

Conferencias, recados y entrevistas fueron modos circunstanciales y afines que le sirvieron para mentar el vasto mundo, sus intrincadas relaciones, crueles deudas, afortunados y benéficos emprendimientos, diferencias que, a veces, se convierten en distancias obstinadas, miopías severas y voluntad remisa para imaginar caminos de mejoría.

Apenas si dejamos de ver, en sus textos, algún asunto de importancia. La anchura y profundidad con que sopesara la educación, los oficios, la naturaleza, la mujer y el niño, lo mismo que las políticas nacionales en el mapa de un panamericanismo aglutinador, aunque respetuoso de los orígenes culturales; las lecciones de la historia envuelta en achaparradas o generosas geografías son asuntos agitados, por ella, desde una concepción trascendente de la vida.

No le amilanó ser minoritaria en su hora. Salió airosa de la prueba desafiante del escollo cercano y del calambre histórico. Denunció los olvidos y desenmascaró ineptias. Defendió realidades previas a cualquier novedad efímera. Vio en la mujer aquella reserva moral y de instinto servicial de vida para sostener una civilización derrumbada por el activismo ramplón y el desprecio a la belleza, al carácter sagrado de la creación y la justicia social.

“Nosotras avaluamos la ciudad que los hombres sacan de la nada, una posesión perdurable; nosotras vemos en la máquina de sembrar y de segar una herramienta de vida que se parece a nuestro propio cuerpo. Nosotras volteamos y acariciamos cada mueble, cada plato de comer, cada tela de vestir, como causas de provecho y de goce, como fiestas, o pequeñas fiestas”. (P. 126)

Cátedra de vida sin manquedad de ánimo, la de nuestra maestra de tantas “extranjerías”, convicciones e idioma de vigor entrañable con que respaldó al “mujerío”—como gustaba nombrar a sus congéneres—y combatía a los desafiantes de la inercia y de la insensibilidad cómoda y pedante.

“La Prensa”, Región del Maule, 23-X-2013.

Acerca de Juan Ramón Jiménez

¿Cuál es el modo más pertinente de acoger el mensaje de una experiencia poética?

Muchas, habría que decir. Pero de esas formas posibles, existe una por excelencia: la afinidad de la propia alma que pudiere acercar y reconocerse ella en las líneas tonales de armonías y estremecimientos de un texto. Recibir el influjo de la poesía significa un modo de despertar a la invitación que dimana de sus versos, de sus dichos, de los silencios donde cobija algunos pliegues lo impronunciable.

Existen obras para las cuales parece estamos preparados, con antelación, a conocerlas. Otras, en cambio, exigen de una apertura apenas entrevista en lo personal. Sin embargo, la facilidad o la dificultad con que sentimos su cercanía o su distancia no definen el valor propio de la poesía. El poema dice lo que dice, y sobre todo lo que trasdice. El lector eventual debería leer el texto, pero desde sí mismo.

Juan Ramón Jiménez (1881-1958) fue poeta exigente. Buscó prescindir de anécdotas. No quiso su palabra convertida en vocera de una historia reconocible, por de fuera. La concibió como quintaesencia, filtrada de cualquier turbiedad, por eso la procuró transparente. A menudo puede parecer algo fría, distante de la emoción, porque esa palabra exhorta a despojarse de todo señuelo biográfico. Para Jiménez la poesía era un destilado, nunca un cotejo exterior.

Colores, sonidos al modo de silbantes brisas, afirmaciones y preguntas, hacen de la palabra la gran protagonista. La poesía es palabra lanzada, como saeta, a un blanco de infinitud hacia el cual viaja la voz interna como una canción que susurra nostalgias y aspiraciones situadas

más allá del entendimiento. Por eso, adelgaza los versos, los desnuda de artificio; prefiere invocar a otro en su silencio originario. No es historia la escena que sugiere, sino estado de alma.

“Ahora, soñar es verte,/y ya, en vez de soñar,/ vivir será mirar/ tu luz, hasta la muerte”.
(Ausencia de un día)

Sus verbos son acciones contemplativas. Paradoja que se aviene al modo pudoroso con que libera la comprensión de ser humanidad. Ésta recoge el sentir como el pensar, en un difícil equilibrio. Por momentos, deja la impresión de ser una poesía de instante matinal, fresco, lozano, licuado. No hay mucho sol, sino amanecer de luces. No puede extrañar que sus textos contengan un alfabeto de estrellas, de luna, de albas, de agua, de viento. Materias inasibles todas ellas. Y admite también el frío, la conjunción de colores, la floración de abril, el mar de fondo.

Todo parece manifestar una presencia en espera. A la voz poética le corresponde asomarse a la suma inquebrantable de la vida universal, para desprender fulgor y levedad en los ojos. A pesar del convite que viene de lo existente, no deja de advertir que la decisión de cada envergadura, y del mundo todo, gozan de una consistencia delante de la cual la propia palabra debe crecer antes de ser proferida: *“No sé con qué decirlo,/porque aún no está hecha/ mi palabra”.*
(Acción)

La poesía es labor de ahondamiento en el propio ser. Sin ese desbroce, poco y nada podría esperarse de ella.

“La Prensa”, Región del Maule, 8-X-2015.

A propósito de Hamlet

Se conmemoran los 400 años del fallecimiento de William Shakespeare (1564-1616). En abono de esta efeméride, son numerosos los tributos, puestas en escena de sus obras, conferencias y actividades en diversos países ofrecidos en su memoria.

El nombre del autor ha quedado indisolublemente unido a un elenco de personajes, especialmente Hamlet, aquel joven príncipe de Dinamarca—donde algo huele mal en la corte—, a quien los enredos y bajezas del mundo le trastornan y desquician la existencia.

En poco tiempo, debió asimilar dos acontecimientos graves: la orfandad como consecuencia del asesinato de su padre, perpetrado por su tío Claudio, en complicidad con Gertrudis, madre del joven; y, en una edad cuando aún no alcanzaba plena independencia viril, se añade con desgarradora evidencia, el adulterio y la codicia de la reina.

No es difícil imaginar que el orden de su vivir y el previsible futuro quedasen conmocionados hasta los cimientos más sensibles y afectivos. Lo incierto contagia desánimo; la decepción, odio. Ha perdido de una vez el padre, por mano ajena, y a la madre, como efecto de una vil conducta de ella.

El mundo entero queda a la deriva. Cuanto se mostraba halagüeño y de buena fe, fue trocado en un tejido de engaños y de ambiciones desmesuradas. ¿Cómo seguir vivo en medio de la faz abominable y la celada de aquellos confiables que eran en la víspera?

Trabajosamente se percata de que está llamado a enmendar tanto desvarío. Las bajas pasiones usurpan el buen nombre y echan por tierra cuanto pudiera construirse sobre fundamentos sólidos. Cataclismo de las certezas; el joven príncipe enfrenta un dilema supremo: ser o no ser—no en el sentido metafísico--, sino en lo concerniente a una forma de existir. Ser y su correspondencia de vivir con dignidad, a despecho de peligros, embustes e ignominias; o bien, asilarse en la omisión, en la evasiva, que apresarían su conciencia si aceptare ser cómplice del arrogante mal.

¿Cómo mantenerse alerta en una corte de aduladores y de vilezas al por mayor? Escoge una estrategia: fingir locura, complementada en el despliegue de una táctica: valerse del teatro para representar lo sucedido ante la corte y “atrapar la conciencia del rey”; mientras el lastimado príncipe--escondido entre columnas palaciegas--, comprueba la revelación del espíritu de su padre y la suma de las pistas dejadas por los culpables.

La tragedia de Hamlet corresponde a la de una persona que debe enfrentar un poder muy superior a las fuerzas individuales de que dispone; no le queda, pues, más que llevar al extremo sus posibilidades. Por si fuera poco, no bastaría un libelo acusatorio, porque el mundo y aquellos a quienes enfrenta son habilidosos en ocultar la íntima fisonomía. La definición extrema en esta obra exige de un arma fina como estilete: ver lo interno en el gesto. Desenmascaramiento de lo oculto. Razón tuvo Félix Schwartzmann (1913-2014), cuando adujo que la atmósfera de la obra se libraba en “la lucha existencial de las miradas”.

Hamlet: un fisionomista del alma en la cuerda floja. “La Prensa”, Región del Maule, 20-X-2016.

Parra, más allá de la risa

El 5 de septiembre cumplirá cien años Nicanor Parra Sandoval. Los festejos ya comenzaron. Las citas de su nombre y de algunos dichos suyos—más que de versos—se han vuelto canónicos, lo mismo que la entusiasta atribución de paternidad a propósito de la llamada antipoesía.

Sin embargo, la obra toda de este poeta es mucho más seria que el sentido del humor y de las chirigotas que ha prodigado. Desde luego, un sentimiento dramático de insolvencia metafísica y espiritual embarga muchos de los textos, principalmente, en *Versos de salón*, *Poemas* y *Antipoemas*, *Canciones Rusas*, *La camisa de fuerza*. El destino humano, asechado por la muerte o la insignificancia, aparece sostenidamente, sin que el humor negro o la burla hacia lo sagrado alcancen a aminorar la gravedad de la amenaza ni los efectos adversos que recaen en cada quien.

“Señoras y señores:/ Yo voy a hacer una sola pregunta:/ ¿Somos hijos del sol o de la tierra?/ Porque si somos tierra solamente/ No veo para qué/ continuamos filmando la película:/ pido que se levante la sesión”. (Pido que se levante la sesión).

Parra es un escritor de probado ingenio. Extrae del habla cotidiana una reserva de idioma, repetido con agostada novedad, pero al que remoja o desviste, incluyéndolo en los poemas. El fruto: un estallido de sorpresas. “*La izquierda y la derecha unidas jamás serán vencidas*”, escribió en un artefacto. El gracejo popular entrega réditos y la agudeza del autor arranca el doble sentido de eslóganes, dichos y frases hechas, a partir de los cuales acoge porciones de realidad brindadas por la calle, además de las vueltas de tuerca a la tradición y la promiscuidad irónica con que presenta las referencias cristianas de nuestra cultura, en medio de lo trivial.

A base de una suerte de objetivaciones cotidianas, muchos de los poemas parreanos desarrollan pequeñas escenas, valiéndose de series caóticas y de un sucederse de los gestos, las señas, los guiños; recursos estos suficientes para lograr efectos de clima desacralizado y sin esperanza. Lo más interesante consiste en la comparecencia de historias anónimas, en las que se funden luminarias y sombras, cuya valencia mayor es el existir zarandeado y huérfano de asidero mayor. Entonces, lo festivo se trueca en autopsia.

Poco o nada escapa a sus observaciones explosivas. La política y la economía, lo mismo que el suceder nacional y foráneo le sirven de pivotes. Luego, el poema se transforma en un concentrado de perspicacias sin anestesia, en provocaciones para reír y llorar.

Cien años es mucho tiempo. O quizás muy poco, si nos atenemos a las cosechas de una obra importante. Parra alcanza una edad, cuya cifra puede ser un símbolo o tan solo un dato. No es un hombre imaginario; aunque sí un representante de este mundo. *“¡Sólo que el tiempo lo ha borrado todo/ Como una blanca tempestad de arena!”* (Hay un día feliz).

“La Prensa”, Región del Maule, 21-VIII-2014.

Octavio Paz o la palabra despierta

“De una palabra a la otra/ lo que digo se desvanece. / Yo sé que estoy vivo/ entre dos paréntesis” (Certeza).

Aunque parezca redundante o tautológico, Octavio Paz (31 de marzo, 1914-19 de abril, 1998) vivió muy vivo. Atento, vigilante, crítico, el mundo y la experiencia personal se le revelaron en calidad de “signos en rotación”. Porque percibió el movimiento incesante, la metamorfosis que son las inquietudes y las expresiones humanas, su escritura lírica y ensayística correspondió a una poética mayor de palabra ondulante.

Jamás cesó de registrar la ambivalencia advertida en lo existente. Ni las culturas, ni los movimientos revolucionarios, ni los fenómenos que pudieran semejar petrificaciones sabrían olvidar el vaivén o el coloquio mantenido en lo entrañable de sí mismos. Menos aún, el deambular humano. Entre dos silencios, la existencia es siembra de significaciones; la vigilia, otra cara del sueño. Los hechos y los datos pueden ser transfigurados por la alquimia de la palabra. En virtud de ella, se encadenan las entidades y fluyen las grandes experiencias de encuentro y desencuentro: amor y muerte.

En el fondo de sí propio, el ser humano habita una clave en trance de manifestarse y aguarda la mirada auroral de otro que colabore en descifrarla. “Soy hombre; duro poco/ y es enorme la noche./ Pero miro hacia arriba:/ las estrellas escriben./ Sin entender comprendo:/ también soy escritura, / y en este mismo instante/ alguien me deletrea” (Hermandad).

Mucho menos referencial que simbólico, según Paz, el lenguaje es, también, cuanto callamos. Podría decirse que, en el fondo de lo real, el poeta abre una grieta de silencio. Su acto es registro bifronte: dice y calla, tanto como explicita esa crecida ausencia presente que es el yo, el tú, el arduo nosotros.

Dependiente de las propias facultades, el ser humano carece—según este escritor—de soporte trascendente. En buenas cuentas, el tiempo es quien construye y desmorona a quien vamos siendo, en tanto la historia suma cauces y manifestaciones, aunque carece de meta. “*No vamos ni venimos:/ estamos en las manos del tiempo. / La verdad:/ sabernos, desde el origen, suspendidos./ Fraternidad sobre el vacío*” (Nocturno de San Ildefonso).

Y aunque la historia carezca de dirección en ascenso, ella es susceptible de opinión, de crítica a sus abusos y supuestos, de denuncia a su repertorio cautivo en los poderes y trampas ideológicas.

Mientras estaba en la India, Paz renunció al servicio exterior de México, cuando la matanza de estudiantes en la Plaza de Tlatelolco, en 1968.

Premio Nobel de Literatura (1990) y Premio Cervantes (1981), Octavio Paz fue uno de los grandes escritores de nuestra América. Libertad bajo palabra; Blanco; Pasado en claro; Árbol adentro son algunos de sus poemarios. Los ensayos, siempre lúcidos y polémicos, tuvieron por temas dilectos los movimientos históricos y las creaciones de las artes. El laberinto de la soledad, El arco y la lira, Tiempo nublado acogen cabalmente esas preferencias.

Sometida su obra al escrutinio de los tiempos, nadie podrá negarle esa su capacidad de otorgar ojos al lenguaje, campo éste el más propio y el más alto de la cultura. Por eso es comprensible su certero diagnóstico social, tan urgente de ser atendido: “Cuando una sociedad se corrompe, lo primero que se gangrena es el lenguaje”.

“La Prensa”, Región del Maule, 29-V-2014.

Vislumbres de poesía italiana

La zona que media entre la orilla de la contundencia exterior y la del trasfondo inquieto y aparentemente silencioso del recinto espiritual, corresponde a la poesía, ese hablarse a solas con anhelo de orden y de forma entera, siempre dispuesta a rebasar límites gastados, siempre menesterosa de expresión; por eso busca la compañía de otros semejantes. La poesía no es la noche, sino aquello que pueden decirse las estrellas. Obra como el tornasol, al modo de asociación interna que en todo reconoce presencia: riqueza y orfandad que deja la herida de vivir, la expectación anhelada o medrosa, la memoria entre tantos olvidos y hasta la indubitable fragilidad de sernos permitida la palabra para decir de lo vivo.

Italia es un crisol de regiones, dialectos, paisajes, costumbres, idiosincrasias. En medio del fragor cotidiano y de las agravadas condiciones históricas de cada época, brota y se desarrolla la otra palabra en la península, aquel decir llamado poesía, porque ante todo significa creación—recreación para ser más exactos con la realidad—, monólogo en donde se resuelve la querella humana habida en sí misma, porque la calle, el acontecer, la voluntad ajena, las condiciones personales y el arduo conocimiento de las oportunidades y de los imposibles que obran en cada poeta, alerta, desvela, hiere, sueña, anuncia un mensaje necesario, desde el recogido silencio.

Cesare Pavese (1908-1950). Autor multiforme: poema, ensayo, novela y diario personal. La naturaleza, en sus poemas, deja nacer un conjunto ritual de largas significaciones míticas. Un camino rural puede ser destino; las colinas, un asomo a la infancia perdida y a cuanto

amenazara de insuperable. Sobre todo, su voz lucha con el propio abismo, esa vivencia oscura que niega cualquier posibilidad de réplica y de alivio. Desamparo afectivo total le asestó la “*donna della voce rauca*” (Mujer de la voz ronca). Cesare Pavese fue blanco de sí mismo, porque el vaticinio infundió en su alma el desánimo y la propensión de quedar atrapado y deprimido, a la vez de ser poderoso e implacable su cumplimiento: *Vendrá la muerte y tendrá tus ojos/ esa muerte que nos acompaña/ desde el alba a la noche/ insomne, sorda, como un viejo remordimiento/ o un absurdo defecto*”, escribió en un poema imperecedero. “*No más palabras. Un gesto*”, su postrera anotación en *Oficio de vivir y de escribir*, que le costó la vida.

Salvatore Quasimodo (1901-1968), poeta contemplativo en su manera de sentir la sombra y las conmisericordias del tiempo. Atento al instante y a lo perenne, la nota casual de flora y fauna, de una escena humana, el desdeñado rincón, la presencia de los ausentes, son fortaleza y acogida a las edificaciones de la luz y de los vínculos en su poesía, a partir de un repertorio que es mar, aire, edad temprana, y también luna y fragancia de conciencia. Parece explayarse, por momentos, mas llega pronto a destino. Le bastó coger la reminiscencia y el atisbo para escribir un poema certero y sugestivo: “*Cada uno está solo/ sobre el corazón de la tierra,/ traspasado por un rayo de sol./ Y enseguida anochece*”.

En sus textos, los muertos están vivos; hay que tenerles consideraciones, porque continúan presentes. La infancia regresa en la memoria y en los presentimientos que complementan la frágil vida, con los demás, aunque todo se recueste en una soledad relampagueada en la sombra. Sí; aquello que vemos por dentro la poesía lo convierte en mundo. En la obra de Quasimodo, resalta la experiencia de amor, de soledad, de belleza, trío de la finura donde el alma se conoce y quiere decirse, en el lapso estrecho de la existencia, porque “*enseguida anochece*”.

“La Prensa”, Región del Maule, 23-VII-2015.

Un niño cumple cien años

Que los años cuentan y también descuentan es asunto sabido. Pero que un niño alcance el centenario, esto es realidad únicamente atribuible a la magia, a una lógica disparada fuera de sus quicios, y al milagro evangélico de conservar la limpidez originaria, a pesar de sobrevivir tantos cumpleaños.

Andrés Sabella se ocupó de variados oficios; a través de ellos emprendió la existencia como un don que se recibe, sin retardar la entrega a quienes tampoco les era ni será dado saltar fuera de la propia sombra. Palabra de hombre, abrazo de hombre, afecto humano.

Cierto: los dibujos emplumados, palomas mensajeras de “Paz y Poesía” que volaron a tantos sitios y surcaron cielos esplendentes y nubosos; aquellos libros variopintos y tonales, pero siempre dispuestos a desprender un hálito fraterno en el mensaje que, al parecer, renacía en medio de los atolladeros, con una sonrisa a pesar de todo; también animado coloquio en el que consideraba la presencia del contertulio circunstancial, en calidad de alguien único. Esas cartas fueron lema y enseña en él.

Quien mantiene el propio espíritu enfilado hacia el alba, lleva a cabo una suerte de polinización de la esperanza. Para cumplir una tarea de esta ley es preciso animarse de un frescor matinal, asombrado y esencialmente sencillo. Entonces es concebible la mejoría del mundo; entonces los episodios de dispares naturalezas se transforman en afluentes de ese soñar despierto o, si se prefiere, de aquel despertar en el sueño de lo mejor para quienes habitan la calle o la estrella; entonces es mucho más posible conversar con el ángel de la guarda.

Habitante en el juego, la palabra podía convertírsele en pajarita de papel lustre, coloreada y volandera, grácil y maravillosa. “*Por el ojo de la aguja/ veo ciertas maravillas: / del panal vuelan ardillas,/cabe el sol en la burbuja*”.

Luego de conocer los rigores de la historia y la combatividad de la ronquera belicosa, cuando se vino abajo el pie y el ánimo de la gente, asperjar el mundo a punta de transparencia sólo fue concebible desde el alma de un niño, en nada avergonzado de condolerse si creía fatigada una silla que, luego de volcarla, le regalaba el reparador descanso en el cambio de significación atribuido.

Sabella metamorfoseó el dato enfurruñado en reencantamiento sin demora. Es una de las constancias más perdurables de las obras de ese niño adulto que él fuera, y que continúa siéndolo. Al fin y al cabo, cien años son nada y la magia no tiene cómo arrepentirse.

“El Mercurio”, Antofagasta, 13-XII-2012.

Macondo: esplendores del fracaso

Sólo un año después de alejarse el autor (17 de abril, 2014), frente a la embestida de imágenes y de nombres que dejara en herencia, alguien recuerda aquel tiempo de apasionada juventud, cuando García Márquez lo hechizara con la historia de Macondo. Tal como ahora, el mundo vivía atosigado por innumerables problemas y variopintas ilusiones; de tal manera, que los desafiantes ideales debían afrontarse a base de convencidos testimonios, sin excusar, de ser necesario, la ofrenda completa de la vida.

Perdóneseme la torpe paráfrasis. El tiempo termina por licuar impresiones no acalladas y, de pronto, vuélvense tan perentorias como tornasol las vagas, aunque precisas memorias. Acude la herida juventud de los Buendía, aquella familia que se fue derrumbando sin atenuación, en abundante delirio, ingenuidad primeriza ante el asombro y comprobaciones lacerantes de aislamiento.

Los Buendía tuvieron en García Márquez su amanuense. Fueron ellos, cada a uno a su turno, quienes empujaron las puertas del destino que aguardaba en la flaqueza de espíritus resignados; en cada uno se mostró el cumplimiento riguroso e inexorable de la soledad; fueron también el conjunto de laberintos caldeados por el sacudimiento frenético de la modorra y de los reveses, cuando consentían a la pasión sexual y a los delirios de la candidez, deseosos de sentirse vivos, porque estaban signados por la herencia desalentadora que reaparecía en las generaciones familiares.

¿Cuánto hay de realidad fatal en las biografías anímicas de los Buendía? ¿Cuánto de irresistible e ineluctable del vivir se apodera del espíritu hasta adormilarlo, sin otra posibilidad que entornar ventanas y obedecer al personal hundimiento en el olvido progresivo de existencias derrotadas?

Y, sin embargo, su historia rebosa de belleza, de esplendor en el ocaso: descalabro de una familia que, tempranamente, perdiera el paraíso y fuera avasallada por una culpa sin remisión. Camino de la melancolía y de las afligidas contundencias, la trama desprende algunas aseveraciones que, sobreponiéndose a cualquier ficción, acaba por traducir dictámenes certeros e inapelables: *“El secreto de una buena vejez no es otra cosa que un pacto honrado con la soledad”*.

Imposibilitados de alcanzar, medianamente, la victoria en sus tareas y de sus anhelos; la reiteración de nombres, los ataques del insomnio y del olvido dejan oír observaciones y sentencias con medio espíritu en lo cotidiano y la otra mitad como vaticinio y alerta ante los avances de la decrepitud.

Remolino fascinante de la decadencia. Los secretos de Melquíades y los sonados fracasos del coronel Aureliano Buendía consternan, tanto como el sostenimiento familiar al que se consagra Úrsula Iguarán. También en los demás, la fuerza de gravedad humana se impregna de una naturaleza tórrida y de hechos sometidos, por igual, a las embestidas de la lluvia y del fracaso.

Quiero decir simplemente de la memoria gratificada y de la conmoción estética de la lectura que, en mi caso, ha conocido de una segunda oportunidad de tiempo admirativo.

“La Prensa”, Región del Maule, 2-IV-2015.

Rubén Darío cien años después

Quienes pasean su sombra en este mundo cumplen años. También lo hacen aquellos que un día agotaron su cuenta de las propias jornadas terrestres. Es presumible esbocen, en la otra ribera, una sonrisa y animen un susurro de hasta pronto. No podemos saberlo si éstas son sus nuevas costumbres; pero en el caso de los poetas, sus escritos continúan diciendo en el silencio.

A cien años del viaje de Rubén Darío (1867-1916), numerosos versos inolvidables nos acompañan con su clima anímico disputado entre un sentimiento de aflicción ante la pérdida de plenitud y desengaño de las pasiones y la corte de encantadoras princesas, elefantes, mares que suspiran, joyeles de terciopelo, cisnes y nenúfares con que vistiera los anhelos más intensos. Exotismo y zozobra espiritual. Uno y otro en un mismo transcurrir, por dentro, más hondo que un sueño y tan conmovedor como una pesadilla.

“Juventud, divino tesoro,
¡ya te vas para no volver!
Cuando quiero llorar no lloro
y a veces lloro sin querer”.

La voz del poeta nicaragüense—quien viviera en Chile entre 1886 y 1889—se escucha vivísima en sus creaciones. Tuvo conciencia de la palabra, como si le fuese dado un tímpano agudo y un temblor subterráneo. Amaneció y conoció de ocasos. No podía faltar en su pulsión lírica aquella experiencia de cielo carnal y de tierra sublimada, como lo es la del amor inalcanzado, en ese “abrazo imposible de la Venus de Milo”.

En vano busqué a la princesa
que estaba triste de esperar.

La vida es dura. Amarga y pesa.
¡Ya no hay princesa que cantar!

Atraído por los tientos de la belleza, llamó a la puerta de las preguntas trascendentales: origen, finalidad y sentido de vivir. Le copó el fragor de las insatisfacciones y le cautivaron los sonos de la zarabanda, “y así juntaba a la pasión divina/ una sensual hiperestesia humana”.

Se sucedieron los libros: *Azul*—publicado en Valparaíso, en 1888, con el apoyo de Eduardo Poirier y Eduardo de la Barra-, *Prosas Profanas*, *Cantos de vida y esperanza*, *El canto errante*, *Poema del otoño* y varios más.

Corrió mundos, palpó geografías, supo de espinas en la rosa. América le habitó el canto y él volvió los ojos a las anchurosas rías donde viera reflejada su inquietud desnuda y la “mayor pesadumbre de la vida consciente”.

A pesar de todo, fue suya el Alba de Oro.

Somos sus devotos lectores.

“La Prensa”, Región del Maule, 14-III-2016.

IV.- Baraja ciudadana

Otros tiempos

Las recientes elecciones exigen de un esfuerzo comprensivo. Los resultados han puesto en entredicho las herramientas predictivas. Las muestras someras y los cálculos proyectados fueron insuficientes y erróneos.

El clima humano actual—en Chile --dista mucho de parecerse al de hace algunas décadas, cuando la política era una gesta social que transformaría el mundo, al acercar o hacer posible cierta concreción de utopía. Entonces—décadas de los sesenta y setenta—la atención estaba puesta en el trabajo, la producción, el salario y su expresión en leyes, organizaciones y afanes tan personales como sociales.

Las doctrinas políticas e ideologías se presentaban confirmatorias o adversas respecto de un estado de situación y, luego, del modelo social por venir. Las nociones, estrategias y propósitos tenían como base la humanidad, la tradición, la sociedad evolutiva. Los sueños encauzados por partidos políticos reñían, unos con otros, con tal de ganarse el fervor militante de los electores.

Hoy, la ciudadanía es mucho más heterogénea y numerosa, al tiempo que se nutre de nuevas fuentes: globalidad, enlaces tecnológicos, atención virtual del propio horizonte, enorme movilidad, énfasis hedonista y permisivo de la conducta, además de percatarse del debilitamiento habido en las instituciones tradicionales: familia, entidades educativas, iglesias y partidos políticos.

El sentido de pertenencia en el presente es el grupo pequeño—alternativo--, el gusto y hábito personal, así como el contacto y acercamiento episódico, son pragmáticos y de rápida concreción. La gente reclama sus derechos y, sobre todo, percibe que dispone de un poder fiscalizador y comunicable, a partir de las redes sociales.

A las nuevas generaciones les urge—según parece-- cambiar hábitos y ritos republicanos, que dejaron de ofrecer entusiasmo vincular. Una variopinta sensación de placer y disgusto, junto al deseo de validar lo propio, entre el “me gusta” y una nueva articulación política, al momento de participar y de concebir los cambios. La gente desea gestionar su manera de ser en el mundo y recibir la legitimización de sus formas y comportamientos.

En suma, han cambiado las nociones y las expectativas de vivir, al igual que las formas de vinculación y el “deber ser” de lo humano. Importa menos lo que propone una colectividad, que los deseos del individuo tecnologizado, cultivador de referencias vitales instantáneas. Se dejan de lado las especulaciones de largas finalidades. En cambio, se esperan resultados próximos, a la medida de las pulsiones y necesidades por satisfacer.

Los tiempos dirán cómo nos seguiremos pareciendo en medio de los cambios.

Más sensatez

Supongo que todos disponemos de alguna dosis de sentido común. Sí; precisamente el menos común de los sentidos. Cada día es buena prueba y comprobación de tantas facetas humanas. Las fronteras de la investigación acerca del universo se expanden; por desdicha, también las muestras de estupidez, ese despeñarse de la racionalidad hasta quedar anegada en ridiculeces y contagio tenebroso.

Los forcejeos a que está sometida nuestra lengua denuncian el peso de la bruma. Por lo pronto, ignorancia. Identificar géneros gramaticales con sexualidad sólo cabe hacerlo desde el crepúsculo mental, cuyo motivo directo puede ser cualquier delirio ideológico. ¿Se trata de una neolengua, al estilo de la que imaginara George Orwell, la propugnada por el llamado “lenguaje inclusivo”?

Hay más. Las lenguas se forjan a través de las necesidades y de la convivencia; acuden en su desarrollo los legados de siglos y demás lenguas—latín, griego, árabe y otros, en el caso del castellano. El idioma se lo vive en calidad de resonancia y de presencia, ya en los conceptos y nociones, ya en la sensibilidad y sonidos, ya en los diversos niveles de la comunicación. Pero todo aquello como un hogar en donde las palabras y la oración gramatical registran y confirman un modo especial de decir y de expresar, de entender y de compartir significados.

Una lengua nunca es lógica completamente. Alterna los géneros con natural fluencia. Dice: la sabiduría, pero también el saber; admite el arte y las artes; no se sonroja porque el género masculino gramatical abarque la totalidad de los ejemplares de una condición: todo el día incluye la noche, pero si decimos toda la noche, ésta no cobija al día. Sin embargo, con igual naturalidad, cuando el femenino cumple con los alcances mayores. Por ejemplo, las aves, y eso incluye a machos y hembras. Se habla de una especie, independiente de la genitalidad de sus integrantes.

Imponer camisa de fuerza al idioma, para ser “políticamente correcto” es un disparate cultural y una muestra de espíritus confusos. Monumento de insensatez y gesto “antidemocrático” pretender borrar con artificios de moda la experiencia idiomática de evolución natural.

Asunto muy diferente son los neologismos, es decir, las palabras nuevas necesarias de admitir en la nuestra, por motivos de nombrar y de esclarecer una acción, para los que carecemos de repertorio suficiente en el idioma propio. En tal caso, el hablante echa mano de un préstamo

lingüístico. Los términos acogidos de las lenguas nativas americanas son buenos ejemplos de neologismos necesarios; así también cuando se trata de vocablos originados por la tecnología, pues no somos creadores de ella.

Los eclipses y los demás fenómenos siderales no se suprimen porque se nos da la gana ni por arbitrariedad caprichosa de llevarlo a cabo. Nadie, con buen sentido, podría creer que encerrándonos en una pieza oscura acabaríamos con el sol o con las luminarias que persisten en sus pestaños lejanos, cuando estamos de noche.

“La Prensa”, Región del Maule, 9-VIII-2018.

Demoliciones

Nadie podría negar que algunos adefesios arquitectónicos merezcan desaparecer, pues jamás debieron existir. ¡Sobre ellos vengan las máquinas, como los antiguos secuaces de Atila cuando arrasaron ciudades! Su desaparición, ojalá pronta, dé paso a más bellos diseños y a construcciones firmes que no olviden la tierra que pisamos.

Más bueno sería recuperar terrenos donde crecieran árboles, en el bien entendido de que, ante todo, es tan necesario respirar. Pero no le pidamos tanto a las empresas comerciales. Su empeño vegetal se satisfará con algunos rectángulos de pasto y unos pocos árboles enclenques. ¿Para qué más?

Muy diferente es nuestra reacción cuando caen casas que conocieron de historia familiar y, con fachadas y jardines, delinearon el paisaje urbano y la fisonomía del barrio. Aceras y calzadas se hicieron queribles, necesarias para el transeúnte habitual, que es el vecino. Años completos, promesas de firme continuidad, cundieron como un mapa presente y caminable. Aportaron perdurabilidad mientras las edades corrían y las nuevas generaciones ocupaban el puesto de las antecedentes.

Antejardín, pequeño muro y ventanales brindaron colores, mientras encendían la imaginación acerca de los modos privados con que transcurrían la jornada, el año, los sabores, dentro de cada casa. Calles y domicilios con entidad completa, nos hacen escuchar los pasos y compartir las aves bienvenidas que llegan y van entre jardines. Un barrio acaba por ser según quienes lo habitan. Incluso la propiedad ajena, tan claramente establecida, posee una parte que es de todos.

De un día para otro, el zarpazo desgarrador vuelve polvo las murallas, la techumbre, las ventanas. Semejante “A las ruinas de Itálica”, famoso poema de Rodrigo Caro, se apodera de nosotros la melancolía:

“todo desapareció, cambió la suerte
voces alegres en silencio mudo:
mas aun el tiempo da en estos despojos
espectáculos fieros a los ojos,
y miran tan confuso lo presente,
que voces de dolor el alma siente”.

No es posible negar lo irrevocable, ni menos pretender que el alma calle indiferente. El vidrio, el calor, la voz, están enmudecidos y arrasados. Dicen que el progreso es un portento de novedades y de modernizaciones. Nada que agregar, salvo ese además, ese sentimiento de una demolición que echa abajo la certeza de lo que veíamos al pasar.

“La Prensa”, Región del Maule, 10-V-2018.

Líneas torcidas para lo derecho

Estos recientes tiempos han deparado una destapada de ollas en las instituciones, hasta hace poco, más confiables. No ha sido fácil asimilar los estropicios, los desmanes y las fechorías de los victimarios. Al informarnos de los manejos torcidos llevados a cabo por éstos, comprendemos la gravedad del mal infligido a quienes estaban inermes o confiaban sanamente en las personas que les han perjudicado con alevosía.

En los casos de la Iglesia, merece utilizarse la palabra perversión, ese adulterar la naturaleza de las criaturas y proceder al abuso de ellas valiéndose del ascendiente espiritual que obra en una jerarquía eclesial. Nadie debe transigir ni menos justificar el delito.

La complejidad de este asunto ha abierto otras facetas. Una de ellas: la conducta cómplice de algunos que debían atender el fondo del asunto reprochable. He aquí el caso de la culpa de omisión. A veces más grave que la perpetrada en los hechos. ¿Por qué? Debido a que se incurre en la más reprensible connivencia con los delincuentes y pervertidos; además de mostrar una

insensibilidad culpable ante las víctimas. Teniendo en cuenta el mensaje y la razón de ser de una iglesia, no hace más que agravar lo sucedido.

Lo dicho hasta aquí es, más o menos, una percepción compartida por la gente.

Haríamos mal si nos quedáremos detenidos en lo nefasto. Necesario es ponerse en pie y alertar el espíritu, la conciencia, el valor de una nueva actitud. La jerarquía está en entredicho. Pero corresponde a la comunidad viva de la Iglesia reemprender el camino. La tarea es ardua. Si la concebimos excluyendo al Señor, poco y nada podremos hacer. Líneas torcidas para escribir derecho.

La Iglesia católica—también las otras—debe convertirse una vez y otra a su Señor. Pero no como un acto declarativo, sino de remoción de las escorias y de lo escamado. “La verdad os hará libres”, dice la Sagrada Escritura. Y sí, porque la verdad es ser y quehacer concordante; un compromiso de alma y de realización. Habla viva y activo silencio. Oración, pensamiento, gesto, hecho genuino. Por eso mismo: al pan, pan y al vino, vino.

Aun sabiendo que no existe medida excluyente o única como solución; no es menos verdadero que hay que reformular los seminarios, abrir la posibilidad del sacerdocio a casados, leer meditativamente la Biblia, madurar los laicos, revisar criterios pastorales, entre tanto más.

Descentrados respecto de Quien es “el camino, la verdad y la vida”, no demora en aparecer el narcisismo, el espíritu de secta, la anemia espiritual y hasta la pérdida del sentido común. Si esto fuere el resultado de los creyentes, significaría que estamos derrotados y que el Malo ha hecho mejor su trabajo de torcer, de mentir, de adulterarlo todo.

Laicos y clérigos debemos definirnos ahora; en caso contrario el Diablo seguirá vendiendo cruces.

“La Prensa”, Región del Maule, 22-XI-2018.

Celebraciones al por mayor

Que existen motivos de celebración en Chile no cabe duda alguna. Ignoro si es un espíritu festivo la causa de tanta algarabía programada, o lo es el desborde imaginativo el que nos lleva a batir el récord de asignaciones calendáricas; o bien, el deseo de aliviar el tiempo del negocio—trabajo—con el del ocio, lapso de distracción y placer.

Los tiempos coloniales fueron generosos en las fechas de recuerdos y solemnidades de carácter religioso. La liturgia daba realce a los hitos más importantes de lo sagrado: Semana Santa, Navidad, Corpus Christi, Pentecostés y varios otros momentos significativos de la fe cristiana, amén de los onomásticos que recordaban a los santos patronos.

A las fiestas mencionadas, no le iba en zaga un alto número de conmemoraciones relativas a la corona y a las autoridades de entonces. Las fechas fundacionales de ciudades, villas y villorrios contaban con la preparación y entusiasmo en los fastos, con desfiles, bailes y comilonas.

La época republicana mantuvo, hasta mediados del siglo XX, las motivaciones de recuerdos y de renovación propios de los feriados convocantes. Aunque disminuida la frecuencia de éstos por la supresión de algunos, la sociedad no quiso prescindir de esos paréntesis durante el año y, poco a poco, proveyó otros hasta colmar el almanaque.

Junto con perder su genuina semántica algunas de las fechas cívicas y religiosas que, sin embargo, mantienen la data, se les dio carácter móvil a otras, puesto que son trasladadas a los lunes más próximos para hacerlas efectivas. En la actualidad, lo que vale es el asueto por sí mismo. Símbolos, significados y ejemplaridades han sido despojados de su verdadera razón original.

Comprobamos que la gente está dispuesta a padecer el desplazamiento y la aglomeración, tan largo como oneroso uno, como molesta e inconfortable la otra. Horas de carretera y pago de peajes no arredra a la ansiedad de fugarse de la ciudad. La abundancia festiva aumenta todavía más: hasta hace algunas décadas, la semana del niño incluía el día de la madre y de la escuela, por ejemplo; ahora cuentan con efemérides asignadas el padre, la mujer, los abuelos, el amigo, el compadre; sin que falte el día de las profesiones y de los oficios. El perro, el gato, el caballo y muy pronto la merluza (8 de octubre) podrán exhibir su propia calidad convocadora.

Ya han transcurrido varios años desde que fue incorporada la rarísima fiesta de “Halloween”, en nuestro país. Probablemente, su inclusión obedeció a motivos tan dispares como lo pueden ser la yanquización de Chile, los efectos de la seductora publicidad o la banalización de los significados.

¿Qué haremos con tantas celebraciones?

Tenga presente que la cuenta no la paga Moya, sino usted.

Conducta chilena

¿Se ha percatado de lo enojoso que suele ser la actitud que nos gana a los chilenos, apenas necesitamos establecer comunicación? El temor de quedar en riesgo o desautorizado en el parecer ajeno atrapa las mejores intenciones. La susceptibilidad campea en todo momento. Antes de opinar acerca de esto o de aquello se hace obligatoria una o más aclaraciones al interlocutor, previniéndole de que no se trata de aludirlo ni mucho menos de atacarlo.

Ignoro si este crecido fenómeno obedece a la convulsionada historia-- especialmente áspera desde hace algunos años--, que habría tenido efectos de paranoia masiva o corresponde a una etapa adolescente de nuestro desarrollo psíquico.

A la estrechez léxica—vocabulario en uso—podemos atribuir, en parte, la indiferenciación de acciones verbales de que hacemos gala. Con todo, opinar no es sinónimo de analizar; hablar tampoco equivale a conversar. Estos casos son una muestra. Cuesta distinguir, razonablemente, lo venido del sujeto y lo concerniente a un tema determinado, porque nos salimos de este y comenzamos a un tuteo familiar y doméstico. Antes de examinar algo, el “criterio” prevaleciente es la simpatía de ocasión y el amiguismo.

La actitud mental chilena es pueblerina. Salpica sus preferencias y admiraciones como si estuviera obligada a desconocer el valor de otras realidades, sean ellas personas, obras, conductas. ¿A qué se debe? Quizás a una suerte de atomización mental, de la que queda descartada la realidad más diversa, inconcebible para el exclusivismo de nuestros hábitos. Cuesta demasiado reconocer cualidades en un adversario. Nos sentimos amenazados innegablemente.

Algo fatal parece ensombrecer el ánimo chilensis. Ninguno de nosotros ha dejado de sentir que “Chile no tiene remedio” (J. Edwards Bello) o que, aquí y allá, nos quieren “pasar gato por liebre”. La desconfianza—tantas veces corroborada por la feble conducta—está a la base de lo cotidiano. El chileno es alguien de repentinos entusiasmos, simplista, elusivo. Necesita ponerse a resguardo de defraudaciones e incomodidades. Hábil en salir del paso. Goza en destacar la caída

ajena, mediante chascarros y burlas. De los apodos hace emblemas relacionales. Agudo como el que más, es un experto en lanzar saetas mientras brotan los hechos y cunden las circunstancias.

La desosegada y temblorosa tierra chilena nos confiere una actitud cortoplacista. Todo pende de la brocha, es provisional, como en espera del próximo sacudimiento que pondrá a prueba los cimientos de nuestras casas. No obstante, pasada la emergencia, volveremos a construir donde el río desborda cada año, o insistiremos en vivir desprevenidos, porque la solución alcanzada es un mientras tanto, que, en Chile, goza de carácter permanente.

Algunas nociones suelen quedar confusas y no por ello menos repetidas. Fácil comprobación. La igualdad se asimila a la uniformidad como si estas fueran sinónimos. Por eso, el impulso reparador de justicia social antes busca rebajamiento que ascenso. Necesidades y deseos expansivos se abrazan inconfundibles—no faltan razones para ello--, pero mantienen de compañía majadera la envidia, el maldecir y la sospecha.

El futuro esplendor debería comenzar, también, por la enmienda personal.

“La Prensa”, Región del Maule, 5-V-2022.

Cultivo de lo feo

Los gustos y los estilos distinguen las épocas a las que pertenecen. Son un hecho a los que la costumbre y cierta resignación terminan por tornarlos aceptables. Hay gustos para todo y cada uno con su gusto, asevera el dicho. Sin embargo, algunos adquieren licencia de libre tránsito y se convierten en moda.

Aquello que no es connatural al cuerpo o a la figura amenaza con disminuir, desencajar o adulterar sus formas y superficies. De cierto modo, ofende la versión original con su recargamiento postizo. Lo deforma.

Los brazos, cuellos y piernas que vemos, por doquier, invadidos de tatuajes agresivos—los hay discretos y bellos—manifiestan una interioridad tempestuosa, contrahecha, lóbrega. Como si fuera una coraza erizada, la piel sufre deterioro y desdén. La naturaleza padece menoscabo en su color, pigmento y aroma personal. Ni pensar si el ultraje autoinferido invade otras zonas del cuerpo: senos, torso o espalda. Entonces se consuma la desnaturalización.

No es necesario oficiar de psiquiatra para comprobar el imperio contagioso de los gestos aceptados por imitación. No importa si lo emulado es un disparate o una impostura. El borreguismo, ayuno de categorías, como pudieren ser la racionalidad, la elaboración de una estética enaltecedora

o el respeto a lo auténtico adopta la cursilería o la fealdad sin el menor reparo. Que otros lleven a cabo disparates es aliciente—en los aborregados--para replicarlos en sí.

El cuidado y acicalamiento del cuerpo ha entregado maravillas a lo largo de los siglos. Los atuendos y joyas, el uso cromático y las combinaciones contrastadas o afines han sacado partido a la belleza y a los rasgos genuinos de las personas. Pero tales artilugios y conocimientos de estética aplicada, con ser variados, contribuyen siempre a resaltar lo existente. A resaltar, no a agredir.

Así como el erotismo—creación de un clima íntimo más elaborado que la mera funcionalidad genital—reconoce la herencia recibida de lo creativo y depura el gusto chabacano; la moda deja de ser tal cuando aspira a negar, con fealdad o perjuicio, el cuerpo sobre el cual se implanta provisionalmente. Moda y erotismo poseen muchísimo de invención, de gracia, de juego subliminal.

Cuesta imaginar solvente—como no sea debido a una compulsión—esta conducta del tatuaje en que parece esconderse tanta gente. ¿Es una manera de registrar la presencia del mundo en la propia piel, porque antes se acepta ser muro ambulante?

Sí; existe una variedad innumerable de gustos y de predilecciones. Y de tal manera se exhiben, unos y otras, que no hay manera de contener—tampoco de asimilar—en nosotros, el mamarracho invasor de lo superfluo. Hay gustos que anulan toda buena disposición, pues sólo fomentan repugnancia y disgusto.

“La Prensa”, Región del Maule, 25-II-2021.

Se le pega el disco

Así se decía de alguien repetitivo, previsible hasta el extremo: se le pega el disco. El disco de que podemos valernos en el presente se refiere al mecanismo del computador, que se empecina, a veces, en no abrir las aplicaciones. Nadie queda fuera de esa situación en el caso del habla. Comparece un arsenal de vocablos y dichos reiterados que sobrepasa las fronteras de cualquier bien entrenada paciencia. Para ejemplo, algunos botones.

Partamos “dando señales en la dirección correcta”. La buena intención inicial se trasformó en un lugar común de esos que terminan por decir nada apenas se desmontan sus componentes. ¿Sabe, usted, cuál es la dirección correcta?

Ni pensar cuando escuchamos los informativos—de radio o de televisión—y nos enteramos, que el delincuente, protagonista de una reciente fechoría, posee “antecedentes previos”. Es raro, porque a todas luces los antecedentes son inevitablemente previos a la comisión de un hecho. Antecedente, esto es, antecede a una acción.

Renunciar a un puesto de trabajo o a la participación en un programa de cualquier índole, no es renunciar, no es restarse de lo emprendido, según el uso majadero, sino una representación espacial que quiere ser generosa: “Dar un paso al costado”.

En muchísimas ocasiones, el hablante necesita manifestar que alguien, algo o un hecho le han sorprendido de una forma u otra. Como ese hablante—al parecer es querendón de alguna mascota que ladra—entonces la imita—quiero suponer con cariño—y, con solemnidad gesticulante, culmina su relato diciendo: ¡Guau!

Notable. ¡En tan poco cabe la perplejidad o la admiración!

Teniendo en cuenta que los noticiarios cotidianos suelen parecerse a los cines rotativos de otrora, las noticias seleccionadas son, en su mayoría, las mismas del día anterior, en nada diferentes a las de mañana. Después de los balazos, violencias y huidas de los malandrines, es inevitable escuchar que se “dieron a la fuga”. En nuestro país nadie huye o arranca: únicamente “se da a la fuga”, esto es, se entrega a ella.

No piense que esta culminación informativa es todo. No se desanime. Falta todavía algo más de lo mal dicho. En el caso afortunado del prendimiento de los delincuentes, éstos arriesgan “diez años de cárcel”, por ejemplo. O sea, lo arriesgado por ellos—según se nos dice-- no es la libertad de que gozaban, sino el lapso de la condena que a que estarán sometidos.

Debido a imposiciones de la era tecnológica, en Chile nadie vigila, observa, registra, etc..., sino que todo queda resuelto a través de un intermediario: el monitor. Por eso mismo, el comportamiento de las personas, animales y cosas son monitoreadas. Todo se mira a través de una pantalla reproductora.

Para su tranquilidad, le aseguro que estos y otros casos idiomáticos son de uso “transversal” en la sociedad.

Estamos tiquitaca.

“La Prensa”, Región del Maule, 14-I-2021.

Chile a pesar de todo

La democracia es posible en tanto cuanto se la cuida y perfecciona. Por estos días es manifiesta la pretensión de desestabilizarla mediante un continuo ataque a la convivencia normal de la gente. ¿Está obligada la sociedad a soportar, indefinidamente, a los delincuentes organizados y a someterse, con resignación, a sus afanes destructores? ¿Por qué gozan de derechos en contra de los demás? ¿Tolerarlos es una obligación o una derrota? ¿En nombre de cuál principio, idea o noción el sistema democrático queda dispuesto a abandonar normas de convivencia razonables?

Una democracia blandengue termina por claudicar ante dos extremos posibles: el vandalismo anárquico o la represión militarizada. Tenemos bastantes ejemplos en nuestra historia de cómo se termina por normalizar aquello que está reñido absolutamente con una racionalidad necesaria con qué afrontar los problemas.

Hoy padecemos—no el reclamo justo de gran parte de la ciudadanía, en la que me incluyo--, sino los frutos envenenados de la demencia de unos cuantos. En vano los noticieros atenúan los desastres a través de su palabrería inocua, al mismo tiempo que repiten, incesantemente, imágenes que desmienten las pálidas calificaciones para con los desmanes.

¿Cuánto de la inconducta se debe al uso y abuso de la droga? El tercer Chile, dirigido por grandes mafias de narcos, que controlan territorios más o menos extensos en poblaciones, está involucrado en el arrasamiento cívico. También el anarquismo hace mucho que vocea consignas hostiles acerca de la institucionalidad. Fuerza es reconocer que nuestra democracia tiene responsabilidad en su propia anemia perniciosa. Escandalosos casos de corrupción han erosionado la confianza social, sobre todo la de los jóvenes.

Un motivo de tanta destrucción lo encontramos, además, en el vacío espiritual de generaciones que crecieron creyendo que satisfacer deseos era la única medida y soporte de la existencia.

Hace algunos años se viralizó un mensaje cuyo anuncio alertaba: “Dijimos que estaba bien”, seguido de varios ejemplos de desnutrición formativa aceptados por la mayoría de nosotros. Cuidado: el tobogán depara un deslizamiento sin esfuerzo; pero es imposible dejar de caer luego de impulsarse.

La sensatez y la necesidad serán nuestros baluartes. Que despierte el alma de Chile en vínculos afectivos, sentido de pertenencia, ejemplos de creatividad; pero sin farándula, violentismo y venalidad. Algo más: Sin compromiso personal, ninguna buena intención fructifica.

“La Prensa”, Región del Maule, 14-XI-2019.

Carta a los convencionales

Me dirijo a ustedes expectante. Tengo presente la enormidad de la tarea a la que están abocados, de cuyos frutos conoceremos al cumplirse un año de su trabajo. Es mucho tiempo para quienes esperan; es muy breve para quienes, como ustedes, se esmeran en ofrecer un texto de nueva Constitución.

Han recibido, por votación pública y libre, el importante encargo de proponer una nueva Carta de ruta. Aguardamos de ello una proposición fundamentada, con buen espíritu y conocimiento de las proyecciones que obrará en la gente. Como siempre, debe entenderse que el resultado será perfectible, porque a nadie le es dado saberlo todo, preverlo todo, satisfacerlo todo.

La realidad es desafiante e intrincada. Nada valioso se lleva a cabo si no son reconocidos los factores que integran una historia maltrecha, pero con muchos aciertos, también. Que la consciencia presente que nos reúne y llama, indique tanto por hacer y por enmendar, mucho por iniciar y por concebir, no es motivo de desdeñar el valor de la actitud con que se emprenda la nueva etapa. Porque ni Chile alcanzó una versión impecable hasta ahora, ni tampoco el porvenir convertirá a nuestro país en “copia feliz del Edén”.

Que el sueño de un país más justo, más creativo, más honesto y solidario no signifique olvidar sólidos valores como es el respeto a la vida, el conocimiento y acogida de otros, la amplitud de una tierra, así como la creatividad y los vínculos humanos. Para hacerlo, es indispensable y urgente una actitud de sensatez y de entusiasmo ante la enorme posibilidad de mejor convivir en la Nación que forjamos.

¿Construir sobre roca o encima de la arena? Si lo primero, nuestro país dispondrá de solidez y su trayectoria cotidiana gozará de proyección; si lo segundo, es fácil prever su fragilidad con las consecuencias de dolor, de absurdo, de disgusto contagioso.

Su trabajo y expresión se manifiestan en lengua castellana--enriquecida de otras—a partir de la cual es inaplazable clarificar las nociones de esto y de aquello con tal de compartir significados y alcances. Que todos entiendan lo que dicen y se dicen, y que lo manifiesten con propósito de encuentro. Incluso la turbiedad y lo confuso urge de expresión clara. Es necesario saber de lo que se quiere, saber de lo que se hace y saber de lo posible no menos que de lo imposible.

Que el ánimo y la disposición se unten del espíritu de Pentecostés—varias lenguas y los mismos significados—y no de la arrogancia exhibida en la construcción de la torre de Babel—el mismo idioma sin posibilidades de entendimiento mutuo.

La totalidad una y diversa que es una Nación se reconoce en la memoria, el afecto, las luchas, las cualidades, los desajustes y defectos profundos, los paisajes, los aromas, las costumbres y tanto más que conforma un fondo espiritual que manifestamos, de un modo o de otro, en la convivencia cotidiana y en el rito personal de hablarnos a solas y de comunicarnos.

Como sabemos, la ciudadanía posee algunas características compartidas por todos. Es bueno tenerlo presente: A nadie le es dado saltar fuera de su sombra. Somos humanos; siempre demasiado humanos.

“La Prensa”, Región del Maule, 22-VII-2021.

Reprobables ingenios

Desde que el mundo se fue organizando en sociedad y requirió de algunas personas que ejercieran labores públicas, se ha visto cumplir con puntualidad nada tímida la arrogancia de creer desmesuradamente en la propia importancia—es el caso de algunos funcionarios--; a otros no les ha faltado exhibir falta de límites, porque una nebulosa se apodera de ellos y les hace confundirse entre los bienes propios y los ajenos. Nada de que, “en la duda, abstente”. Por ningún motivo, parecen concebir algo de cautela. Por el contrario, el lema es “échale p’adelante”.

No nos equivoquemos. Son muchos más los funcionarios probos. Lamentablemente, no hacen noticia. En una “civilización del espectáculo”, como calificara la nuestra Mario Vargas Llosa, los correctos y laboriosos no son regaloneados por los medios, ni tampoco en las redes sociales. Son fomes.

En cambio, “los servidores de los servidores” se las ingenian y falsifican documentos, llevan cuentas truchas, “trabajan en equipo” --la mayoría de las veces--, y se dan en comprar costosos relojes, cambian de vehículo, mandan construir casas de veraneo, cuando no viajan a costa del fisco, es decir, de los contribuyentes.

¿Y qué me dicen de los falsos profesionales, esos que cuelgan en la pared de sus consultas y bufetes, diplomas bien aderezados de mentiras y supuestos respaldos académicos?

Somos lábiles a los contagios y a las falsedades. Caemos fácilmente en el ardid de ilusorias promesas. “El cuento del tío”, “Pepito paga doble”, las ofertas por miles en la red, las

empresas de papel que prometen altos réditos y pronta satisfacción al adquirir un terreno, un inmueble o algún otro producto, dejan bien parada la malicia de los ingenios, a todo lo cual debe agregarse la destreza de los delincuentes cibernéticos.

Los otros, aquellos especialmente violentos, los de las encerronas, hacen alarde de su prepotencia. Siempre nerviosos, encolerizados, son esclavos de alguna droga. Carecen de cualquier aproximación de mínima simpatía.

En otro orden de situaciones, abundan los políticos muy prestos a ejercer oficio de maquilladores. Desde los tiempos más remotos comprobamos la escasez de candidatos que emprendan un mea culpa. Pero los hay; a no desesperar.

Hasta hace algunas décadas, cuando Chile practicaba el buen humor, los perdedores de las apuestas políticas—en los días siguientes de las elecciones—solían dirigirse a una fuente de agua y se sumergían vestidos; o se paseaban con algún atuendo en un lugar previamente anunciado, mientras despertaban la hilaridad de los transeúntes y de los ganadores.

Ahora todo es más ácido. Sería deseable que las cruces de los votos no signifiquen para el electorado, un nuevo peso por cargar.

“La Prensa”, Región del Maule, 20-V-2021.

¿Son culpables los monumentos?

Cada cierto tiempo, algunos individuos de nuestra especie muéstranse desbordados por un exceso de ira, y descargan su descontento y su clamor reivindicativo en contra de presencias “simbólicas”, como lo pueden ser un edificio o un monumento.

Al carácter básico y primitivo de tal conducta le son inherentes la irracionalidad y la ignominia. La sobreabundancia de la primera es causa directa de la segunda. La irracionalidad es siempre desmesurada, está gobernada por la ceguera brutal y el desenfoque de los medios de lucha. En cuanto a la ignominia, esto es, denostar, humillar, ofender, tampoco conoce de límites. Abarca todas las dimensiones: la pública, la simbólica, la patrimonial, la cívica y la religiosa, también.

Las reservas de barbarie están muy activas en la humanidad.

Lo dicho no es indiferente, ni lo debería respaldar nadie. Nuestro país es, también, una nación. Esto significa que compartimos no solamente límites geográficos, sino hondos significados y referentes. Así como una familia está constituida de integrantes, no es menos cierto que a éstos los reúne una memoria, un afecto, en medio de una trama de obstáculos por vencer y metas por

alcanzar. La inmediatez a que debemos responder no anula el aporte y significado de quienes nos han antecedido. Sería una torpeza incalificable que destruyéramos las fotografías de los abuelos porque sufriríamos contratiempos y graves frustraciones en la actualidad.

Luchar por un mundo mejor es una buena razón para vivir; arrasar con el patrimonio significa inferir una ofensa a la memoria colectiva, y esa memoria no es abstracta; camina en personas concretas; éstas son integrantes indesmentibles de lo que llamamos patria.

La agresión al monumento del general Manuel Baquedano, por ejemplo, revela un furor descontrolado, ignorancia suma y desproporción irracional. Con sólo proyectar tal inconducta a otros sitios del país estaremos en condiciones de imaginar un desastre completo. Chile podría convertirse en un sitio eriazos. Es lo que algunos “ilustrados” pretenden validar. Según ellos, nuestra historia no es más que hechos de sangre, abuso y torcidas intenciones. Por consiguiente, el pasado es un error y un horror. ¡Fuego sobre él!

Por supuesto, es preciso revisar, denunciar, corregir y castigar los delitos de quien fuere. Pero, suponer que la vida personal y comunitaria emergerá, más justa y deseable, a punta de violencia inconducente, implica una gravísima confusión de quienes se arrogan un “derecho” arbitrario, lisiado en su base, que empuja el maltrecho caminar hacia un despeñadero, cuya más segura consecuencia es el aumento de los males que cunden a ritmo de necesidades verdaderas y de pandemia.

Los monumentos no son el problema. Tampoco los templos, las municipalidades ni las obras de arte. El asunto radica en lo no hecho y en lo mal hecho. Jamás de la ruina voluntaria podrá crecer ni siquiera una pálida “copia feliz del Edén”.

“La Prensa”, Región del Maule, 18-III-2021.

Un poco de buen humor

Reír de sí: una de las manifestaciones más inteligentes que pueden ser emprendidas por el individuo y la sociedad. El solo hecho de tomar distancia y de verse en perspectiva es un gesto de lucidez. Verse por dentro en la propia reacción y agregar una manera de decirlo. Así lo ha entendido, desde siempre, el chileno. Ha visto echado a pique sus embarcaciones, resquebrajada su casa, amén de los numerosos motivos de derrota circunstancial le han puesto en el límite de sus fuerzas.

Diríase que el buen humor, en situaciones como la que nos abruma, es un volver a sí después de la borrasca o mientras se la padece. Manera risible de contraponer a la contundencia de la gravedad, un respingo de burla y de exorcismo.

Nada mejor que enterarse de los refranes y dichos que, mediante la alquimia del ingenio, remozan varios de los tan vivos y conocidos de todos, y se nos allegan con el alivio de la sonrisa y la sorpresa admirativa de comprobar que el espíritu es capaz de sobrellevar las adversidades. Toda una actitud. Vuelta de tuerca.

“Más vale mascarilla en boca que toser a la loca”, “A Dios rogando y en tu casa orando”, “Bendita cuarentena, que a ninguno nos llena”, “A papel higiénico regalado no se le mira la marca”, “Más vale estornudo controlado que cien virus volando”.

Cuando la alegría o la congoja dan con nosotros, el idioma responde, se ensancha o se prolonga como un acto transformador de lo categórico. Por muy escuetos e imperativos, los datos dejan un flanco que el alma enfrenta con finta soberana. Como quien dijera: no eres tú sino yo quien dispone de la última palabra.

“Todos los caminos llevan al refrigerador”, “Más vale viejito encerrado, que pronto enterrado”, “Si la gripe suena, ponte en cuarentena”, “Al mal tiempo, buena casa”.

Se trata de un recurso que desborda cualquier estadística y alarma. Por feo o inamistoso que pudiere ser el porrazo o la inclemencia de los episodios, queda dispuesta la posibilidad de decir no, de poner las cosas en su lugar y de sazonarlas a punta de especias incontaminadas. Así sucede con este refranero en desarrollo, como dirían los periodistas.

Que nadie suponga vencido el recurso de la palabra, prueba de dones superiores. El chileno no dejará jamás una historia sin nombrar o un silencio despojado de inteligencia. Dentro de sus observaciones está alojado y vivo el vigor de quien ha aprendido que se nos mueve el piso, que el mar hace de las suyas y que la lluvia, el viento o la sequía son vecinos que refunfuñan con ira y ponen mala cara, tantas veces.

Esa provisionalidad de la existencia es, tal vez, uno de los motivos que nos lleva a cierto relajo en lo cotidiano. Vaya uno a saberlo. Lo cierto es que:

“Aunque la mona se vista de seda, en casa se queda”, “No por mucho madrugar vas a salir a callejear”, “Caras vemos, Covid-19 positivo asintomático no sabemos”.

“La Prensa”, Región del Maule, 25-VI-2020.

Vea, escuche y compruebe

Lo digo de inmediato: la necesidad y aspiración de mejorar la sociedad a partir de leyes, de usos y de enfoques que representen con mayor justicia a quienes habitamos y compartimos este país, posee indudables méritos y urgencias.

Llevarlo a cabo exige tener presentes muchas falencias de Chile: diagnósticos, testimonios, expresiones, encaminan ese propósito. Pero no puede estar ausente la racionalidad en aquello que se pretende lograr. La mera emoción alterada—tan evidente en calles y eslóganes, sobre todo en la destrucción sistemática de lo público y de lo privado—en sí misma exhibe una falla de base, a la que ninguna atenuación puede eximir de gravedad.

¿Cuáles son los respaldos de quienes profesan la agresiva demencia en contra de todo? A no dudar, aquéllos están invadidos de miseria. Pero no se trata de condiciones precarias para justificar cualquier conducta. Si así fuere, cada uno dispondría del derecho de realizar lo que se le viniera en ganas. Tampoco es justificación el mal proceder de otros. No. Las culpas de unos nunca blanquean las culpas de otros.

Una democracia—imperfecta por esencia—admite de entrada la existencia de diferentes razones para entender e implementar políticas en la sociedad, siempre y cuando unas y otras conserven esa racionalidad indispensable de aceptar que los demás no sobran. Algo más: es preciso alimentar el trabajo y los vínculos a base de valores, es decir, de significados que sobrepasen la tincada, el ánimo o la arbitrariedad.

Que nadie suponga el advenimiento de una nueva época ni una sociedad amanecida, porque se mejora o cambia un documento constitucional. Esa legítima ocupación hace parte de un tramado mayor: la convivencia y el sentido de la vida en un país más equitativo, más sólido en su conducta, más perseverante y respetuoso.

La larga fractura de esta época radica, en buena medida, en el vaciamiento de los significados. La obsesión consumista, la complacencia y el todo vale han promovido la carencia de escrúpulos y la permeabilidad de las personas respecto del influjo seductor que, sobre ellas, ejercen el fácil hedonismo y la autorreferencia ególatra: escarapelas para quienes asisten a una gran feria de vanidades.

Un país habitado de personas capaces y valiosas—nuestra historia lo demuestra en todos los aspectos-- si pretende una versión más justa y creativa de sí, no debería eludir la propia responsabilidad en la solución pretendida, pues ésta tiene arte y parte en lo que atañe a hoy y al futuro concebible.

Alguna vez alguien se percató de la enorme diferencia de actitud que media, entre los que siembran cantando y quienes lo hacen rezongando. La sencillez del aserto no elimina una pregunta: ¿A cuál de estas actitudes adhiere usted para mejorar nuestro tiempo?

“La Prensa”, Región del Maule, 19-III-2020.

Vísperas y decisiones

Con frecuencia, cada cierto lapso, nos sobrecoge la sensación de vivir una crisis decadente. La disconformidad nacida a raíz de los desbarajustes, de las injusticias, de los escándalos se colma y esparce, a diestra y a siniestra, su furor. Entonces, como si fuéramos sorprendidos por una tormenta, quedamos perplejos hasta que nos suponemos conocedores de las causas y del estropicio que creemos identificar.

La ruptura provocada por el desborde aviva un afán de hallar salida aliviadora. El malestar anega el ánimo, la racionalidad queda cautiva de voluntarismo sobreabundante de eslóganes, de acusaciones, de facilismos explicativos y, por consiguiente, de la palabrería que arrastra turbiedad y confusión. Adonde se mire parece alzarse una realidad sospechosa, precaria, reducida a buenos y malos absolutos.

Los diagnósticos malhumorados tienen un séquito de recetarios simplones. Como por un acto de hechicería, brotan sus intérpretes, tan obvios en sus relatos como abundosos de ofertas. Cifras, siglas y autorreferencias colaboran a ensanchar el edema fantasioso. ¿Para qué más?, parece aceptar la voz pública alentada por los medios masivos, junto a la réplica de las redes sociales.

Compareceremos ante una toma de decisiones en breve. Las ofertas de los candidatos parecen no conformar a muchos electores. Se empantana el raciocinio en una retahíla de aviesas intenciones; nos hallamos carentes de esa unidad fundamental de qué hacer y de cómo implementarlo. La facilidad de declarar algunos contenidos y enmiendas no se enlaza con la elaboración de un proceso que conduzca a afrontar una política que dé confianza. En general, los discursos se inclinan a sectores más o menos específicos como si el país fuera una acumulación de fragmentos.

En acuerdo de la mayoría de las numerosas opiniones de los votantes, se infiere que la población tampoco cuenta con un convencimiento de pertenecer a una Polis como no sea la inmediatez. Se esperan soluciones rápidas y eficientes, pero olvidamos que la sanidad social exige,

también, de una disposición y de una conducta sólida desde uno mismo. Quien desee vivir un mejor Chile no debería omitir el concurso de su tarea personal responsable y solidaria.

Cuanto ha sucedido durante estos últimos años no es la causa de todos los problemas existentes, aunque es indiscutible que los ha agravado en demasía. La crisis es pandémica. Compromete a todos y en todo. Por eso mismo, el factor humano es decisivo de tener en cuenta si queremos salvarnos del encierro vicioso que nos atrapa y desorienta.

Aconsejable sería mantener ideales con los ojos abiertos. Los remedios posibles serán más benéficos que cualquier reduccionismo estático o explicativo. Quizás si reubicando a los jugadores con que contamos, en la cancha, y emprendiendo una nueva táctica, se forjará una ruta adecuada para conseguir un mejor resultado.

Algo está claro: No partimos de cero ni estamos obligados a repetir lo mismo.

“La Prensa”, Región del Maule, 19-XI- 2021.

¿Y la racionalidad?

Una observación de la conducta asevera: “La historia no se repite, pero rima”. Aquella nos advierte de ciertas recurrencias de la vida social. Cada cierto lapso, los seres humanos sucumbimos a algunas ilusiones. Una muy destacada: la superstición de arrogarse la facultad de descubrir los caminos de tierra o la humedad del agua. Así sucede con los afanes fundacionales, cuando éstos son guiados por los deseos, únicamente, sin miramiento alguno al sentido común que tiene base en el saber de lo humano.

Podemos observar las estrellas, emprender largas travesías, hurgar en lo microscópico. Todo eso y mucho más reditúa beneficios en el conocimiento y fomento de lo vivo. Pero ello adviene como efecto de una armonía—siempre perfectible—de quienes somos.

Dos actitudes extremas quieren persuadirnos de estar en posesión de la Verdad absoluta en aquello que, no sólo es heterogéneo, sino también materia de búsqueda, como lo es la organización de la sociedad. Esas actitudes corresponden a los inmovilistas y a los ultras revolucionarios. Unos pretenden hacer de lo cambiante fijación petrificada; los otros, imponer eslóganes en contra de la realidad.

La democracia es un ejercicio permanente de aceptar la existencia de otro distinto, a condición de comprender que las discrepancias conocen de límite y lo que se discute es materia y búsqueda de mejoría. Por lo tanto, demócrata es toda persona que, junto con compartir una historia, un suelo, una

identidad humana y nacional en movimiento, un conjunto de experiencias fundamentales en el espíritu tiene presente que, el otro, posee tanto derecho y motivo, como los propios, a existir y a conformar la trama de la sociedad. Por eso mismo, es posible decir en nuestro caso: somos todos chilenos.

Junto al sentimiento, que nos vincula y libra de embutir lo humano en un yo asfixiante, la racionalidad cumple el papel de discernir, de examinar la valía de los factores constituyentes de nuestra condición inmediata y de proyectar las eventuales consecuencias que tendrá el modo con que la encaremos.

Los deseos humanos son ilimitados; los bienes para satisfacerlos, muchos menos. Un extremo peligro consiste en identificar los deseos con lo necesario, sostenible y benéfico. Si la conducta quedare sometida completamente a los deseos, los perjuicios y descalabros se precipitarían sin más sobre todos. ¿No es este desequilibrio lo que vemos en Chile y en el mundo?

La genuina racionalidad siempre pone los pies en la tierra y los ojos en el vasto horizonte. Hacerlo es adoptar una conducta comedida, abierta a lo perfectible, a considerar lo diverso, pero desde la unidad fundamental. En este caso, nuestro país. La fragmentación o atomización social tiende a lo inarticulado. Un ejemplo: Quienes gustan del fútbol distinguen cuando existe un equipo con patrón de juego y cuando se está ante un plantel de figuras más o menos destacadas, pero carentes de sentido colectivo.

Recordemos: “A nadie le es dado saltar fuera de su sombra”, nos dice un proverbio. Es este un aconsejable comienzo para encaminar con buen sentido el porvenir.

La Prensa, Región del Maule, 18-VIII-2022.

V. A veces me pregunto

¿Cuáles son sus nombres?

Parece una pregunta inútil. Y lo sería si la variedad fuera tímida, con relación a los modos de mentarnos. Apenas nacer y ya nuestros nombres de pila son abreviados o se los cambia por otros más familiares. Marcela es Marce; Claudia es Clau, Ximena es Xime y Francisca es Fran. No más lejos, Antonio es Toño, Fernando es Feña y Luis es Lucho.

Lejos de agotar esta metamorfosis, los sobrenombres hacen de las suyas. A veces son una fiesta de ingenio; en otras, saetas cuya intención es zaherir. Un ejemplo célebre: José Bonaparte fue rebautizado Pepe botella, por el pueblo español.

¿Y qué decir de los apodos, de cuyo explosivo cariño hacen gala los enamorados? Apenas si falta escudriñar en asignaciones orales y en escritos, porque cierto recuerdo animalesco o la primacía de algún rasgo muestran su desplante sin timidez, aunque provengan de pasiones primerizas.

“Mi perrita”, es uno posible, aunque los más resueltos admiradores de los felinos prefieren: “Mi gatita”. O bien, cuando se regala a la pareja con festejo de envergadura, escuchamos un conmovedor: “Chanchi”. ¡Cuánto cariño animalizado en estos requiebros!

Las semejanzas físicas con personas públicas hacen su agosto. Si alguien ostenta fisonomía próxima a la de algún famoso, no pasará inadvertido. ¡Ay de quien se parezca a un feo! Ni la mismísima madre podrá protegerlo de la asignación y referencia antiestética con que se le singulariza.

Por desdicha se explota burlescamente otra cantera: los defectos físicos. Entonces el humor se refocila en la desgracia y la crueldad camina por sendas odiosas.

También hay espacio para apelaciones enaltecedoras. Alguien puede merecer el título de “emperatriz”, “reina”, “princesa” o serle asignado otro blasón.

Los nombres obedecen a circunstancias y a los flancos ofrecidos a la atención y ocurrencia ajenas. A lo largo de los años podemos convertirnos en curiosidad, rareza, énfasis de características personales, alto linaje o en mascota. ¡Tanta variedad cabe en uno! Disponemos de un patrimonio que los demás acrecientan. Las pruebas están a la vista. Sospecho que Aristóteles vería en esto una confirmación de su aserto: *“El hombre es un animal social”*.

“La Prensa”, Región del Maule, 2-I-2014.

¿Sabiduría o necedad?

Si existe alguna oposición entre dos actitudes que pueden ser observadas por doquier, la correspondiente a la pregunta del título es una de las más evidentes. Sin embargo, solemos confundirlas en nuestra conducta. Cuando más sensatos o equilibrados nos pretendemos, no falta alguna alarma que denuncia nuestros yerros de bulto.

La sabiduría es el descubrimiento de lo esencial, con sencillez de espíritu. Completamente ajena de toda ínfula y de pretensiones altisonantes, el saber es la experiencia del sabor de realidades verdaderas. Se nutre de lo vivo; cuenta con una disposición, que es búsqueda y hallazgo de lo perdurable y de lo auténtico. He ahí el motivo de que se diga: “Esto me sabe a...”. Porque saborear es untarse de algo por medio de un conocimiento—no de mera información—, y de gustar la esencia, el zumo de un fruto cuando le es arrancada la cáscara.

Realista y generosa, la sabiduría emerge de una relación animada con cuanto late bajo el sol. Sobre todo, se vincula a lo humano y de ese abierto trato cosecha lucidez, hondura, llaneza y capacidad vincular, las que manifiesta con máximas, sentencias y observaciones. La sabiduría da en el clavo.

Síntesis por excelencia, el saber puede domiciliarse, también, en los labios de un niño o de una persona indocta. Su brevedad elocuente corre pareja de la inteligencia alada del espíritu. Es tan intuitiva como natural su desplante en palabras acogedoras de imágenes que despiertan familiaridad comprensiva.

Del lado opuesto a la sabiduría, comparece la necedad. Muéstrase en la desfachatez de asignar a un modo de comportamiento rutinario y de corto alcance rasgos de desprevenición y de insensatez como si éstos la pusieran a cubierto de peligros, eximida de toda fragilidad existencial.

Los evangelios relatan varias historias que ilustran conductas como las descritas. Una de ellas es la parábola de aquel hombre que reunió riquezas y dijo: “Alma, tienes bienes almacenados para muchos años; descansa, come, bebe, regálate”. A ese hombre, que la opinión común llamaría exitoso, se le moteja de necio. “Esta misma noche te pedirán el alma. Y todo lo que has acumulado, ¿para quién será?” (Lc.12, 19-20).

La necedad es ofuscación del entendimiento, cuya consecuencia inevitable consiste en caer en la celada del propio engaño. El necio es presuntuoso, por lo mismo se arroga un poder y una seguridad de los que está desprovisto. Cree ostentar dominio sobre lo cual carece de soberanía.

El insensato juega a prorrogar los plazos que le han sido prestados. Jamás admite que el tiempo termina en cada uno. Sus destrezas no alcanzan a conferir sostenimiento a su existencia. El narcisismo que soberanea en él le impulsa a conducirse con temeridad y acaba por apretarse los dedos en la puerta.

Si la sabiduría posee ojos y ve; la necedad utiliza lentes de aumento con la vista vendada.

“La Prensa”, Región del Maule, 27-V-2021.

Navidad: ¿despertar o codicia?

De cada año, pareciera nacer y morir el tiempo. En abono de lo dicho, las festividades y efemérides vuelven por sus fueros. El calendario del ánimo y del bolsillo experimenta una renovada disposición a manifestarse dadivoso, coincidente con los nuevos productos venteados por la publicidad y el comercio. Las “novedades” de temporada consisten en mercaderías de moda, provistas de supuestos “poderes” o regalías para quienes las adquieran. Lo demás se resume en ofertas de pago y en la promesa implícita de que se alcanzará felicidad a poco de materializar la compra.

¡Todo muy fácil!

Pudiere ser que Navidad rebasare la costumbre de identificarla con las compras. Ser émulo del viejo Pascuero—especialmente cuando existe endeudamiento excesivo—no corresponde a una práctica aconsejable; cuando menos, podría revisarse tal conducta y maliciar de la pulsión que supone echar la casa por la ventana, multiplicando paquetes y deudas.

¿Qué tal si se admite el significado más auténtico de la fiesta? ¿Cabría relacionarla con el nacimiento del Verbo encarnado?

Navidad es el cumpleaños de Jesús. ¿Imposible recordarlo? El festejado es Él. Pero se trata de una fiesta a la que estamos invitados creyentes y personas de buena voluntad. Tomando en cuenta que Jesús, hijo de María, es la Buena Noticia de que Dios salva del absurdo, de la egolatría y de la muerte a sus criaturas y subraya el amor como el gran motivo de conducta habido para lo viviente y para sí mismo, resulta deseable que se prodiguen gestos, palabras y hechos con ese propósito. No estará demás ofrecer a otros un pequeño presente, en tanto que signo fraterno. Pero, en ningún caso, la demasía de asuntos onerosos coincidirá con Quien naciera pobre, ni menos todavía con la gran ocurrencia tenida por Dios en la encarnación de su Hijo.

Nacer, abrir la vida, transformar el erial de la cerrazón e indiferencia en atenta disponibilidad, corresponde al espíritu navideño, porque el Señor llama con tal de que despierte el alma y cada uno se reconozca criatura vinculada a sus semejantes y a la Creación entera, y, así, lo próximo y lo lejano, sean vistos con una actitud que brinde la oportunidad de empezar otra vez, a contar de ahora mismo.

¿No será mejor abrir el corazón que codiciar muchos regalos?

¡Feliz Navidad!

“La Prensa”, Región del Maule, 19-XII-2013.

¿De qué nos nutrimos?

Se han puesto de moda la catástrofe, la publicitada tontería y lo vulgar. Más que apertura de mundo, el ambiente semeja un encierro que amenaza repetirse en cada jornada. Nada de esto corresponde a una temporada en el infierno, como la escrita por Rimbaud, aunque noticieros y programas de televisión parecen solazarse en lo escabroso y en lo insignificante. En cierta forma, no pueden sino acoger los desastres producidos por doquier. Pero resulta sospechosa la unilateralidad con que es abrumada la atención de los televidentes.

Todo indica que una noción muy restringida de lo que es noticia y de lo que es humano-- identificados casi exclusivamente con lo negativo--, campea sin contrapeso en el criterio de quienes seleccionan los hechos para difundirlos.

A veces, los mismos medios realizan interesantes reportajes acerca de personas e instituciones que, con ejemplar constancia, emprenden tareas en beneficio de la vida. Sin embargo, sus emisiones cotidianas se inclinan por contenidos despeñados de lo positivo. El silencio es el vertedero que se dispensa a lo enaltecedor.

Pero una dieta de tan mala calidad no acaba en lo anterior. ¿Qué le parece la sobreabundancia de hipnotizados por el teléfono móvil? No se extrañe si experimenta la sensación de asistir a la puesta en escena del mejor Ionesco, o de algunas novelas de Orwell, Huxley y Bradbury. Si calculamos el tiempo hechizado al que miles de personas entregan sus manos, ojos y cerebros, inexorablemente se alzaría una pregunta inquietante: ¿puede avizorarse un horizonte de interioridades despiertas, condición indispensable para establecer actos comunicativos con alguien dentro?

Más que convivir, se coexiste. Nadie puede imaginar un mundo cotidiano sin la presencia de los esclavos técnicos, como diría C. V. Gheorghiu. Tampoco se quiere negar, aquí, la utilidad que prestan. No se trata de hablar a gritos ni de enviar señales de humo. Pero la evidencia que depara esta confiscación de la soberanía humana es inquietante.

Tengo la certeza de que transitamos una época deseosa de abotagarse con espacios virtuales, por miedo a lo creado. No importa si algo sucede, lo que sí adquiere patente de respetabilidad es el encapsulamiento de la vida, reproducido para y por miles de usuarios tecnológicos. Si algo dicho, en algún momento, es verdadero, bello o bueno, ¿qué significan estas palabras en un mundo de utilitarismo y ramplonería? Todo resulta ser un asunto baladí.

Las muletas quieren suplantarse el camino y el caminante. Existen casos de gente próxima en una casa y hasta en una misma mesa, que encienden sus móviles para hablarse.

¿Usa usted de los artefactos o los ha convertido en sus ídolos?

¿De qué nos nutrimos cotidianamente?

“La Prensa”, Región del Maule, 7-VIII-2013.

¿Dónde el tiempo?

Parece de agua; viento parece. Lo queremos atrapar, detener, otra vez echarlo a caminar; pero se niega a las manos de la voluntad. Es muy pronto y ya es huido. Estoy por creer que no tiene substancia y, sin embargo, son visibles sus bienvenidas recompensas y sus desgastes forajidos. “*Ayer florecía./ Hoy se marchita*”, dice un poema otomí.

¿Regresa el tiempo? No. Son las fechas viajeras aquellas marcas indelebles que dejan su propia constancia, al reiterarse. Somos nosotros el tiempo de una duración frágil por efímera y, en cualquier oportunidad, puede salirse con la suya la cifra completa. “*Es un soplo la vida*”, entona un famoso tango.

Para celebrar el inicio de un nuevo lapso, brindamos y nos abrazamos. Los buenos deseos de ventura personal que nos ofrecemos representan un armisticio en el fragor de las contiendas de cada jornada. Algo de ilusión y de pasividad revelan los profanos ritos del Año Nuevo. Gustamos de creer que el “nuevo tiempo” traerá, por sí mismo, el regalo que nos satisfará.

Enero era presidido por el dios Jano, en Roma. Jano gozaba de la facultad de mirar, simultáneamente, lo pretérito y lo porvenir. Frontera delgada, el cambio de folio era y es una convención de reminiscencias y de nuevos propósitos reunidos con nostalgia y expectación. De maletas, calzones amarillos, lentejas y uvas echan mano, muchísimas personas, en el festejo de la contingencia.

En casi todo el mundo, la acrobacia de los fuegos artificiales es recreo y fascinación de ver. El chisporroteo y las explosiones hechiceras surcan el espacio y luego dibujan un mapa fulgurante que celebramos. Vistasas luminarias con apagamiento acelerado. ¿Asustarán a los malos espíritus o pondrán a raya las fuerzas negativas?

Al fin, ignoramos la clave de lo que es el tiempo. “*Nuestras vidas son los ríos/ que van a dar a la mar/ que es el morir*”, advirtió Jorge Manrique. La verdadera faz temporal sólo podemos mostrarla en los frutos crecidos del conocimiento de sí mismos y de la comprensión abarcadora de cuanto incluye la vida. En el brete de responder acerca de la entidad del tiempo, San Agustín aseveró: “*Si no me lo pregunto, lo sé; si me lo pregunto, ya no lo sé*”.

Importa menos delinear la silueta del tiempo que el proponerse enmiendas posibles de encarnar en lo sucesivo. Lo anterior no es óbice para desear a usted un buen año y le sea dable alcanzar lo necesario. Lo demás, sobra.

“La Prensa”, Región del Maule, 4-I-2018.

¿Razón o Fe?

Solemos concebir en calidad de antónimos actividades y talentos que suponemos irreconciliables. Si observamos lo humano, superficialmente, brotan incomprensiones tan ajenas de lo verdadero o de lo posible, como cuando son opuestas razón y fe.

Los testimonios de muchos científicos arrasan con ese prejuicio.

G. Marconi (1874-1937), inventor italiano de la telegrafía sin hilos y Premio Nobel en 1909, dijo: *“Lo declaro con orgullo: soy creyente. Creo en el poder de la oración, y creo, no sólo como católico, sino también como científico”*.

Si entendemos el ser humano como un ente plano, diremos sobre él algo torpe y raquítico. La razón es una facultad recibida, como lo son la memoria, la imaginación, la creatividad. Con la razón podemos preguntar, explicar y concluir a propósito de búsquedas, en alguna labor exploratoria. Aplicada a una materia—por amplia que ésta sea—el ejercicio reflexivo alcanza límites. Pero esa misma facultad racional puede extenderse a lo que llamamos misterio, primeras causas y propósito de la vida. Entre vislumbres y asombros, ella es capaz de reconocer la inmensidad inabarcable de lo que no sabe ni puede aclarar cabalmente. Santo Tomás de Aquino sostenía, empero, que a Dios podemos allegarnos por vía racional, también.

Cuando alguien contempla un paisaje no sólo distingue y clasifica fenómenos materiales: colores, especies, formas, distancias. Puede sobreponer al espacio que hay delante de sus ojos, una modificación o el imaginado desarrollo de alguna actividad. Pero el paisaje actúa, además, sobre quien lo contempla, pues despierta estados de ánimo, aliento asociativo, evocaciones, creatividad e, incluso, una experiencia de encuentro consigo.

Las facultades actúan de consuno en el ser humano, aunque predomine una u otra, de acuerdo con la clave interior de cada uno. He ahí una muestra de sensato proceder. En cambio, cuando se desarrolla una faceta, con exclusión de las demás, el individuo deviene monstruo.

La racionalidad puede brillar en beneficio de muchos. Fue el caso de Thomas Edison (1847-1931), inventor por excelencia—se calcula en 1200 los frutos de su ingenio—, quien no tuvo inconveniente en declarar: *“Mi máximo respeto y mi máxima admiración a todos los ingenieros, especialmente al mayor de todos: Dios”*.

Sin que adscribiera a una práctica religiosa determinada, Albert Einstein (1879-1955), aseveró: *“Todo aquel que está seriamente comprometido con el cultivo de la ciencia, llega a convencerse de que en todas las leyes del universo está manifiesto un espíritu infinitamente superior al hombre, y ante el cual, nosotros, como nuestros poderes, debemos sentirnos humildes”*.

La fe es apertura, confianza, aceptación de trascendencia. Para ella la vida antes se desoculta que se explica, pero no por eso renuncia a comprender. Por el contrario, de lo existente sabe un origen en la voluntad de Alguien. Motivo poderoso para descubrir un sentido y una confirmación de ser.

El papel de la razón es explicar; el de la fe, revelar. El racionalismo llegó a esculpir una estatua a la diosa razón; la superstición, a su turno, rebaja la fe a un actuar monstruoso. Distinguir entre dos aspectos, como son la fe y la razón, no es oponerlos, tal como el hígado y el corazón no son enemigos; se complementan en un mismo individuo

“La Prensa”, Región del Maule, 10-III-2016.

¿Existen los árboles en usted?

Hace muchos años, Salvador Reyes (1889-1970), Premio Nacional de Literatura 1967, denunció la enemistad del chileno respecto de los árboles. ¿Le faltaron motivos o quedó corto en su reclamo y denuncia?

Allí continúan, fuera de casa o en un patio, en espera de la lluvia; pero sin mezquinar la sombra cuando arrecia la canícula estival, o para guarecer a los caminantes sorprendidos por las inclemencias. Su generosa utilidad no mengua ante climas rigurosos. Suelen albergar el canto de las aves, regalan verdor que perece y renace, o propician la fiesta perenne de sus hojas. Si cuentan con troncos vigorosos, aceptan inscripciones de amantes obedientes a la necesidad de estampar sus nombres en la rugosidad de los troncos.

El antiguo pueblo celta adjudicaba a cada persona, de acuerdo con la fecha de nacimiento, un árbol. Forma y envergadura vegetal acudían serviciales a caracterizar los variados modos de ser humanos. Quizás aquello quiera decir que los árboles tienen cierto temperamento asimilable a nuestra especie. No sería tan extraño algún parentesco si nos atenemos a las formas y rasgos dominantes de cada tipo de ejemplares.

No menos interesante la realidad arbórea si consideramos que ostenta características duales: el árbol afianza su presencia en propias raíces y desarrolla su desplante por encima del suelo, como si aspirara a las zonas celestes. ¿No es ésta otra analogía—no identidad plena—con el ser humano?

Allí en donde crece un árbol puede empezar a respirar el mundo. A partir de la presencia enhiesta de ramajes y de benéfico rumor de hojas, es concebible el regocijo de la vida en sus inicios. Probablemente, el instinto de conservación llevará a algunas aves a instalar su nido para la prole, entre los brazos arbolados. Maternidad temporal que cuidará el fruto de esa espera, cuyas funciones son servir de protección y de primer domicilio antes de iniciar el vuelo.

En cierto sentido, con los árboles sucede algo semejante con los cuidados y atenciones que establecemos en beneficio de otros seres vivos, a cuyas realidades acudimos porque los reconocemos valiosos y muy dignos de nuestras ocupaciones. En su caso, los árboles esperan de nosotros una actitud acorde a los beneficios entregados por ellos. Reparar su presencia significa tenerlos en estimación regocijada y pronta gratitud. Darles agua, podarlos, prevenirlos de algunas pestes son tareas inaplazables que nos comprometen.

Hace muchos años, el escritor Luis Oyarzún Peña (1920-1972) aseveró: “*La tierra es tu retrato*”. Dicha advertencia no la desmiente el transcurso del tiempo. La geografía más próxima recoge nuestra estimación y exhibe su impronta.

Ningún despropósito se apodera de nosotros si decimos que, en gran medida, podemos ser un terreno disponible para la siembra de otras presencias o, por el contrario, un espacio baldío donde, como en el jardín del Gigante Egoísta de Wilde, se alberga un clima inhóspito y triste.

“La Prensa”, Región del Maule, 21-VIII-2013.

¿Qué me dice?

Imaginemos que somos auditores atentos e invisibles. Ingreseemos a los estudios de un canal de televisión y escuchemos la entrevista hecha a un político.

--¿Cómo valora la atención de la gente acerca de los asuntos considerados valóricos?

-- En esto quiero ser muy claro y franco. (*¿En otros asuntos no lo es?*) Creo que el tema pasa por ser transversal en la sociedad. (*No interesa a distintas personas, edades, instrucciones. ¿Por qué pasa y no abarca o incluye? ¿Podría ser vertical u horizontal el interés?*).

--¿Cuál es su opinión acerca de los diputados más jóvenes?

--Más menos (más o menos), mi opinión es que tienen mucho futuro por delante. (*¿Es posible tener futuro orientado al ayer?*).

--Todo indica que, en los próximos años, las tensiones sociales aumentarán en el país.

--Sí. Estoy de acuerdo. Pero en los temas que le interesan a la gente (*¿y si no le interesan, pero son importantes, habría que callarlos?*) hay que enviar señales potentes en la dirección correcta. (*¿No es mejor enviar señales claras?*) (*¿Cuál es la dirección correcta?*).

--Desde hace tiempo, es manifiesto el descontento con la clase política. ¿Lo atribuye a factores comunicacionales o a defectos de quienes ejercen funciones públicas?

--(Luego de pensar un momento): A ambos dos. (Atención: *ambos implica dos*).

Continúa la entrevista después de solicitar al político que cante o cuente chistes.

--Usted ha sido electo en la circunscripción oriente...

--Perdone. En la circunscripción oriente.

--Las autoridades de distintas iglesias han declarado que lo principal de tener en cuenta, antes de discutir sobre el aborto y la eutanasia, es el valor de la vida...

-- Bajo mi punto de vista, (*Desde mi punto de vista, de no ser así, no es posible ver*), el tema es otro. (*Casi siempre el tema es otro. En este caso, ¿lo serían la muerte o la comodidad, por ejemplo?*).

--¿Por qué habría que votar por su candidata?

--Porque nosotros tenemos un proyecto país. (Atención: *Proyecto de país*).

--Agradecemos su participación en nuestro programa "Tres minutos de futuro".

"La Prensa", Región del Maule, 12-XII-2013.

¿Dónde están?

El tiempo pasa y nos traspasa. Arranca de nosotros lonjas de vivir, factores que mostraron alguna preferencia en los que, creímos, podía detenerse la vida o encauzarse victoriosa en medio de los desasosiegos presentes.

Debajo de algunos papeles, quizás una palabra asoma y nos alza en vuelo retrospectivo. Basta un solo vocablo, con sílabas escasas, pero de fuego, para reavivar ímpetus de otrora.

Probablemente, a la inmediatez acuciante con que se viviera esto y aquello le continúa la necesidad de abarcar, desde lo íntimo, hechos, silencios y efectos vitales mediante la comprensión de la trama que nos tiene de protagonistas. Necesitamos vernos vivos. Y, estándolo, en figuras e imágenes, nos apropiamos mucho más y mejor de nosotros. Comparecen nombres y rostros en sitios que, muchas veces, representaron lugares de excepción sentimental.

Pero en esta hora interrogante, ¿dónde están aquellas que trajeron, de una vez, tensión dichosa y herida de ausencia? ¿Por cuáles calles transita el olvido y la evocación de sus sienes? ¿Qué se *fizo* la belleza que nos confundiera el júbilo? Y aquellos aromas que impregnaban el aire, el paso, la sonrisa en su proximidad, ¿qué se *fizieron*?

En algún lugar del tiempo, tiene ocasión una ráfaga de lampos en la noche. Sin conocer de verdad aquel sitio excepcional, la curiosidad es codicia de saber de aquéllas amadas, de sus jornadas, de lo que continuara el vivir sin nosotros, en sus días.

A lo mejor existe algún instante en que una cierta sonrisa se transforma en cómplice del corazón, en ellas. Pero, muy pronto, el deber las aleja hacia nuevos afanes.

¿Qué se *fizieron* las cartas, la intención de la mirada, los amuletos del amor? ¿En dónde recalán la noche, la víspera y el instante soledoso de sus pálpitos? ¿Cuántas veces repitieron a otros las palabras que otrora fueron nuestras, y solo nuestras?

Estamos de paso. Fuimos siempre un tránsito, la provisionalidad de alguna dicha de pocos días. Una temporada estival agotó la duración de nuestro reino. Los sabores de besos concedidos y de ardorosos abrazos no fueron asuntos perdurables. Un día debimos marchar al encuentro de otro cauce que, quizás, nos esperaba. Era la vida, la vida casi entera en la que se aposentarían siembras y resacas.

Y quedaron en el tiempo--nunca en el olvido--aquellas manos que cogimos para enlazarnos al mundo. Y los ojos, las voces, los cuerpos de almas indecisas y enigmáticas, ¿dónde están? “¿Fueron sino rocío de los prados?” ¿Quién alcanza el alivio de una respuesta satisfactoria?

Se han multiplicado calles, más crecidos los árboles, calzadas y aceras vertiginosas ocupan los antiguos senderos. Y aquí está alguien como si esperara la gracia de un momento para asir la orla del relámpago y comprobar que no todo se pierde cuando sucede. Aparece ella, la del verano frente al mar, la de algunos recodos en donde aguardaba lo que no supimos decir. Se aviva una fotografía, la dedicatoria que dejó voluntad de sello para hacer inquebrantable el momento de esa enormidad que es ser nombre propio para alguien no menos único.

De mucho estar felices padecíamos entonces. Sospechamos, ahora, que de tanto haber sufrido nos contentaría la agraciada sonrisa—una sola cuando menos—de quienes ignoramos su andadura y latir en el presente.

“Revista Toma y Lee” n.º 80 (Colegio San Agustín), 2010.

¿Cuándo un texto es verdadero?

Cuando la página, el verso y el título de un escrito, largo o breve, convence al extremo de propiciar una lectura como si ésta fuera floración del amanecer y alguien se atreviera a confesar: he ahí palabras necesarias, las que dicen y revelan otra faz de lo vivo—aun cuando se trate del morir—, pues iluminan sombras, como si sus páginas fueran un pentagrama de atisbos.

Un escrito se queda corto si es comparado con la felicidad que proporciona. Entonces nos convencemos de que corresponden a vocablos esperados, en los que celebran nupcias los dichos con la realidad que abrazan.

Un gran texto es aquel, de cuyos límites, alzan vuelo la imaginación, el recuerdo, la lucidez y la vehemencia de sentir, quizás la elevación del espíritu, así como enlaces y sensaciones abren paso a realidades de lo posible y de lo que nos está vedado. Una obra tal remece, emociona, despierta el cavilar, atiza el fuego de pasiones nuevamente halladas o aproxima temblores en los que comienza el siguiente paso que daremos.

Semejante a un llamado, a una voz dicha al oído, o al ciclón venido de cordilleras y de océanos, algunos libros bastan a recordarnos el más allá de toda realidad provisional, así fuere éste un rincón, algún borde o una orilla de lo inmenso.

Una creación literaria verdadera es aquella que autoriza a decir: así nacen las flores, los días, la espera, el guijarro que parece brotar de algún recodo, la hora que está de viaje. En cada caso, no queda trunco el mundo. Es suficiente la parte para anunciar la entidad completa.

La belleza genuina de un escrito invita al viaje y, una vez y otra, convierte su itinerario en el camino donde gustaremos de encontrarnos, porque se tendrá presente que, en las sucesivas lecturas, existirán nuevos retoños y brotes. Tal vez la relectura obedecerá al simple agrado de volver a vivir gozosamente el dramatismo de una trama, un verso erizado de inminencias, los instantes de un conflicto con su equipaje de augurios y de consecuencias rotundas.

Ocasiones habrá cuando un escrito nos desembarque en la noche o encamine hacia los pálpitos de algún descubrimiento, bajo cuyo influjo sea concebible la paradoja como efímera expresión y el misterio se ofrezca en calidad de clave íntima.

Un escrito no necesita sino de unos ojos libres de prejuicios, pues igualmente depara hallazgos suficientes para untar las inquietudes personales, como si regalara la ocasión de ser pesca milagrosa.

Una obra verdadera no callará jamás, aun cuando no alcancemos a descifrar su estado de gracia; porque las explicaciones analíticas no revelan; apenas rebotan y escaman la gracia matinal de lo que se resuelve en fulguraciones de presencia. El tejido auténtico de la escritura se ciñe a la medida tonal de cada lector. Su silencio recuerda orígenes y asoma acantilados.

Un escrito es aquel del que uno cree ser capaz de emular a base de la propia invención. Bastará una página desierta y un abundoso diccionario para comprobar que se continúa en blanco.

“La Prensa”, Región del Maule, 10-IV-2014.

¿Qué significa ser maduro?

Desde el embrión hasta el pleno alumbramiento, cada persona existe con rasgos únicos, inscritos en su realidad genética y espiritual; pero sólo el aprendizaje permanente, el ejercicio de la libertad—incluyendo las equivocaciones--, los vínculos activos mantenidos con otros y el paciente despertar del sí propio a todas las dimensiones que le son anejas, encaminan a conquistar la unidad y la armonía para ser verdaderamente una persona reconocible. Esto significa alcanzar madurez, esa laboriosa empresa que compromete el ser entero de alguien, en el tiempo de sus pasos en la tierra.

De cierta forma, se podría aseverar que nacemos individuos, pero sólo en la existencia arriesgada y consciente llegamos a convertirnos en personas cabales.

Si fuéramos únicamente naturaleza nuestras jornadas conocerían de un ciclo biológico y en ello colmaríanse las posibilidades de nuestro ser. Sin embargo, necesitamos aprender y educar a quienes somos para acercarnos a quienes podemos ser. Pero, algo más. El ser humano es relación y proyecto. Dotado de intransferible soledad-- nadie es idéntico a otro--, anhela vincularse, porque su mismidad se complementa con lo vivo, desde la naturaleza, pasando por los semejantes, hasta la actitud abierta o reticente ante el misterio que puede anonadar o descubrir la Presencia activa y amorosa de Dios.

Mientras alguien se camina hacia la unidad consigo y con lo creado, pone a prueba las características propias, así como despierta al conocimiento de lo otro. Descubre que las satisfacciones gratificantes son partes de una trayectoria, pero que no saben responder a plenitud en alguna fracción determinada. Y, precisamente, a base de esa insatisfacción y de la capacidad de proyectar un sueño, un anticipo del estado en que se desea y adivina más plenaria, comienza a esbozar un proyecto de vida.

Es claro que un proyecto vital reúne una gavilla de aspectos. Uno de ellos: descubrir que existe continuidad interior, sin que se desoigan los cambios incesantes tan propios de las etapas y de las circunstancias. Sin confiar en que se es uno en evolución, dentro del dinamismo del tiempo, del espacio y de la comunicación, no cabría más que llevar una conducta de impulsos, prontamente desmentida por nuevos entusiasmos.

La madurez—siempre provisional—puede allegarse, gradualmente, en la misma medida en que la persona vive de convicciones y no únicamente de instintos; sobre todo, cuando su decisión de realizar—con todos los ajustes del caso—ese proyecto que une los puntos transitorios de la existencia, llévala a comprometerse consigo, una vez y otra, respaldándose en una promesa de continuidad y de cumplimiento, porque la libertad es escoger con tesón motivos reanimados en el tiempo. Elegir es preferir, por eso implica renunciar a cuanto no está en la línea del proyecto.

Todo indica que el caminar y la finalidad anhelada requieren de un sentido unitario de sí mismo; en caso contrario, la dispersión lo niega o hace imposible. En suma, la persona madura se conoce, sabe lo que quiere y es capaz de compromiso. He ahí algunos motivos de por qué la madurez—no la acumulación de años--es confiable.

¿Soy tan diferente?

En mí hay poco y nada de memorable que pudiese asombrar a los demás. Mi biografía ha sido y es la de una persona tranquila, habitual, civilizada en lo más urgente, aunque con un trasfondo díscolo, en relación de muchos asuntos. No poseo biografía de hechos numerosos ni llamativos, como los pudiera ostentar un aventurero, un genio, un perseguido, un vagabundo o un santo, en quienes sobreabundan anécdotas y motivos de admiración. Mis batallas han estado primero en mi interioridad antes que en el trato desajustado con el prójimo.

Como a todos, no me ha eludido la prueba—a veces ardua—de aquello que uno debe padecer, sobre todo en la paciencia, soportando a impertinentes, aprovechadores, oportunistas, perversos, supuestos poderosos y superficiales con posgrado. En esos momentos, la voz interna, algunas lecciones aprendidas y la Gracia de Dios morigeran la reacción espontáneamente iracunda que me nace por el solo hecho de ver y de oír la desproporcionada ufanía por doquier, tan ridícula e inútil. Prosigo más o menos indemne; tampoco me agrego en la lista de homicidas, por el momento.

Nadie deberá experimentar para conmigo la manida obligación de decir: fue un incomprendido, un sufriente, un precursor, la quintaesencia de tal virtud, como suelen gotearlo alocuciones plañideras, a propósito de cualquier sujeto que debe su miseria a la falta de disciplina, a los vicios más devastadores, a la apatía del espíritu, antes que a un signo irrevocable y fatal con que alguien le ciñera horóscopo o especial malquerencia.

Mi biografía incluye tus palabras, tus acciones, tus silencios: deparan oportunidades de ejercer mi humanidad; jamás alguna desproporcionada imaginación me haría concebir desvinculado a mi ser personal, al extremo de crearme autosuficiente o en condición de perseguido. Soy tan víctima como victimario por el solo hecho de pertenecer a nuestra especie. He defraudado, así como algunas mejores versiones de mí han podido beneficiar a algunos. Tal como tú, no puedo saltar fuera de mi sombra, como sabemos imposibilitado de hacerlo al ser humano.

Cuando pregunto acerca de mi clave, por el derrotero que me despliega y manifiesta, acuden algunos verbos en cuyas conjugaciones el tiempo y la atención son ganados con preferencial recurrencia.

A veces me aproximo al substrato que caldea el convencimiento de ser para la vida, a pesar del obstinado acabamiento temporal y de sus ciclos renacientes; entonces habito más sabio la realidad, la perspectiva se ensancha y los pormenores molestos o adversos no se restringen en la consideración apocada y terca que muestra la insolvente inutilidad de todo aquello que no salva una lágrima, porque no vale la pena.

A la inversa, en otras naufraga el ánimo, y, disgregado, el espíritu se sume en el embrollo y mal entendido propio de circunstancias más o menos previsibles. Quizás, la acumulación de molestias, desagradados y fatigas contribuyen al empacho íntimo que pierde horizonte, en beneficio de la melancolía y el desabrimiento.

Pero el día viene otra vez; no faltas tú, a quien adivino en refriegas semejantes a las mías. Vamos de camino. No soy excepción; nada me obliga a serlo. Gracias por estar allí y realizar los oficios que ignoro; eres complemento, deparas inopinadas perspectivas, cuando menos lo espero aceptas decir: estoy presente.

Somos tan semejantes en nuestras diferencias.

“La Prensa”, Región del Maule, 12-III-2015.

¿Cuál es el corazón que no llora?

¡Qué manera más certera y compasiva la de esta pregunta! Acaso usted no imagina el autor de ella; pero es aconsejable que la retenga, especialmente cuando las situaciones y encerronas de la vida asuelen lacerantes y sienta la desdicha en carne de alma.

Un corazón exento de lágrimas sería monstruoso. Inconcebible. En nadie se oculta la comprobación de que, ante las afrentas y desbarajustes de la vida, capaces de inocular dudas y de imponer perturbaciones alevosas, sólo saben acompañarnos y restañar heridas, aquellos que, a su turno, les correspondió padecerlas. En tales personas existe un hombro dispuesto, una palabra a tiempo y un silencio comprensivo en los que alcanzan alero nuestras congojas.

Las lágrimas brotan, se deslizan y advierten que alguien está sobrepasado: ni sus palabras ni su razonamiento son suficientes a traducir la enormidad agresiva de la vida. Todo de una vez: el sueño tronchado, el anhelo vuelto añicos, la proyección imposible. El resto es fría tiniebla y filosa duda: un no saber qué hacer porque al mundo que nos sostuviera síguele el derrumbe de la necesaria certeza.

¿Quién hay que no ha visto deshacerse, como si viviera a la intemperie, sus proyectos y los sueños? A veces, es la muerte la causa mutiladora de la existencia. Entonces el nunca más avanza como marejada y arranca de cuajo cuanto fuera. En otras ocasiones, el lastimero adiós de una persona, a quien se debe corresponder, desde el muelle o desde una estación, con gestos de dignidad y un brío que no se tiene, porque tampoco se sabe el modo de enfrentar lo sucesivo sin ella.

También dejan expoliados las zozobras luego de abandonar intempestivamente un trabajo o la morada en donde disponen de refugio el íntimo cansancio o la intimidad de la evocación y de la presencia complementaria.

Los adioses son desgarradores porque denuncian que uno se aferró desmesuradamente a aquello que, por naturaleza, ostenta carácter perdidizo. Y las lágrimas son el corazón desengañado que despierta del propio letargo o del voluntarismo todo empecinamiento. Las lágrimas no nacen sólo después de interrogar acerca de la feble duración: “¿*qué se hizo el rey don Juan?*” o “¿*qué se hicieron las damas?*”, como en el texto memorable de Jorge Manrique. Lloro el corazón cuando se le espeta, mediante anuncios inopinados, que nada ni nadie nos pertenece, aun cuando se nos antojase lo opuesto.

¿*Cuál es el corazón que no llora?*, pregunta Sancho Panza a don Quijote, cuando le ve sufrir lo indecible por el encantado cautiverio que sufre la señora Dulcinea. En su realismo escuderil, se aposenta un ver de humanidad, rústica y clara, sin que falte ilustración mientras acude la agudeza compasiva de saberse vulnerable y de ponerse en el lugar de otro.

“La Prensa”, Región del Maule, 4-VI-2015.

¿Qué hace la nostalgia?

Si un sentimiento acompaña el paso y el sueño humanos, este corresponde a la experiencia de un desasosiego profundo, como si alguien estuviera batido entre vientos contrarios: uno que impulsa a la conquista y a la realización de planes, de idealidades que parecen el calce perfecto de aquello que falta al presente; el otro, cobra fortaleza apenas la consciencia prueba la insatisfacción ofrecida por los magros frutos de lo alcanzado.

Entonces acude la nostalgia, ese echarse de menos con intensa aspiración restauradora. Personas y lugares gozan de brillo y de perfección coincidentes, como jamás la tuvieron, en la fascinación del pretérito. Mucho más que un recuerdo o una tenaz evocación, la nostalgia invade el ánimo y la memoria a base de sugerencias que pueden extremar los señuelos de una supuesta cima anterior, hasta desvirtuar el sentido de la realidad presente.

Si la nostalgia se atiene a un sentimiento transitorio y espontáneo, muy pronto la persona se reconcilia con la diversidad de los tiempos vividos, pues experimenta a aquella como remanso, en medio de los afanes inmediatos, jamás al modo de huida o deserción del ahora. Alteraciones mayores y graves cuidados suceden cuando, al desprevenido, la nostalgia cautiva a base de un ayer que no fue, o bien, le propone lo que pudo haber sido en calidad de paraíso despojado, y tienta a quedarse en abrazo de ensueño, a la vez peligroso y perturbador. Así, se padece un sentimiento desfavorable hacia el total de la actualidad que llama y a lo porvenir que se proyecta.

En un caso como el expuesto, la nostalgia invasora provoca una pérdida de esperanza. Contrae la energía, relegándola al triste papel de inventar plenitudes a la medida; pero renuncia a forjar la vida otra vez sobre la base de las posibilidades brindadas en el presente. El nostálgico compulsivo se inflige dos derrotas: la comprobación del irrecuperable ayer y la cerrazón a vivir cuando le corresponde hacerlo. Se extraña hasta el exceso. Queda paralogizado.

Sabido es que la comparación entre fantasía pasada y el áspero presente se desnivela en perjuicio de la verdad vivida. Como ahora, casi todo conoció de dulce y de agraz.

Cualquier evocación es selectiva, como también lo es la memoria. El natural olvido—tan necesario en el ser humano, según el decir de Pedro Prado—cumple la benéfica acción de eliminar muchísimo de acumulaciones anecdóticas, tanto como del sortilegio de un presunto paraíso del que se habría sido despojado. ¿Alguien podría sobrellevar las prolijidades y minucias ilimitadas de la propia biografía?

Quizás la nostalgia invasora represente una herida aún no superada; aunque también avise de cierta renuncia, fragilidad o inadaptación en el sujeto que la acoge con desmesura. Echarse de menos al evocar un tiempo más dichoso es frecuente y comprensible; comprometer el todavía y lo eventual hasta su anulación significa declararse derrotado, sin apelación.

“La Prensa”, Región del Maule, 11-VI-2015.

Preguntas a la conciencia

Toda pregunta invita a sondear la realidad, ya de lo otro, ya de lo personal. La sospecha ante lo oculto y la necesidad de certeza tornan patente el deseo de saber, tan propio del ser humano, como escribiera Aristóteles.

Los evangelios (buena noticia) registran numerosas preguntas que dirigiera N.S. Jesucristo a quienes mantuvieron algún coloquio con Él. Corresponden éstas a interpelaciones que comprometen al destinatario, por eso exigen una toma de posición de cada persona. No existe oportunidad evasiva ni silencio desabrido ante ellas.

Y es que las preguntas de Cristo (palabra griega que significa Ungido) hurgan, en el interpelado, la verdad de sus intenciones, la fe auténtica habida en el alma, los motivos de la conducta, el modo vinculante de vivir. Menos teoréticas que existenciales, sus interrogaciones son directas y apropiadas a la talla de cada persona.

Gran parte de su enseñanza y de su revelación hizo de las preguntas el método para mostrar el sentido primordial de su habitar en la tierra: Dios con nosotros (Emmanuel). “¿Por qué has dudado?” (Mt 14,31); “¿Quieres sanarte?” (Jn 5,6); “¿Qué quieres que haga por ti?” (Lc 18,41); “Mujer, ¿por qué lloras?” (Jn 20,15); “¿Me amas?” (Jn 21,17).

Si prescindimos—en esta oportunidad—de las escenas cuando fueron dichas, el carácter indagatorio y personal las mantiene frescas y vigentes. Lo mismo sucede si atendemos a otras, aunque estén formuladas en plural. “¿Qué buscáis?” (Jn 1,38); “¿De qué discutíais?” (Mc 9, 33); “¿Pueden ustedes beber el cáliz que yo beberé?” (Mt 20,22); “¿Ustedes también quieren irse?” (Jn 6, 67); “¿Por qué esta generación pide un signo?” (Mc 8, 12); “¿Creen que vine a traer paz a la tierra?” (Lc 12, 51); “¿Quién dicen ustedes que soy yo?” (Mt 16, 15); “¿No habéis podido velar una hora conmigo?” (Mt 26, 40).

Él mismo inquirió—como un corolario—, a propósito de sus enseñanzas o al modo de contra pregunta, si otros buscaban ponerle en situación incómoda; o bien, en momentos de definición total, cuando la suerte estaba echada según la lógica de este mundo. “Si la sal pierde su sabor ¿con qué se salará?” (Mt 5, 13); “¿Y tú que eres maestro en Israel no sabes estas cosas?” (Jn 3, 10); “¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?” (Mt 12, 48); “¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si él mismo se pierde?” (Mt 16, 26); “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (Mt 27, 46).

En las temporadas adversas tanto como en las de amable complacencia disponemos de un generoso recurso indagatorio en este elenco de preguntas. El propósito de ellas es despertar la conciencia, para atender a Quien es soporte de nuestra condición más insondable.

Alguna de estas interrogaciones puede ser un principio de esclarecimiento: la hebra que desenreda la madeja.

“La Prensa”, Región del Maule, 24-III-2016.

Inacabables

¿Va por buen camino la decisión de vivir mientras habito el tiempo que se me ha donado? ¿Quién soy verdaderamente cuando digo que amo? ¿Pensaste, siquiera una vez, en quien dejaras olvidado cuando alguien ya no fue anhelo, presencia, ni proyección en ti? ¿Por qué se queda, persistente en nosotros, la ocasión de un bostezo, el tintinear de la cuchara en una taza, aquel rostro que no volveremos a mirar? ¿Has hecho algo por última vez? ¿Lo sabes?

¿Cuál es el respaldo de tu pretendida grandeza? ¿Sientes más honda la compañía de tu perro que la de un vecino? ¿Cuándo descansan los relojes? ¿Alguien o algo es tu fundamento de vivir? ¿Se te ocurre cuál pudiere ser tu epitafio? ¿Dirías a Jesús, en Navidad: me olvidé de ti porque no me dejó tiempo el Viejo Pascuero?

¿Has vencido tus miedos o son ellos victoriosos en ti? ¿Te parecería bien escoger entre dos males, en vez de admirar el musgo, la nube o el colibrí? ¿Por qué el girasol ansía acompañarse de los ojos amados? ¿Se dicen algo las estrellas? ¿Gozan de algunos colores las palabras más significativas en tu espíritu?

¿Sabes que el número de mártires aumenta todos los días? ¿Son ellos unos dementes o conocen a Alguien que tal vez nosotros ignoramos? ¿Te atreves a preguntar por los ausentes? ¿Y si desaparecieran las abejas, las chinitas, las hormigas? ¿Te importaría? ¿Estás muy ocupado y distraído en tu vivir? ¿Con quién permanece tu corazón al contemplar la belleza que no creaste y albergas latidos que tampoco se deben a ti? ¿De verdad piensas que la libertad legal es más importante que el derecho a la vida?

¿Qué hacer con el afecto si lo deja vacante la ausencia? ¿Existe algún cielo para nuestros animalitos más queridos? ¿A quién decir que la mariposa es una flor en vuelo, un batir de alas enaltecido por lo bello? ¿Y del viento en el árbol, de la tarde que recoge los pasos, o de las frescas luces cuando mañanamos? ¿Cómo se ve el alma en otoño, cuando parece regresar todo a un secreto aposento?

¿A quién vemos en el fondo de una taza, de un espejo, de algunas fotografías? ¿Cuáles palabras quedaron rezagadas u ocurrentes en aquellos momentos de decidir el sendero que habíamos de seguir? ¿Callamos lo que tanto nos duele o se vale de nosotros el silencio para que reencontremos la verdadera realidad?

¿Has tocado fondo y nada esperas del día siguiente? ¿Olvidas el pie en el suelo y el ojo al cielo? ¿Por qué el invierno de los árboles aguarda su íntima primavera? ¿Y si acogiéremos la sencillez serena de lo simple, dejando de lado la codicia de arrogantes funcionarios? ¿Prestas oído al rumor primaveral de los aromos o prefieres dar crédito a la sórdida calumnia?

¿Hay Quien anima el suceder cotidiano y espera de ti porque te ama? ¿Existe alguna pregunta que abraza todas las preguntas?

“La Prensa”, Región del Maule, 19-III-2015.

